



La Paz Florece en El Para

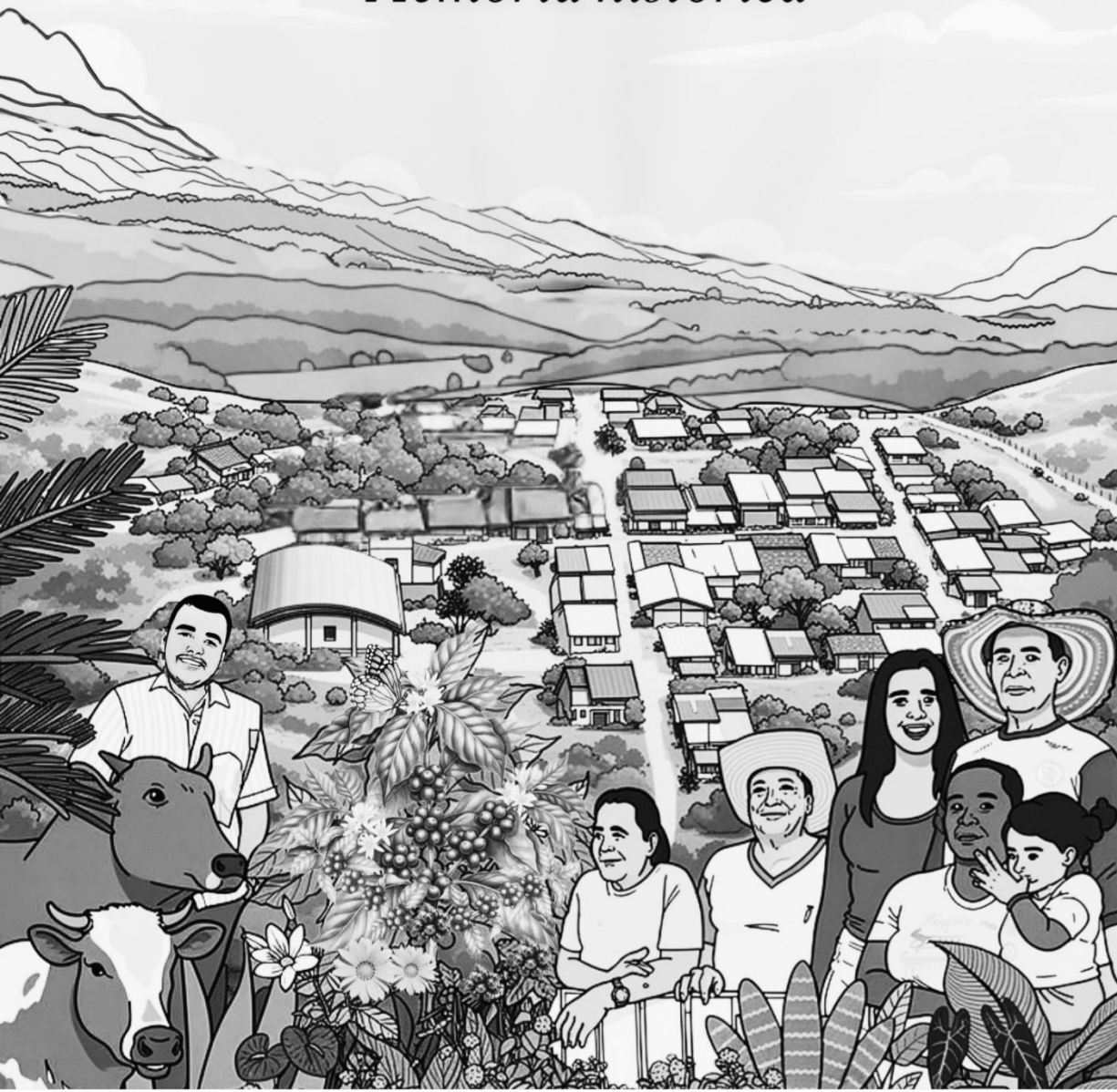
Memoria histórica





La Paz Florece en El Para

Memoria histórica



**La Paz Florece en “El Para”
Memoria Histórica
Corregimiento San Pedro
Floresia- Caquetá
Colombia - 2026**

Investigadora y escritora

Dennis Dussán Márquez
Docente-Investigadora por la
Paz
Líder del Grupo de
Investigación: Serendipia
Universidad de la Amazonia

Co investigadores

Juan Freddy Dussán Márquez
José Lautier Encizo Pineda

Ilustración y diagramación

Paola Gamboa Álzate
Líder del grupo de
investigación: Arte, Educación y
Región, Licenciatura en
Educación Artística.
Universidad de la Amazonia

Fotografía

José Lautier Encizo Pineda

Edición y corrección de estilo

Luisa Isidro Herrera
Fernando Cruz Artunduaga
Héctor Luis Valencia
Víctor Jesús Méndez Dussán
Lina María Archila León
Carlos Augusto Jaramillo
Londoño

Narradores: Isnel Enciso Reyes, María Doris Ocampo, José Enciso Ocampo, María Rocío Pineda, Enrique Arango, Efraín Medina, Margarita Galvis, Socorro Camacho (Movimiento Misionero Mundial y Asociación Adulto Mayor), Gilberto Vargas (productor de café), José Belides Cifuentes (comerciante), Jorge Eliécer Sogamoso (Comerciante), Lina Yaneth Mosquera (Docente), Noelba Cumber (Enfermera), Héctor Luis Valencia López (Sacerdote Iglesia Católica).

Jóvenes líderes comunitarios: José Lautier Encizo Pineda y María Victoria Martínez

Pueblo Embera Katío: Guillermo Piedrahita (Consejero Gobierno Mayor), Patricia Parra (Governadora), Yudy Vanessa Piedrahíta Tascón, Arcángel Maygara Parra, Nilvia Piedrahíta Ramírez, Jhon Édison Piedrahíta Parra, Uriel Bedoya, Mónica Edith Quiroz Serrato, Giancarlo Bolaños Lozada,

Firmantes Acuerdo Final de Paz: Yudy Marledy Perdomo, Ahidinever Silva, Miriam Piedrahita, Martha Cecilia Osorio, William Herrera.

Invitados: Emilio Fiagama Suárez, Cacique del Clan Caimo, del habla n+pode del pueblo Uitoto y Diego Andrés Díaz Vargas (acompañante de la memoria y de la cultura Uitoto)

Grupo Dinamizador

José Lautier Encizo Pineda

Orlando Joaquín Magón

María Sofía Agudelo Cortes

Jainer González Zabala

María Victoria Martínez Estrada

Ahidinever Silva

Gleidy Arango

Francy Hernández

Albeiro Lozano Marín

ISBN impreso 78-958-8945-

82-8

ISBN Digital 978-958-8945-83-

5

Primera Edición

ColorFull Media SAS

Bogotá-Colombia, 2026

Participantes en círculos de reflexión

Círculo de reflexión primeros pobladores

Gleidy Arango (representante de mujeres), Manuel Bahamón (Presidente JAC Norcasia – edil), Gonzalo Rodríguez (presidente JAC vereda Piel Roja – edil), Pastor Cardozo (firmante), Doris Ocampo (abuela), José Hernández, Marcos Jara, Jorge Sogamoso, Yudy Marledy Perdomo, Martha Cecilia Osorio, Juan Pablo Cataño Papamija, Querly Johana Papamija (Lideresa de mujeres), José Lautier Enciso.

Círculos de reflexión de jóvenes y recorrido de reconocimiento por el centro poblado: Lugares emblemáticos

José Lautier Enciso, José Einer Loaiza Muñoz (estudiante PONA), Anderson Monje Arango (estudiante PONA), Brayan Stiven Vargas Botina (estudiante PONA), Mara Sofía Cortés (estudiante PONA), Valentina Vásquez Yanguma (estudiante PONA)

Círculo de reflexión de mujeres

Yudy Marledy Perdomo, Martha Cecilia Osorio, Valentina Vásquez Yanguma, Mara Sofía Cortes, Mirian Piedrahita Ramírez, Querly Johana Papamija, Verónica Bocanegra y María Rocío Pineda.

Círculo de Reflexión Institución Educativa Rural José Antonio Galán- Norcasia

Estudiantes: Nicolás Pajoy, Samuel Morales, Cristian Montaña, Laura Restrepo, Alexandra Cabrera, Eileen Guerra. Docentes: Rosemver Osorio Rodríguez, Erika Yaneth Charry Chaux, Elver Torres Ortiz, Julio Neira, Fabián Alexander Peña Suaza, Yenny Paola Mota García, Enrique Claros, Diego Colorado, Jerson Guerrero Villa, Jasmany Lozano Pacheco. Clara Hernández Fernández (rectora), Pedro Pablo Castro (Edil), Ramiro Guaca, Yina Quiroga, Manuel Bahamón, Salomón Cañón, Carmen Vallejo,

Círculo de palabra Comunidad Embera Katío, Resguardo San Pablo

Yormenci Piedrahita Ramírez, Guillermo Piedrahita Velásquez, Uriel Bedoya Bedoya, Nilvia Piedrahita Ramírez, Orlando Piedrahita Ramírez, Patricia Parra, Jhon Edinson Parra, Arnulfo Piedrahita Ramírez, Mónica Edith Quiroz Serrano, Laura Valentina Quiroz Piedrahita, Juan Guillermo Quiroz Piedrahita, Arcángel Maigara Parra, Yudi Vanesa Tascón Piedrahita, Yostin Maigara Tascón, Mirian Piedrahita Ramírez, Miriam Bedoya Piedrahita, Jhan Carlos Ruiz Peña, Yan Carlos Bolaños Losada, Nubia Piedrahita Ramírez, Kevin Alexi Bedoya Piedrahita, Uriel Bedoya Piedrahita, Luisa Mota, Adriana Isama.

Participantes Firmantes del Acuerdo Final de Paz, “El Para”

Jhon Visney Moncada Nivia, Eduardo Ramírez Muñoz, Marcos Jara González, José Hernán Rojas Murcia, Yudy Marledy Perdomo Osorio, Pastor Cardozo Hernández, Diego Alexander Galeano Bedoya, William Herrera Quiceno, Ahidinever Silva Rayo, Noe Álvarez, Beatriz Rivera Camacho, Desiderio Mondragón Vera, Fabio Martínez Rodríguez, Miriam Piedrahita y Víctor Julio Camacho Avendaño.

Mujeres bordadoras que aportaron al homenaje “En “El Para” Florece la Paz”

Angélica Rocío Ángel Chates (ARN), Julieth Cardona (ARN), Dennis Dussán Márquez (Investigadora y escritora), Yolima Jurado (UBDPD), Ángela Zetler (ONU), Mujeres Buscadoras: Nohemí Agudelo, Ayda Milena Ordóñez, Norbelia Piedrahita, Luz Mary Osorio Álvarez.

Gracias al proceso desarrollado por la Agencia para la Reincorporación y Normalización (ARN), que contó con el apoyo y la participación decidida de las personas firmantes del Acuerdo Final de Paz y la comunidad de “El Para”, se creó este libro de Memoria Histórica, como una huella latente de un camino de dificultades y de grandes esperanzas en un presente distinto. La Paz es un destino posible en el departamento del Caquetá.

Las personas firmantes del Acuerdo Final de Paz, integradas en la Asociación de Campesinos del Río San Pedro por la Paz (ASOCARPAZ), apoyan esta iniciativa lograda a través de la concertación comunitaria, en la construcción de Paz y transformación de los territorios afectados por el conflicto armado.

Esta investigación es apoyada y patrocinada por el proyecto Paz Restaurativa, implementado por la Cooperación Alemana para el Desarrollo, GIZ, por encargo del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ).



Como empresa federal, la GIZ asiste al Gobierno de la República Federal de Alemania en su labor para alcanzar sus objetivos en el ámbito de la cooperación internacional para el desarrollo sostenible.

Esta publicación es apoyada por el proyecto Paz Restaurativa, implementado por la Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ) GmbH y sus contrapartes colombianas, por encargo del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ) de Alemania.

Las ideas vertidas en imagen y texto son responsabilidad exclusiva de los autores, para cualquier duda o aclaración relacionada con el contenido, favor remitirse directamente a los mismos.

Contenido

Prólogo	5
Prólogo 2: “El Para”, una cumbre de Paz	8
La Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria: Una voz de esperanza para la paz en “El Para”	14
“El Para”: Una historia que merece ser contada y abrazada	27
“El Para”, ¿dónde estamos?	31
PARTE I. Nuestros ancestros: Los cuidadores de la selva	35
Los sótanos	44
Las cuevas	47
PARTE II. Primeros pobladores colonos:	
“Cuando todo era niebla”	53
Caminos de herradura hacia “El Para”	57
Fundadores	65
La vida cambia cuando se acerca a Dios	72
¡Qué gente tan andariega!	78
Esto era un rastrojero	81
Los primeros misioneros	88
PARTE III. El conflicto nos tocó duro	96
Cuando la paz se asoma a tu puerta	103
Para ubicarnos en el tiempo	110
Entre la guerra y la Paz	116
Así se vive la guerra cuando se nace en el campo	124

El orgullo de ser enfermera	135
La negrita de mis ojos	143
PARTE IV. Los tiempos de la Paz	149
Contextualización del Acuerdo Final de Paz: Cuando “El Para” volvió a respirar	149
El amor, lo mejor que me ha pasado	155
¡El café es una bendición!	160
La vida que camina con el ganado	168
Los niños y las niñas vuelven a estudiar	173
Queremos un Para sin miedo	176
Ahora nos podemos congregarnos	192
Soy del pueblo Embera Katio	199
Historias entretejidas con los hilos del amor de la comunidad embera	205
El renacer de las nuevas semillas	216
Carta de Perdón a las Comunidades de “El Para” y territorios Cercanos	224
Hemos llegado al final de esta historia	227
Bibliografía	232

Dedicatoria

Este libro nace de muchas manos,
voces y caminos compartidos
emergiendo en un gesto de memoria
y esperanza.

Lo dedicamos con profundo respeto,
a la gente de “El Para”, a las víctimas,
a quienes llegaron hasta estas tierras
empujados por la necesidad
y el sueño de empezar de nuevo.

A las madres y padres
a los abuelos y abuelas
que con esfuerzo, valor y tenacidad
abrieron camino en medio de los días más difíciles.

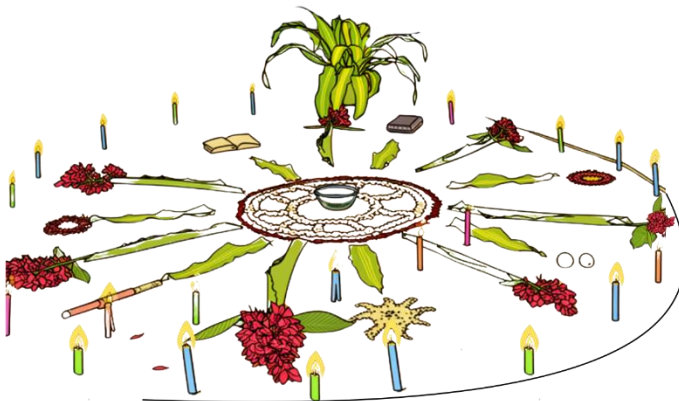
A las y los firmantes del Acuerdo Final de Paz,
al equipo de trabajo y todas las personas
e instituciones que creyeron
y acompañaron su realización.

A quienes ya no están,
pero cuya memoria
sigue habitando estos territorios,
y a los pueblos indígenas
guardianes antiguos de esta tierra,
que caminan y navegan la Amazonia.

Principalmente este libro está dedicado
a los niños, niñas y jóvenes,
a las nuevas generaciones
que merecen conocer esta historia:
de luchas, dolores y esperanzas
que dieron forma a este bello lugar.

Que estas páginas
ayuden a comprender el pasado,
para cuidar la memoria y el presente,
caminando hacia un futuro
donde la vida, la dignidad y la paz
florezcan para siempre
en estas tierras de “El Para”.

Dennis Dussán Márquez





PROLOGO

Si los Agentes Pastorales decimos que "nuestro servicio lo realizamos sobre los hombros de grandes gigantes Misioneros", - como Monseñor Curbertio o el Padre Antonio Marini - también podríamos decir que los Campesinos de Noroeste y El Pará han construido su historia sobre los hombros de grandes gigantes que abrieron las trochas, que amaron las montañas y se quedaron para fundar sus fincas y sus familias.

Leer las historias contadas en este libro, conocer las experiencias de quienes vivieron tiempos de angustia y esperanza, y sentir lo que sus corazones construyeron porque creían en la vida, en el futuro y en la paz, todo esto significa recrear un pasado convirtiéndolo en presente, dándole valor de futuro.

Con estos personajes nos encontramos, pues, con espíritus libres que superaron el miedo y la angustia, el rechazo y la confrontación, la guerra y la videncia, y fueron capaces de soñar con un futuro: con un puñado de tierra en las manos y con la fuerza de esperanza en el corazón.

Me regocijo con la autora y con quienes inspiraron estas páginas. Ella escribe (pág. 13)

"La memoria no empieza con la herida,
sino con la vida que hoy se protege."

Que Dios siga bendiciendo la palabra que se hace vida, el resurgido que se transforma en esperanza, y la lucha con trabajo que se ha convertido en paz.

Padre Héctor Luis Velazco

Florencia, 12 de Marzo 2026.

Prólogo

Si los Agentes Pastorales decimos que “nuestro servicio lo realizamos sobre los hombros de grandes gigantes misioneros”, como Monseñor Cuniberti o el Padre Antonio Marini, también podríamos decir que los campesinos de Norcasia y “El Para” han construido la historia sobre los hombros de grandes gigantes que abrieron las trochas, que amaron las montañas y se quedaron para fundar sus fincas y sus familias.

Al leer las historias contadas en este libro, se conocen las experiencias de quienes vivieron tiempos de angustia y esperanza, y sentir lo que sus corazones construyeron porque creían en la vida, en el futuro y en la paz; todo esto significa recrear un pasado convirtiéndolo en presente, dándole valor de futuro.

Con estos personajes nos encontramos, pues, con espíritus libres que superaron el miedo y la angustia, el rechazo y la confrontación, la guerra y la violencia, y fueron capaces de soñar con un futuro: con un puñado de tierra en las manos y con la fuerza de esperanza en el corazón.

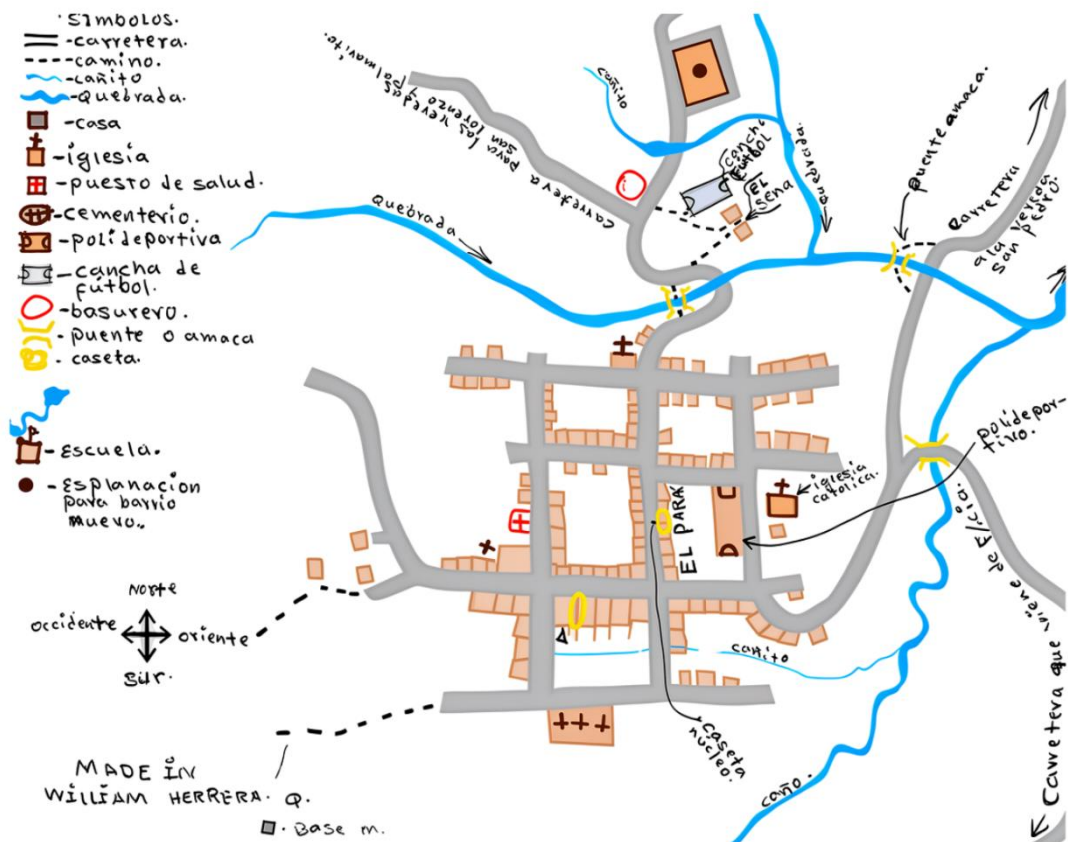
Me reconcilio con la autora y con quienes inspiraron estas páginas. Ella escribe: "La memoria no empieza con la herida, sino con la vida que hoy se protege"

Que Dios siga bendiciendo la palabra que se hace vida, el recuerdo que se transforma en esperanza y la lucha con trabajo que se ha convertido en paz.

Padre Héctor Luis Valencia

Florencia, 12 de marzo 2026.





Intervención del mapa elaborado a mano por William Herrera

Prólogo 2:

“El Para”, una cumbre de Paz

*Para poder contarles mi historia -nos dijo esa tarde-
tendría que perder pudor de mis desventuras.
En el fondo de cada alma hay un episodio íntimo que
constituye una vergüenza.
El mío es una mácula de familia: ¡mi hija María
Gertrudis. “dio su brazo a torcer”!*

La Vorágine, José Eustasio Rivera

“El Para”¹ está lleno de lomeríos en una apertura de las grandes montañas de la cordillera oriental que circunda el Caquetá, en la Amazonia Colombiana. Fue habitado por la comunidad indígena Uitoto, quienes sabían que allí era un lugar con energías espirituales que les permitía vivir en un ambiente abierto al contacto con la naturaleza. Luego la población colonizadora llegó con la esperanza de tener un “claro” que les proveyera techo y alimento. Y así fue. Pese a las dificultades para movilizarse, conseguir servicios de salud y otros. Había bonanza de niebla y tranquilidad, la cual se fue alterando por la

¹ El nombre oficial es “El Para”, porque cuando fueron a registrarlo existía otro lugar con ese nombre. La forma como lo pronuncian es con acento, y para no tener lugar a re-interpretación, lo mencionó de esta forma.

deforestación y la caza desenfrenada, luego, actividades armadas y la economía de la coca.

El texto de Graciela Uribe Ramón “Veníamos con una manotada de ambiciones” acercó la realidad del Caquetá al centro del país. Desde entonces no ha cambiado tanto. El libro que aquí se presenta, más que una historia, son memorias de gente que se movía y se mueve por el territorio. Asimismo, en el centro poblado de “El Para”, hay muchas memorias que cuentan cómo fue cambiando el entorno de manera gradual, al ir penetrando una economía ilícita que generaba bonanza de “billete verde”, mientras las tensiones crecían y los valores de convivencia y respeto decrecían. El desenlace fue de fractura social y mucha violencia.

Rostros foráneos fueron merodeando El Pará; traían riqueza temporal para el bolsillo que quedaba en las cantinas. Las riñas no se hicieron esperar. Los armados, de una y otra orilla, impusieron su orden, o mejor, su desorden, y usaron el lugar al libre albedrío. El Estado miraba para otro lado.

Sí, eso y mucho más aconteció en el territorio. Las relaciones de amistad, solidaridad y ternura, sembradas por mucho tiempo por sus habitantes dejaron de dar cosecha. Y ese Macondo en la cumbre empezó a erosionarse sin apenas percibirse. Hasta

cuando ya se abrieron socavones donde podía contener a todo el pueblo con sus ilusiones fundacionales. Pero, afortunadamente, “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”.

La población ha reaccionado frente a un designio que parecía inatajable. Se juntaron quienes se habían ido a luchar con las armas por un cambio y entendieron que por ahí no era la vía, y la gente que se quedó luchando por las vías pacíficas y democráticas, para retomar el camino de solidaridad, confianza, economía lícita y autocuidado.

Para alcanzar esa visión han venido realizando un ejercicio de recuperación de la memoria histórica. Voces de distintas edades ofrecen sus testimonios, generando un diálogo intergeneracional, el cual ha permitido encontrar en la grandeza humana la forma para afrontar los retos y hacer habitable esa tierra en condiciones dignas y pacíficas.

Ese coro de sonidos que entremezcla humanidad y naturaleza cuentan historias, penurias, llantos, logros, risas, sueños. Cuando se quiebran sus voces, transmiten profundas emociones, las cuales permiten abrir las ventanas que dejan ver en sus ojos aguados los dolores y las alegrías que trae la esperanza de un cambio en sus vidas.

Escuchando algunas narrativas en esa cumbre, formada por un tejido de montañas, se ve un crisol étnico con todo el compromiso por el cambio y la vida. El trabajo de base ha propiciado las condiciones para hacer habitable el lugar, siendo un ejemplo de perseverancia y capacidad para enfrentar la adversidad. Es por ello que las nuevas generaciones, que tienen todas las energías, serán las encargadas de continuar de forma laboriosa haciendo crecer el legado de sus mayores.

“El Para” está ubicado en un lugar para el buen vivir. Su nombre viene de la palabra “páramo”, es decir, de un ecosistema en las alturas, en este caso, de la cadena montañosa oriental de la cordillera Andina. Allí converge vegetación propia de altura, neblina y frío que dota de aguas cristalinas al territorio. No hace mucho tiempo, como dicen sus mayores, todo era niebla; en el día no se podía ver el sol y en las noches las estrellas, como si el mundo estuviera apenas empezando a revelarse.

Así que, en la medida que la gente local logre restablecer los lazos de solidaridad, democracia y creatividad conducentes a la paz, podrán seguir andando y reflexionando sosegadamente sobre su pasado para vivir armoniosamente el presente y proyectar un gran futuro.

Hoy, por allí se camina construyendo paz mediante transformaciones territoriales que inician por el respeto al otro. Pero, también con algunas obras significativas, como la pavimentación de unas calles, que, en otra parte, sería algo normal, allí no; es un salto fundamental para el encuentro de la palabra y la recreación de todas las generaciones.

“El Para” alberga heridas en su gente y naturaleza. Solo la capacidad de resiliencia y verse entre propios con pleno compromiso por el cambio y la vida ayudará a sanar las pieles humanas y de la naturaleza, y así emprender el andar hacia el horizonte que se podría reflejar en la palabra: Reconocer.

Hay que ir a “El Para”, allí en un alto de la cordillera que rodea a Florencia - Caquetá, Amazonía colombiana. Lugar testigo de bonanza de solidaridad. Lugar por donde pasó la bonanza occidental del billete verde. Hoy lugar de bonanza de compromiso, trabajo y esperanza para con la vida a plenitud.

Se está construyendo una Cumbre de Paz en “El Para”.

Fernando Cruz-Artunduaga² / marzo 13 de 2026



² Director del Observatorio de Paz y Derechos Humanos, Profesor del Programa de Sociología e integrante del Grupo de Estudios sobre el Territorio Yumaima – Universidad del Tolima. Colaborador del Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz. Ex-Coordinador de la Comisión de la Verdad en el Caquetá



La Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria: Una voz de esperanza para la paz en “El Para”

José Lautier Encizo Pineda
Líder Comunitario-Grupo Dinamizador

El inicio

“El Para” vivió un antes y un después, desde que las personas firmantes del Acuerdo de Paz, con esfuerzo y determinación, lograran que nuestro territorio fuera focalizado dentro de la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria. Para nosotros, como comunidad, este proceso empezó a tomar forma el 20 de octubre del 2023, un día que recordamos con cariño, porque marcó el inicio de una transformación que no esperábamos, pero que llegó para unirnos.

Ese día la comunidad se reunió, y por primera vez escuchamos de manera clara qué era la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria (ATCR). Fue algo sorprendente, emocionante y esperanzador. Allí comenzó a nacer un lazo fuerte entre firmantes y comunidad; un compromiso real por construir juntos.

Las iniciativas simbólicas

En ese mismo encuentro realizamos una primera acción simbólica: el mejoramiento de la caseta comunal de “El Para”. Hicimos una “pintatón” en la que participaron estudiantes, jóvenes, mujeres emprendedoras, comerciantes, veredas aledañas, firmantes, lideresas y líderes comunitarios.

Ese día fue un verdadero encuentro de integración: hubo pintura, música, asado, actividades deportivas y hasta un partido por la paz. En nuestro territorio nunca imaginamos ver a firmantes y comunidad jugando en el mismo equipo, compartiendo, riendo y aportando. Para nosotros y nosotras, esto fue algo profundamente simbólico; un mensaje de reconciliación real.

Nace el Plan de Acción: 20 de abril de 2024

Meses después, el 20 de abril del 2024, ya con más confianza y con más actores vinculados, realizamos la jornada del Plan de Acción. Ese día participaron comerciantes, jóvenes, mujeres emprendedoras, veredas vecinas, firmantes, instituciones y aliados. Fue un encuentro muy emotivo porque comenzamos a priorizar juntos las necesidades del territorio de “El Para”.

En ese espacio escribimos y discutimos todas las acciones que requería “El Para”: caminos, embellecimiento, espacios deportivos, memoria, infraestructura y convivencia. Las clasificamos por plazos: corto, mediano y largo. De ahí nació una propuesta que nos unió mucho: el mejoramiento y embellecimiento de las calles de “El Para”, incluida la idea de la pavimentación. También surgió la iniciativa de pintar la cancha, articulando gestiones con diferentes instituciones. A través de esta agenda, comenzaron a acercarse entidades que rara vez habían subido al territorio: Alcaldía, Gobernación, Instituciones Públicas, Organizaciones Internacionales, especial mente la ONU, que siempre ha sido parte del acompañamiento.

Cuando la institucionalidad por fin subió al territorio

Uno de los momentos más significativos fue cuando subió Hernán Flórez, encargado de maquinaria en la Alcaldía de Florencia. Ese día recorrió la vereda, escuchó nuestras necesidades y se comprometió al mejoramiento de la vía central y apoyar la pavimentación. También subió el coordinador de maquinaria de la Gobernación y se vinculó al proceso. Para nosotros fue sorprendente: por primera vez la institucionalidad estaba llegando donde antes no llegaba. Y eso fue gracias a la visibilización de la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria.

La llegada del asfalto: Un sueño que se volvía realidad

Durante meses vivimos con incertidumbre: ¿De verdad van a pavimentar? La comunidad nunca perdió la esperanza. Finalmente, el 18 de octubre del 2024, subió la primera volqueta doble troque cargada de asfalto. Cuando la vimos llegar, la alegría fue inmensa. Por fin estábamos viendo un sueño materializarse. Luego llegaron más volquetas, maquinaria, obreros y las veredas se unieron para apoyar. “El Para” se convirtió en un ejemplo de articulación: comunidad, firmantes, instituciones, jóvenes, mujeres, comerciantes y veredas vecinas unidos alrededor de una misma causa.

La memoria histórica: sembrar el presente para el mañana

Entre las iniciativas, quedó a largo plazo una propuesta muy querida: la recopilación y reconstrucción de la memoria histórica del antes y después del Acuerdo Final de Paz de “El Para”, impulsada por el firmante Ahidinever. Aunque todavía no tenía presupuesto, fue una idea que encantó a todos porque reconocía nuestra historia, nuestro dolor y nuestra resistencia.



Un proceso que nos cambió

Hoy, mirando hacia atrás, sentimos orgullo. La Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria, no solo nos trajo obras, nos trajo unidad, confianza, reconciliación y presencia institucional. Nos enseñó que sí es posible trabajar juntos y construir comunidad con los y las firmantes y que “El Para” también merece ser visto, escuchado y acompañado.

A medida que avanzaban los trabajos, la comunidad se sentía cada vez más unida. Yo recuerdo que todos colaborábamos en lo que podíamos: a algunos nos tocaba bolear bomba, regar el asfalto, cargar agua, limpiar, apoyar a los operarios. Vernos ahí, hombro a hombro, trabajando juntos por nuestro propio territorio, nos llenaba de orgullo. Era una emoción enorme porque nunca habíamos visto en “El Para” un vínculo tan fuerte entre la institucionalidad y la comunidad. Era algo nuevo, algo histórico.

Cuando por fin se terminó la pavimentación, llegó el momento de organizar la primera Fiesta Campesina, un evento que simbolizaba el logro colectivo y celebraba todo lo que habíamos construido unidos. Ese día estábamos de un lado para el otro, organizando detalles, alistando el sonido, las mesas, los espacios, todo para que la gente se sintiera cómoda y honrada.

Nos habían dicho que el Gobernador del Departamento del Caquetá vendría, pero más tarde nos informaron que no subiría por temas de seguridad. Sin embargo, cerca de las nueve de la mañana, nos avisaron de repente: ¡El gobernador viene, está en camino!

Al principio, la gente no salía a verlo. Había desconfianza, porque históricamente la institucionalidad no subía a los corregimientos, especialmente al de San Pedro, un territorio que durante muchos años fue estigmatizado como “zona roja”. Pero gracias a la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria, veníamos trabajando para desmontar esa estigmatización. Y cuando la comunidad vio que el Gobernador llegó de verdad, acompañado de su equipo, la sorpresa fue enorme. Para muchos fue increíble ver por primera vez en la historia del territorio, a un Gobernador participando directamente en una actividad organizada desde la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria. Fue un momento profundamente simbólico. El territorio que había sido olvidado ahora estaba siendo reconocido.

También recordamos otro día muy especial, cuando se realizó una gran jornada de la institucionalidad: ese día subió la Alcaldía de Florencia, con todas sus dependencias, además de

algunas entidades de la Gobernación. Estuvo presente el equipo de salud, incluyendo el SISBEN, atendiendo y compartiendo con la comunidad. Ver a tantas instituciones reunidas en “El Para” fue algo asombroso, la emoción de la gente era evidente. Parecía que todo lo que habíamos soñado estaba tomando forma de verdad.

Desde entonces, la visibilidad del territorio cambió completamente. Las entidades comenzaron a subir con más frecuencia, ya no con miedo ni con distancia, sino con confianza y respeto por la comunidad. Cada visita institucional se sentía como una conquista más del trabajo que todos habíamos construido alrededor de la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria.

El libro de Memoria se siembra y va retoñando

En medio de este caminar colectivo, mientras se abrían caminos y se fortalecían los lazos entre la comunidad, comenzó a anudarse otra iniciativa profundamente sentida: la creación del Libro de Memoria Histórica de “El Para”. Esta idea nació desde la palabra y la escucha, impulsada por Adhinever, líder firmante del Acuerdo Final de Paz, como una forma de cuidar las historias del antes y el después, de no dejar que lo vivido se diluyera con el tiempo.

La comunidad acogió esta propuesta con cariño, entendiendo que, así como el asfalto fija el camino, la memoria fija la historia.

Con el acompañamiento de la Agencia para la Reincorporación y Normalización (ARN), se abrió la posibilidad de invitar a una agencia de cooperación que creyera en este sueño. Fue así como se sumó la Cooperación Alemana para el Desarrollo (GIZ), a través del proyecto PazRestaurativa, brindando el apoyo financiero necesario para que esta iniciativa empezara a hacerse realidad. De este modo, se dio paso a la contratación de la consultoría para la creación del Libro de Memoria que hoy se presenta, en un proceso que ha sido profundamente significativo para el territorio.

Este libro surge de un camino largo y compartido, de muchos encuentros y trabajos colectivos, de nudos que se fueron haciendo en la mochila de “El Para”. Hoy, esta iniciativa tomó forma y se encuentra en su etapa de presentación, como parte de la Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria, narrada y sostenida por el grupo dinamizador de “El Para”, que ha caminado, soñado y construido este proceso desde el corazón del territorio.

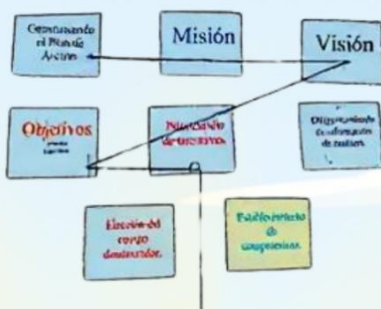
Agenda Territorial de Reincorporación Comunitaria con enfoque Restaurativo (ATRC)



Misión

Integrar y gestar acciones constructoras de bienestar, con enfoque de reincorporación y de no estigmatización para el fortalecimiento del tejido social y la convivencia en el marco del Acuerdo de Paz.

PLAN DE ACCIÓN



Visión

La comunidad de “El Para” del municipio de Florencia, en el 2026 estará fortalecida en unión, reconocimiento, mayor desarrollo y sentido de pertenencia, en miras a la ejecución de proyectos con un trabajo en red para mejorar la calidad de vida.

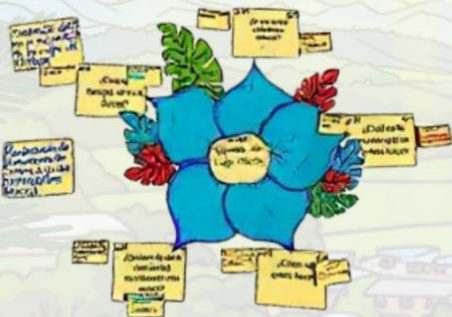
Iniciativas

La comunidad de “El Para” expresa en su Plan de Acción el fuerte anhelo de mejorar la calidad de vida de sus habitantes y de preservar su memoria para evitar que lo negativo de la historia se repita.

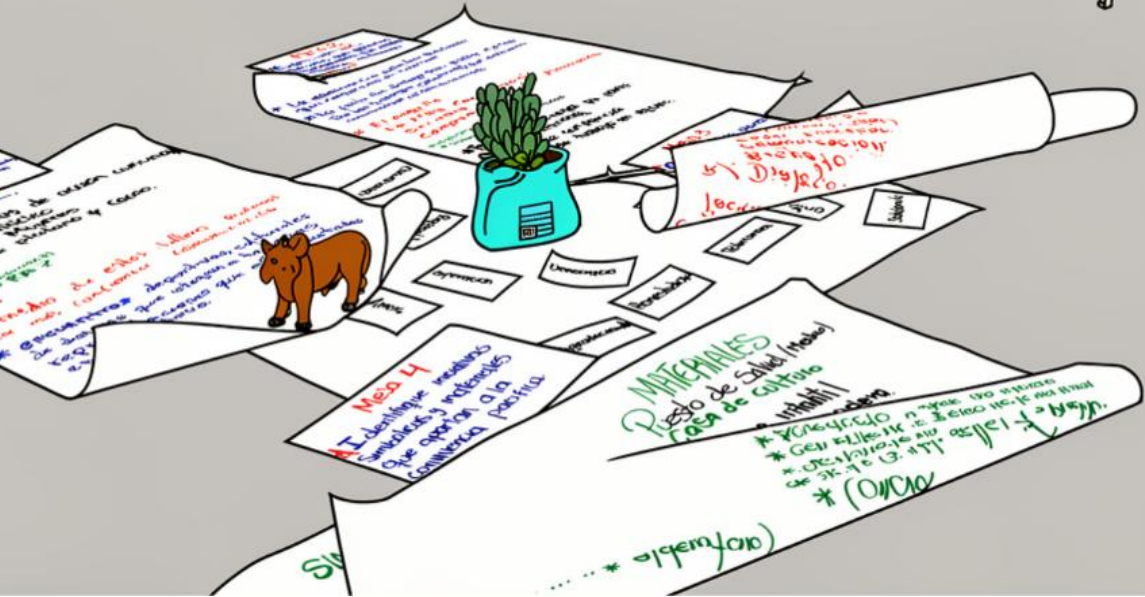
Para consolidarse como un territorio de paz con proyección, razón por la cual la construcción de un libro de memoria que relate el antes y el después del conflicto, es una iniciativa fundamental para la comunidad.

Acciones

- Recolección de la memoria antes y después del conflicto.
- Mejoramiento y pavimentación de las calles principales.
- Acto simbólico pintura colectiva del polideportivo.



DIALOGO
TERRITORI
RECONCIL





“El Para”: Una historia que merece ser contada y abrazada

Dennis Dussán Márquez

Este libro no nació mirando primero al pasado. Nació pensando en el presente y proyectando el futuro, en el momento en que la comunidad de “El Para” decidió reconocerse desde lo que hoy es y desde lo que hoy cuida. Ese es, quizás, su gesto más importante y, también, su diferencia frente a muchas formas tradicionales de trabajar la memoria.

Aquí, la memoria no empieza con la herida, sino con la vida que hoy se protege.

Durante mucho tiempo, los trabajos de memoria se han centrado casi exclusivamente en los hechos victimizantes, y, aunque éstos deben ser narrados —porque hacen parte de la verdad y del dolor vivido—, no pueden ser el único lugar desde donde se cuenta una historia. Como mencionaba Gabriel García Márquez *“la historia no es solo como se vive, sino como se recuerda y como se quiere ser recordada”*.

Y los habitantes de “El Para” no desean que su territorio quede fijado como un lugar de violencia,

aunque la hayan padecido de manera profunda y prolongada.

La guerra no fue una decisión de la comunidad: la guerra llegó, se impuso, atravesó la vida cotidiana y colocó a la población civil en medio del conflicto, sin posibilidad de elegir. Recordar eso es fundamental, pero también lo es, reconocer que incluso en medio de la violencia, hubo dignidad, resistencia y un deseo constante de cuidar la vida. Por eso, este libro propone un movimiento distinto: mirar el pasado desde el presente, desde la paz que hoy se abraza, se cuida, se celebra y se festeja como un bien preciado.

La construcción de este libro fue un caminar paciente. No buscó arrancar testimonios ni forzar recuerdos, entendiendo que, en estos territorios la palabra ha estado marcada por el miedo a recordar el dolor, a ser señalados, a revivir pérdidas, a hablar cuando otros actores armados aún hacen presencia. Por eso, la memoria aquí se trabajó desde la confianza, desde la escucha y desde el respeto por los silencios. Se dejó que las historias aparecieran cuando estuvieron listas.

Este libro también reconoce que “El Para” no empieza con la guerra. Antes hubo selva, bosque de niebla, caminos de barro, pueblos indígenas que habitaron estos territorios desde siglos atrás, colonos

que llegaron con lo poco que tenían, abriendo trochas para hacer posible la vida. Todo eso forma parte de la historia que se irá entrelazando en el transcurrir del libro.

Así, esta memoria no se queda detenida en el daño, sino que narra el tránsito de la violencia a la búsqueda de paz, de la imposición armada a la reconstrucción comunitaria, de la estigmatización al reconocimiento. Este libro es, en sí mismo, un acto de cuidado, un tejido más en la mochila de “El Para”, que guarda lo que dolió y lo que hoy se protege como el tesoro más valioso: la paz.

Este trabajo es, ante todo, una ofrenda de paz: nace en las entrañas de “El Para”, de lo vivido, de lo sufrido y de las huellas de un presente que hoy se defiende con decisión, desde una apuesta colectiva que se gestó al interior de la Agenda de Reincorporación Comunitaria, donde la memoria fue reconocida como un acto profundamente simbólico y necesario.

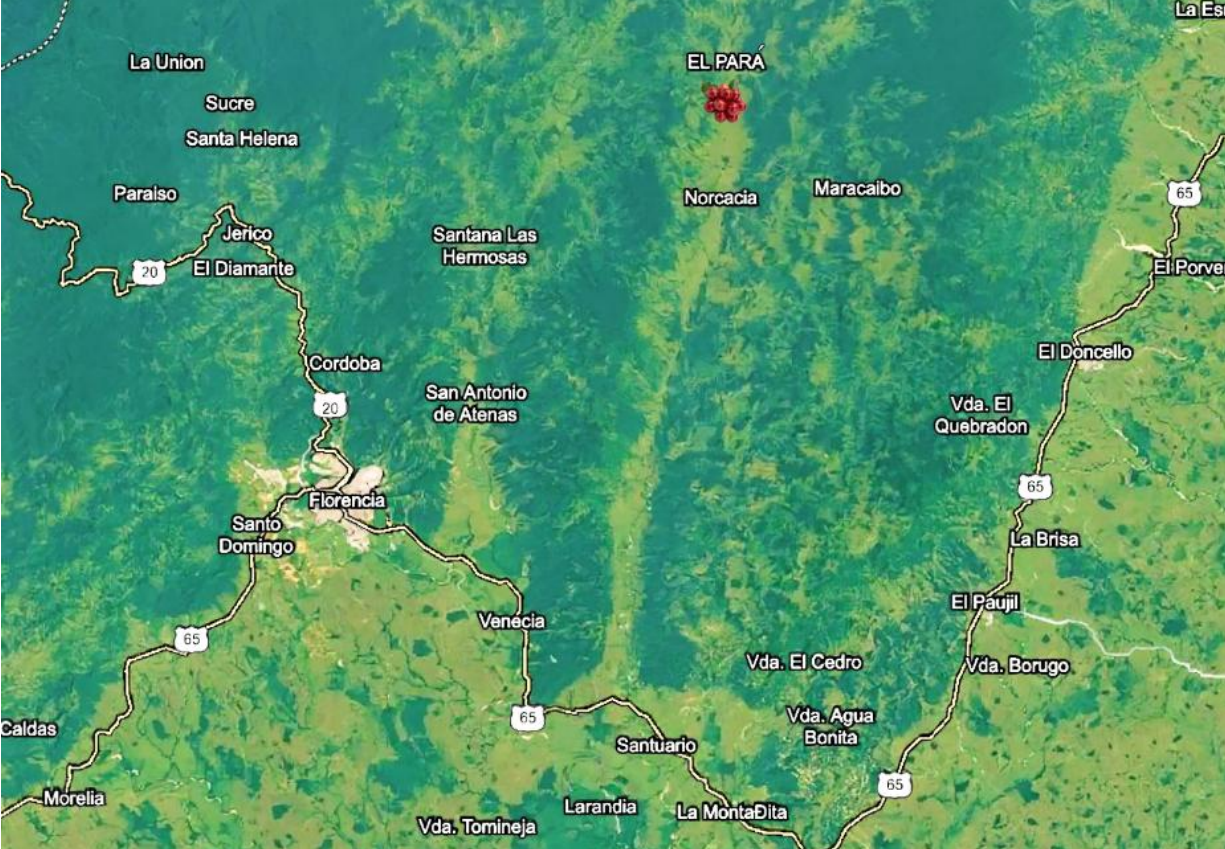
Que este libro exista no es casualidad, es el resultado de una decisión consciente de la comunidad y de los y las firmantes del Acuerdo de Paz, para hacer de la memoria un compromiso en clave de “no repetición”, un gesto de reconocimiento y de cuidado

hacia el territorio y sus pobladores. Aquí, recordar no es quedarse anclado en el dolor, sino afirmar que

lo vivido no puede volver a ocurrir y que la paz que hoy se abraza, merece ser protegida.

Se entrega esta memoria, como quien entrega una mochila tejida con paciencia, llena de historias, silencios y aprendizajes. Es una ofrenda de amor para “El Para”, para su gente, para quienes resistieron, para quienes ya estaban en tiempos inmemoriales, nuestros pueblos indígenas cuidadores de esta inmensa selva, como para quienes llegaron llenos de barro a abrir caminos y un claro en la montaña, para quienes hoy cuidan la vida en este territorio. Una ofrenda que busca acompañar, para que la memoria siga caminando y la paz siga echando raíces, en las nuevas generaciones que siembran esperanza.





Vista satelital Corregimiento San Pedro, Florencia, Caquetá.
Tomada de GoogleEarth. Enero 2026.

“El Para”, ¿dónde estamos?

El centro poblado “El Para”, está ubicado en el corregimiento San Pedro del municipio de Florencia, departamento del Caquetá. En la zona norte del corregimiento, predomina el clima frío y de páramo por hallarse ubicado en las estribaciones de la Cordillera Oriental. Su principal afluente hídrico es el río San Pedro, que atraviesa de norte a sur el corregimiento.

Para llegar a “El Para” desde Florencia se toma la carretera Marginal de la Selva, vía la Montañita, allí se desvía en el Km 17, luego se recorren 15Km en una vía terciaria en regulares condiciones, hasta la vereda Maracaibo. Luego, se encuentra la Bodega en donde llegan los grupos de arriería en mulas, donde los campesinos cargan sus remesas para las veredas ubicadas en las estribaciones de la Cordillera Oriental, en lo que hoy se conoce como el Parque Natural Regional Miraflores - Picachos.

Continuamos un recorrido de 24 km, llegando al centro poblado de la vereda Norcasia y nos encontramos con la Institución Educativa Rural José Antonio Galán. De ahí, siguiendo a unos 15 km aproximadamente, llegamos al centro poblado de “El Para”. En el recorrido, se observan las diferentes formas de la topografía de piedemonte amazónico, bordeando la cordillera oriental que recorre todo el Corregimiento, surcado por el río San Pedro, que ofreciendo un paisaje ondulado y de vega, con pastizales que dejan ver la principal fuente de ingresos: la ganadería.

Llegando a “El Para” se observa el cambio de la topografía de montaña, en donde se diversifica la economía, con ganadería y procesos productivos de café, el cual está en auge, dinamizando su economía.

En la parte más alta, 1.300 s.n.m. se delimita y protege el Parque Miraflores Picachos, dando testimonio de cómo la selva se va regenerando y conservando con sus especies nativas, su flora y su fauna, aclarando que los pobladores de “El Para” y las veredas aledañas tienen un gran compromiso en su cuidado y conservación.





PARTE I

Nuestros ancestros: Los cuidadores de la selva

Antes de que los caminos de barro, las trochas y las casas de bahareque existieran, estas tierras ya estaban llenas de vida: allí, en la inmensidad verde y húmeda, los primeros seres humanos habitaron, comprendieron y cuidaron la selva de una manera íntima y profunda. Cuidaron las montañas de este bello paraíso llamado “El Para” y toda esta vasta zona del piedemonte y de la Amazonia, de la que hace parte, cuando aún no había fronteras, ni veredas, sino selva viva respirando con quienes vivían allí.

Dicen los mayores, que antes de que existiera Florencia como la conocemos hoy, estas montañas eran el hogar de pueblos indígenas. Ellos no pensaban en “ser dueños” de la tierra, pensaban en cuidarla, porque la selva era su casa, su maestra y su madre. Todo lo que necesitaban para vivir venía de ella, los peces y animales que hacían parte de su alimentación, las plantas y resinas para curarse, las fibras para trenzar, la madera para construir.

No había animales “salvajes” o “peligrosos”: había hermanos mayores, seres con los que compartían el territorio y con quienes debían mantener un equilibrio.

Las comunidades amazónicas Uitoto y Korebaju abrían chagras y solo despejaban lo necesario para sembrar y vivir; una vez la tierra daba su alimento la dejaban descansar para que la selva volviera a levantarse. Así, las montañas se mantenían vivas, selva que respira, selva que se regenera, selva que recuerda. (Garzón & Macuritofe s.f).

El territorio está conformado por la Cordillera Oriental, que se abre hacia la Amazonia formando un territorio sagrado: allí nacen el río San Pedro y el Ortegua. Para los pueblos originarios, los lugares donde nace el agua son espacios vivos y espirituales, como un corazón que late debajo de la tierra.

En esos tiempos ancestrales, las montañas estaban cubiertas por árboles gigantes, que los mayores recuerdan, especies como el cedro, el achapo, el laurel, el tangaré, el balso, el guamo y otras tantas que hoy apenas sobreviven en pequeños parches del bosque.

Bajo esas copas inmensas se movía una esplendorosa fauna: dantas, guaras, jaguares, pavas, armadillos y monos de varias especies. Todo tenía su lugar, su sentido y propósito; todo estaba tejido.

Los caminos eran senderos hechos a pie, siguiendo la brújula de los ríos, los cerros y los vientos. Se recuerda que lo que hoy es Florencia, para ellos era un punto de encuentro, un espacio espiritual donde pasaban los caminantes, a compartir la palabra, la comida, los saberes. Un centro vivo antes de tener nombre en los mapas.

Durante los recorridos realizados en “El Para”, habitantes del territorio relatan la existencia de lugares antiguos levantados en piedra, sitios considerados mágicos y ancestrales, que permanecen aún sin estudiar. Estos vestigios, visibles en algunas zonas altas y montañosas, coinciden con lo que la arqueología amazónica ha identificado como antiguos espacios de ocupación humana, ritual y simbólica.

Sin embargo, por más de sesenta años, la presencia del conflicto armado —y particularmente de unidades móviles de las FARC— convirtió estos territorios en zonas vedadas para la investigación académica y científica.

Solo después de la firma del Acuerdo Final de Paz de 2016, fue posible volver a caminar estos lugares con mayor tranquilidad y comenzar a develar, poco a poco, una historia mucho más antigua que la guerra. Una historia donde los primeros habitantes no dominaron la selva, sino que la cohabitaron. Este tejido de la memoria

nos recuerda que “El Para” es un territorio profundamente ancestral, habitado por generaciones desde el respeto, el equilibrio y la vida.

Cuentan los mayores indígenas Uitoto, que hay lugares de rituales conocidos como cuevas sagradas que se comunican a través de pasajes subterráneos. En el caminar de la memoria de “El Para”, logramos constatar la existencia de un complejo de cuevas de piedra que, a lo mejor, están conectadas por caminos profundos, que comunican la montaña del Corregimiento San Pedro con la llanura amazónica en el Corregimiento Venecia, como si la selva y los Andes se dieran la mano por el subsuelo.

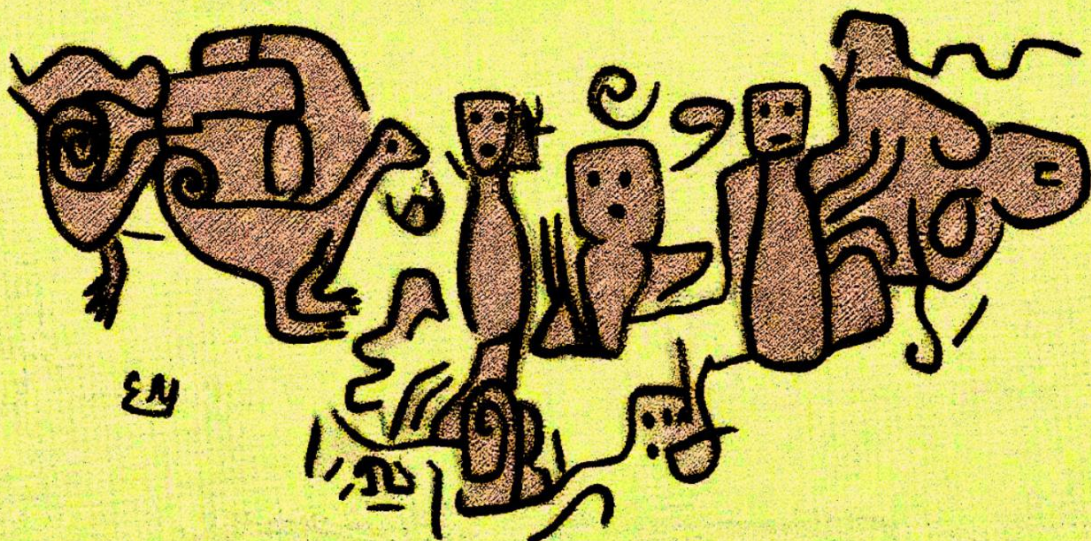
Nadie sabe con certeza dónde empiezan ni dónde terminan; algunos dicen que son muy antiguos. Campesinos de la región han sentido que en estas cuevas hay seres vivos y escuchan sus voces en noches de luna llena. Los mayores Uitoto nos cuentan que estas cuevas fueron hechas como espacios espirituales y de resguardo, espacios sagrados donde solo personas especiales podían estar, porque allá desarrollaban poderes mágicos para proteger a sus pueblos, para cuidar el territorio y para preservar la humanidad.

Estos relatos que han pasado de generación en generación, son las señales que no se borran con el tiempo, y son las huellas de que este territorio nunca estuvo deshabitado o desprovisto de la presencia

humana. Estos relatos ancestrales nos dan a conocer que aquí hubo vida, pensamiento, movimiento y memoria desde hace muchísimo tiempo. Este territorio ya hablaba antes de que nosotros aprendiéramos a escucharlo, desde el inicio de los tiempos, por lo menos 19 mil años (Rangel-Urbina, 2010).

En el municipio de Florencia hay otro lugar sagrado marcado en piedra. En una fuerte creciente en el año de 1962, el Río Hacha dejó al descubierto algo que estaba oculto bajo el agua: los petroglifos de “El Encanto”. Son figuras talladas en piedra por manos antiguas que conocían el lenguaje del río, de los animales y de la fecundidad de las mujeres y la tierra y con sus símbolos revelan la comunicación con los seres espirituales de la naturaleza, conectando lo visible con lo invisible (Silva, s.f.).

Petroglifos El Encanto. Río Hacha, Florencia, Caquetá
Intervención a foto tomada del libro Los Petroglifos El Encanto. Celis, E.



No son dibujos al azar. Según los estudios del investigador Eliecer Silva Celis, del Instituto Colombiano de Antropología e Historia de Colombia (Silva, s.f.), estos petroglifos pueden comprenderse si se miran desde la cosmovisión indígena, es decir, como los pueblos originarios entienden la vida. Para ellos, la mujer y la tierra están profundamente unidas. La fecundidad del cuerpo femenino y la fertilidad de la tierra son parte del mismo ciclo. Las piedras de El Encanto nos muestran que vivir bien, significaba estar en equilibrio y respeto con la naturaleza, con los demás seres humanos y con lo invisible.

Cuando miramos las cuevas de las que habla el relato siguiente y los petroglifos de Florencia, algo empieza a tomar forma. Es como si el territorio estuviera lleno de huellas, señales repartidas por todos lados para decirnos lo mismo: Aquí estamos. Hemos estado desde siempre. Seguimos aquí. Estas huellas no son solo del pasado. No están abandonadas. Porque los pueblos indígenas de la Amazonia colombiana, como los Uitoto y los Korebaju, siguen vivos en los lugares más cercanos para ser escuchados, para aprender en nuestras generaciones enigmas de su existencia y de sus lecciones de pervivencia para la humanidad.

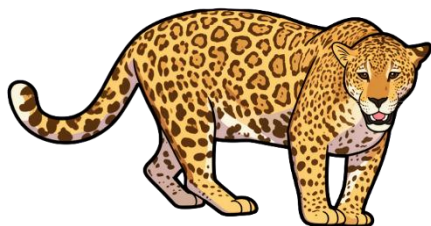
Ellos son la memoria que camina, la palabra que no se ha perdido, la conexión entre las piedras antiguas y la vida de hoy. Ellos aún cuentan historias. Aún saben leer los signos del bosque, del agua y del cielo. Aún enseñan que lo visible y lo invisible caminan juntos. Aún recuerdan que la tierra no es un objeto, sino un ser vivo que siente, piensa y responde.

A pesar de las violencias, de los desplazamientos, de las amenazas y de los intentos por borrar su existencia, estas comunidades han resistido.

Han sido protegidas, no solo por leyes, sino también por su espiritualidad, por sus saberes y por su relación profunda con el territorio. Antes de los colonos, ya había mundo antes, antes de que se trazaran fronteras, antes de que se nombraran municipios, corregimientos y veredas, ya había un mundo completo aquí. Un mundo con normas, enseñanzas y espiritualidad. Las piedras lo recuerdan. Los ríos lo recuerdan.

Las comunidades lo recuerdan, y hoy, cuando caminamos este territorio, cuando vivimos en él, cuando aprendemos de su historia, esas memorias nos siguen hablando. Nos invitan a escuchar, a cuidar y a reconocer que no llegamos a un lugar vacío, sino a un territorio lleno de vivencias que todavía laten.

Este es el inicio de nuestra expedición. Un caminar hacia atrás para entender el presente. Un escuchar las piedras, para aprender a vivir mejor hoy.





Los sótanos

María Rocío Pineda

Mi abuelito nos contaba... que en ese tiempo vivíamos en Norcasia, Caquetá... él era quien nos contaba historias, yo era muy pequeña, tendría unos siete u ocho añitos. Nos hablaba de indígenas que estaban aquí cuando ellos llegaron a estas montañas. En la finca donde vivíamos, mis hermanos descubrieron un sótano, una cueva que había allá. La entrada es como una capilla, un salón grande donde había un mesón y sobre él una masa blanditica, como recién hecha.

Cuando los muchachos fueron por allá, sacaron vasijitas que los indígenas habían dejado. Ellos vaciaron la tierra que había en las vasijitas y se las llevaron a la finca. Después, volvieron con mi mamá, con don Ignacio Obando y doña Cervanda Pacheco, que era gente antigua. Ellos echaron mecate y se fueron a ver qué más encontraban en ese lugar. Sacaron cómo ciento cincuenta vasijas, pero, ninguno acató a pensar, que de pronto esa tierra era sagrada, todo lo vaciaron y lo botaron, y al final, se las trajeron.

Todavía existe ese sótano; allá existe, es muy bonito por dentro, tiene un canal bien hehecito en la

roca, por donde corre el agua bien pura, bien clarita que sube y baja.

El agüita se consume allá y baja por dentro hacia la tierra para salir más abajo en el sótano. Eso le cuento porque yo misma con mis ojos lo miré.

Enseguida hay otro sótano, no es tan grande, pero siempre es altico. En el suelo hay piedra lumbre, igual que en la finca, yo lo miré, porque me mantenía detrás de los muchachos en ese tiempo y cuando salían les decía que me llevaran.

Un día de esos miré que en esa tierrita había un animalito que brincaba. Me puse escarbar donde él estaba y saque unos pedacitos de piedra lumbre y grite: ¡muchachos, muchachos! vengan y prueben esto, es piedra lumbre y ellos dijeron “uy sí muchacha, esto es piedra lumbre ¿dónde la encontró?”. Yo les dije: es allá, donde está un gurrecito, es un gurrecito de tierra.

Yo digo que todo eso ha sido de los indios, pero no me acuerdo que indios decía mi abuelo que eran, si piel roja o cuales, pero que en ese tiempo sí había indios que eran peligrosos, eso decían.

De ese tiempo ya no hay nada. Imagínense que yo tenía como ocho añitos y para jugar le robábamos a mi mamá esas ollitas de los indígenas y las pringábamos, hirviéndolas con agua y hacíamos el

arrocito, el tinto, hacíamos de todo, en fogoncitos por allá en el potrero.

Los muchachos volvieron después de eso, subieron bien arriba y dicen que tiene forma de una capilla, algo sagrado, era pura montaña. Colinda con los predios de Manuel Bahamón, de “El Para” para arriba, lejitos de la casa. Siempre daba como nervios ir, porque uno pensaba que se podría encontrar con los indios.



Las cuevas

En búsqueda de las huellas ancestrales del relato anterior, se realizó la vista al mayor *Emilio Fiagama Suárez, Cacique del Clan Caimo, del habla n+pode del pueblo Uitoto*. En un espacio de mambeo compartido con *Diego Andrés Díaz Vargas (acompañante de la memoria y de la cultura Uitoto)*. Se relata lo siguiente:

He visitado las cuevas, en el Alto Venecia, desde allí se ve la entrada para “El Para”. Con mi compañera de trabajo, subimos en la moto hasta donde termina la carretera y ahí mismo queda una casa en todo el filo. El día que fuimos, yo estaba mambeado y el señor de la finca donde fuimos, me dijo que me pasaba en la cara, si sufría de la muela y le dije que no, que era mambe; me dijo, usted es de los indios, le dije que sí, de los Uitoto.

Nos contó la señora que es su mamá, que, cuando su mamá llegó a ese sector, como en los cuarenta, ellos fueron fundadores de esta vereda. En ese entonces, ya estaba esa maloca en piedra.

La mamá del campesino, cuenta que, con sus hermanos, que eran niños de 5 o 6 años, encontraron pedazos de vasijas, unas olletas, vasijas y cosas de los indios. Pero allá no había gente. En las noches, cuenta

la señora, se escuchaba que hablaban, que cantaban, que golpeaban, como cuando se hace mambe. Y dijo: “nosotros de niños jugábamos tirándonos piedritas entre los chinos y jugando con todas esas cositas que había en las cuevas”.

Dijo el señor: “mi mamá encontró varias vasijitas, las cuales recogió y guardó como adorno para la casa. Hace unos años un señor turista compró todo lo que teníamos en 500 mil pesos”.

Le pregunté donde eran las cuevas y fuimos. Ahí se abre la carretera que llega hasta esa finca y de ahí nos guio por un sendero a 5 minutos de la casa. Ahí divisé la entrada de la maloca (jipikuen+ananeko), y eran realmente dos. Tiene un espacio grande y atrás tiene un pasillo para salir a la peña, tiene un agujero y está en lo alto.

El señor nos dijo, que tenían una escalera de palos, porque venía gente a tomarse fotos. Desde la misma peña y desde del corredor se puede mirar un huequito bien hondo. Aquí acampaba el ejército y no duraba ni un día ni una noche, porque ellos dicen, que escuchan voces, que sentían que los jalaban y los sacaban de allí.

En el relato del mambeo, yo les digo que nunca he escuchado a los viejos decir que los Uitoto hagan maloca en piedra, pero a los días, llegó un anciano a

la maloca en El Manantial, en Florencia y le mostré un video que hice en esa ocasión y le conté lo que había encontrado y me dijo que no sabía nada de eso. Hacia la una de la mañana, estando solos, me preguntó dónde era.

Entonces dijo, que eso era de ellos, que hay cinco por ese lado, que ahí era donde se preparaban los mayores cuando llegaron a este territorio. Los primeros que llegaron aquí, se preparaban porque eran cosas muy delicadas, ellos tenían que irse lejos, trasladarse desde La Montañita Y luego, desde acá de Florencia, se iban hasta lo que hoy se conoce como Norcasia y “El Para”, y eso era muy lejos.

Tenían que recorrer mucho territorio para llegar a las cuevas y prepararse, para contrarrestar los males que les acechaban en esa época. En otra época también, servía de centro espiritual para protegerse de la persecución que sufrían por parte de los peruanos. Para ellos todos los blancos eran “los peruanos” (que en esa época eran los negociantes del caucho).

Los Uitoto estaban aquí en lo que hoy es Florencia, llegaron de lejos, los antiguos, en la búsqueda de Muidoyazik+, “montaña alta y lejana” o sea, la cordillera oriental y allá cerca de esa montaña está Muidomen+, “laguna muy lejana”.

Decían que el clan culebra, iba a esa laguna para comer, siendo los primeros que llegaron a Florencia. Aquí llegaron buscando una laguna inmensa, que decían, era donde los peces se podían coger con las manos.

Dicen los mayores, que los Uitoto antiguos llegaron en temporada friática, a lo mejor en los tiempos de las heladas del Brasil, en un tiempo en que las montañas se cubren de niebla y ellos vieron que el cielo y la tierra se pegaban en la cordillera que bordea el departamento del Caquetá en su zona oriental. Ellos pensaban haber llegado al fin del mundo y que, si seguían podían caer, porque para ellos el mundo era plano como una arepa. Ellos creían que al otro lado de la montaña había un gran abismo y para caerse, se detuvieron y aquí en Florencia, y aquí se quedaron.

Y fueron ellos, quienes empezaron a darle nombre a todo: al Río Hacha, las quebradas El Dedo y La Yuca, el Río Pescado, la quebrada La Perdiz. Estos son nombres que fueron traducidos del Uitoto al español. Relatan que todo esto era agua, lo es el barrio La Consolata, el sitio que se conoce como La Playa y la galería Satélite, el Idema, el Versailles, todo eso era un humedal. Allá donde está el barrio Las Malvinas y Pueblo Nuevo, de ahí bajaban quebradas que alimentaban al humedal.

En Florencia hicieron la primera Maloka detrás de lo que hoy es la Catedral. Desde ahí se podía divisar todo el paisaje y veían quien se acercaba a este territorio, porque era la parte más alta de Florencia, Ahora estamos en esta parte alta de Bello Horizonte, en el Manantial, con nuestra maloca.



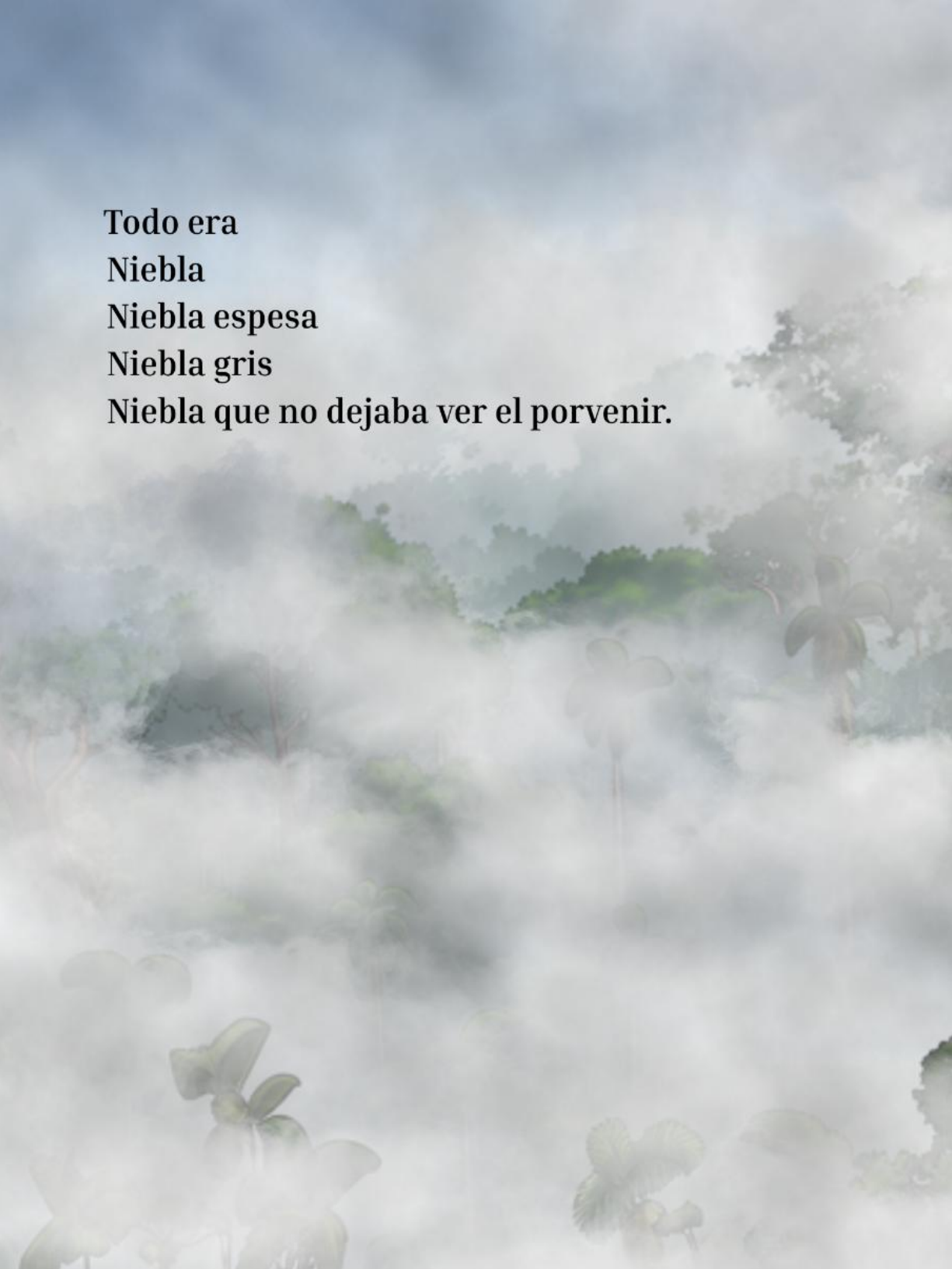
Todo era

Niebla

Niebla espesa

Niebla gris

Niebla que no dejaba ver el porvenir.



PARTE II

Primeros pobladores colonos: “Cuando todo era niebla”

Aún hay abuelos en “El Para”, no muchos, pero los hay: Don Isnel, la Señora María Doris, Don Efraín, Don Enrique, Doña Socorro, Doña Margarita....

Ellos cuentan que, hace 60 años, cuando llegaron por estas tierras,

Todo era niebla.

niebla espesa

niebla gris.

niebla que no dejaba ver el porvenir.

Una niebla abrumadora al punto que,

en el día no se podía ver el sol

ni en la noche las estrellas.

Llovía seguido...seguido,

tal como suele llover en el Caquetá,

días y noches continuos,

como un diluvio que no anuncia castigo

sino origen.

La lluvia cae tanto,

que confunde el día con la noche y

aun así, sostiene la vida.

Este ambiente hace parte de lo que se conoce como bosque de niebla y en “El Para”, las montañas viven cubiertas por un manto húmedo, casi permanentemente. Los colonos cuentan, que la lluvia caía durante días enteros. Lluvia y niebla. Niebla y lluvia. Como si el mundo estuviera apenas empezando a revelarse. Tanta era la humedad que debían secar la ropa en el calor del fogón de leña.

En esas montañas vivían árboles tan grandes que parecían tocar el cielo, como el cedro, el achapo, el tangeré, el laurel, el balso, el aguacatillo, el guamo, el canangucho y el yoco. Muchos de estos árboles eran sagrados o útiles para los pueblos indígenas y también fueron muy apetecidos después por los colonos, por su madera fina y resistente.

La fauna era igual de impresionante: jaguares, dantas, armadillos, guaras, monos churucos, tigrillos, culebras verrugosas, pavas, gallitos de roca y muchos más. La selva era una orquesta constante de sonidos: el rugido lejano del felino, el grito de los monos, el crujido de la madera mojada.

Cuando a un colono le ofrecían una “tierra” en estas montañas, lo que recibía en realidad era un pedazo de selva intacta: bosque cerrado, troncos colosales, raíces como murallas, lianas gruesas como

brazos. Tenían que abrir camino con pico y pala, abrir la selva a machete, en medio de un clima húmedo y frío. La gente se dedicaba a la cacería y de ahí tenían su sustento alimentario, cultivando otros alimentos como yuca, maíz, plátano y recogiendo frutas y semillas de la selva.



La selva era una orquesta constante de sonidos: el rugido lejano del felino, el grito de los monos, el crujido de la madera mojada.



Caminos de herradura hacia “El Para”

Entre los años cincuenta y sesenta, cuando la violencia bipartidista arrasó pueblos enteros de los Departamentos del Tolima y del Huila, muchas familias campesinas emprendieron un éxodo silencioso: Liberales y conservadores huían por igual, perseguidos por el solo hecho de portar un color político. Salir era la única manera de seguir vivos. El Caquetá se convirtió entonces en destino y refugio, aunque llegar hasta allí implicara atravesar territorios extremos, sin carreteras, sin mapas claros, siguiendo apenas caminos de herradura abiertos por la necesidad.

Ellos y otros fueron los que abrieron caminos, los que habitaron y habitan hoy las montañas de “El Para”, los que guardan los recuerdos de cómo fueron desplazados de sus territorios en la época llamada “de la Violencia”, que en el año 1948 produjo 43 mil personas asesinadas (Caballero, s.f.), aunque otros hablan de 300 mil y dos millones de personas desplazadas (Alape, González, & et.al., 2018), producto de los enfrentamientos entre personas de los partidos liberal y conservador, luego de que fuera asesinado

el líder Liberal Jorge Eliécer Gaitán, (Alape, González, & et.al., 2018).

Algunas de las frases célebres del caudillo Jorge Eliécer fueron:

“Hay que procurar que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres”, “un pueblo ignorante es víctima de la incomprensión y la desidia”, “queremos la defensa de la vida humana, es lo que puede pedir un pueblo”.

Luego de su asesinato, muchas familias huyeron a los lugares más recónditos de Colombia para proteger sus vidas, entre los que se cuentan los fundadores de “El Para”.

Primera ruta: la cordillera, el páramo y la selva

Uno de los recorridos más transitados comenzaba en Garzón, Huila. Desde allí, las familias avanzaban por trochas hasta San Guillermo, ya en jurisdicción del Caquetá, subiendo por la cordillera Oriental. El camino seguía hacia Remolino, en la vereda El Danubio. No eran caminos consolidados: eran huellas abiertas a machete, senderos por donde apenas cabían las bestias y los cuerpos cansados. En ese trayecto, el paisaje imponía una de las pruebas más duras: el páramo de Miraflores. El frío cortante,

la neblina cerrada y el viento constante acompañaban a quienes cruzaban ese territorio.

Las temperaturas descendían hasta cerca de los 4 grados en la noche. Para campesinos mal abrigados, mojados por la lluvia, cargando niños pequeños y acompañando a mujeres embarazadas, ese paso era una amenaza directa a la vida. No se sabe a ciencia cierta, cuántas personas quedaron en esos caminos. Después del páramo venía la bajada hacia la ribera del río Orteguaza, buscando un pequeño asentamiento conocido como La Esperanza, que en ese entonces apenas contaba con dos o tres casas levantadas en medio del monte. Allí el paisaje cambiaba de manera abrupta: del frío del páramo al calor húmedo de la selva. La selva era tupida, agreste, cerrada y para quienes llegaban huyendo era desconocida y hostil: el barro, el paludismo, las culebras, los animales del monte y la vegetación espesa marcaban el paso. Sin embargo, el miedo a la selva era menor que el miedo a la violencia que habían dejado atrás. Desde La Esperanza, las familias continuaron por trochas y caminos de herradura hasta un lugar donde no existía ningún caserío. Ese sitio, que con el tiempo sería llamado “El Para”, era monte abierto, haciendas en formación y silencio. Allí comenzaron a asentarse.



Allí, solo con machetes y serruchos, tumbaron árboles gigantes y con esa madera levantaron chozas y casas sencillas. La alimentación provenía de lo poco que traían consigo y de lo que el monte ofrecía: semillas guardadas con cuidado, frutos de la selva, la espera paciente de las primeras siembras. Años después, don David Murcia donaría parte de su hacienda para formalizar el asentamiento y permitir la fundación del caserío de “El Para”.

Segunda ruta: la banca, el precipicio y el monte cerrado

Otra ruta de ingreso partía también de Garzón, Huila, pero tomaba un rumbo distinto: las familias avanzaban hacia Altamira y Guadalupe, en un trayecto extremadamente riesgoso, ya que no existía carretera, solo una banca abierta a punta de pico y pala. A un lado, la roca, al otro, el precipicio. El paso era lento, peligroso y marcado por el miedo constante a caer.

Por esa ruta y en los pocos medios de transporte disponibles, las personas lograban llegar a Florencia, un pueblo que entonces apenas comenzaba a crecer. Desde allí retomaban el camino hacia un punto conocido como la bodega Puerta del Gallo, a unos siete kilómetros de Florencia, sobre la vía hacia Santuario.

Desde este lugar comenzaba nuevamente el camino de herradura. Un puente rústico sobre el río Orteguaza marcaba la entrada definitiva al monte. Desde ese punto, las familias seguían a pie hacia la vereda Maracaibo, que en ese entonces era un pequeño caserío. El camino continuaba hacia Norcasia, donde muchos debían pernoctar debido a la dureza del trayecto.

Desde Norcasia, el camino final hacia “El Para” era uno de los más agrestes: la selva se cerraba en vegetación alta, dura, entrelazada, que obligaba a avanzar lentamente; árboles inmensos, rastros tupidos y barro constante hacían del trayecto una prueba de resistencia. Cada paso hablaba de la fiereza del territorio y, al mismo tiempo, de la determinación de quienes caminaban para recomponer sus vidas.

Fundar la vida en medio del monte

Por cualquiera de estas rutas, quienes llegaron a “El Para” no lo hicieron buscando fortuna, llegaron buscando la paz. En medio de la cordillera y la selva, abrieron monte, levantaron casas, sembraron semillas y reconstruyeron la vida con lo que el territorio les permitió. No todos llegaron. Muchos quedaron en los caminos, en el frío del páramo, en el barro de la selva o en el silencio de las trochas.

Pero quienes lograron quedarse se convirtieron en los abuelos y abuelas del territorio, los fundadores silenciosos de una comunidad que nació del desarraigo, del miedo y, sobre todo, de la esperanza de vivir sin persecución.

Los padres de nuestros abuelos y abuelas hacen parte de esta generación de familias, quienes huyeron con sus hijos, niños y niñas, para llegar a este refugio de selva que era el Caquetá, refugio inhóspito para estos nuevos pobladores, pero al final un refugio de protección en donde lograron iniciar una nueva vida, tal como relatan desde sus propias voces Don Isnel, Doña María Doris, Don Efraín, Don José y Doña Margarita.





Fundadores

Esta tierra que un día parecía lejana y desconocida se convirtió en su hogar.

Doña María Doris y Don Isnel

Cuando Don Isnel recuerda su llegada a estas tierras, lo hace como quien vuelve a caminar por un sendero antiguo. No había carreteras, ni puentes grandes, ni caminos claros. Lo que había era monte, mucha montaña y la esperanza de encontrar un lugar donde vivir y trabajar.

Llegaron a estas tierras atravesando la cordillera: recuerda que llegaron a Garzón, Huila y pasaron por una brechita hasta un punto llamado Mesitas. Hasta ese punto podían avanzar en carro, pero de ahí en adelante era montaña, el Alto Ortegua. Había que atravesar la montaña caminando, abriéndose paso entre la selva. Él no se estableció en el Alto Ortegua porque era muy frío y según decían, no eran tierras muy buenas y fue cuando le hablaron de “El Para”.

En ese tiempo las tierras no tenían dueño claro. Muchos decían que no servían para mucho, que eran

muy frías, que eran tierras “malitas”. Pero con los años se supo que no era así. Aquellas tierras, que al principio parecían difíciles, terminaron siendo fértiles y generosas para quienes decidieron quedarse.

Don Isnel llegó primero. Después, con el tiempo, la vida volvió a cruzarlo con Doña María Doris. Ella también venía de lejos. Sus padres habían salido desde el Valle, buscando nuevas oportunidades en estas tierras del Caquetá. Como muchas familias de colonos de la época, llegaron empujados por la necesidad y por el deseo de empezar de nuevo, luego de huir de la violencia.

Con los años, Don Isnel comenzó a visitar la zona donde estaba la familia de ella. Fue así como volvieron a encontrarse. De ese reencuentro nació la decisión de caminar juntos. Poco después se fueron a vivir a la parte baja, cerca de un amigo llamado Elías Arango, quien también había llegado desde el Valle.

Entre conocidos y paisanos se iban apoyando para abrir camino en aquellas tierras nuevas. Así comenzó su vida en el territorio. En ese tiempo la vida era muy distinta: no había carreteras ni transporte como ahora. Los caminos eran apenas trochas por donde la gente caminaba durante horas, a veces durante días. Para entrar hasta estas regiones

primero había que llegar a Florencia y desde allí continuar por caminos de monte.

La vida se sostenía con el trabajo de la tierra. Cultivaban café, plátano y otras cosas que se sembraban en la finca y lo que no se producía en la finca se conseguía en Florencia, cuando había oportunidad de bajar hasta allá. La naturaleza también ofrecía lo suyo. En aquellos años había mucho monte y abundaba la cacería. Don Isnel recuerda que se encontraban animales que hoy casi no se ven, como zorrillos, venados, pavas y chigüiros. La selva era espesa y llena de vida.

Con el paso del tiempo el paisaje comenzó a cambiar. Lo que antes era pura montaña empezó a transformarse en caminos, fincas y luego en pueblo. Don Isnel dice que si alguien hubiera llegado en esos primeros años habría visto solo selva. Poco a poco la gente fue tumbando monte, abriendo claros y construyendo las primeras casas. También así nació la vida comunitaria: la primera iglesia, no fue un templo grande como los de ahora. Fue apenas un ranchito sencillo que la gente levantó para reunirse. Con los años, ese pequeño espacio se transformó en la iglesia que hoy forma parte de la historia d"El Para".

La vida familiar también se construyó entre esfuerzo y esperanza: Doña María Doris tuvo ocho

hijos. En esa época no había hospitales ni centros de salud cercanos.

Los partos se atendían en la casa, con la ayuda de parteras o de las mismas mujeres de la familia. Las medicinas muchas veces salían de las plantas y de los saberes tradicionales. No todos sus hijos lograron sobrevivir. Algunos se quedaron en el camino, como ocurría con frecuencia en esos tiempos difíciles.

A esa historia se suma el dolor del conflicto armado, que marcó la vida de muchas familias en la región. Uno de sus hijos se encuentra desaparecido, una herida que todavía acompaña la memoria de la familia. Pero la vida también está hecha de alegrías sencillas: Don Isnel y doña María Doris recuerdan con cariño los momentos pequeños que llenaban de felicidad la vida en la finca. A veces bastaba algo tan simple como preparar una buena gallina para compartir, una comida que se convertía en celebración.

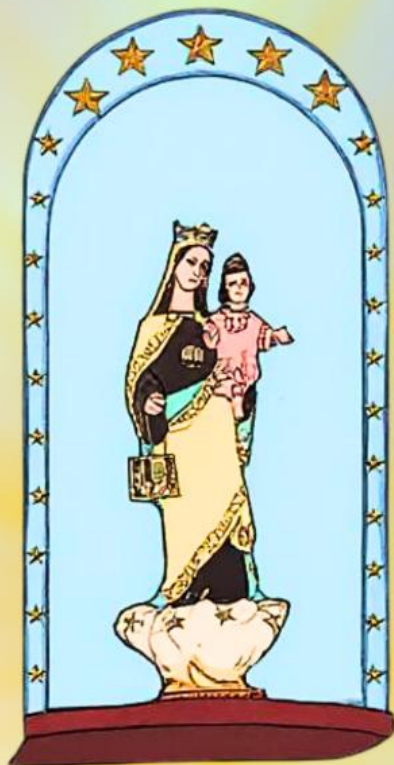
En esos tiempos cualquier plato especial era motivo de encuentro y de alegría. Son esas cosas simples: la familia reunida, el trabajo en la finca, la comida compartida, las que fueron tejiendo el amor por esta tierra.

Con los años el clima también ha cambiado. Antes había más neblina y el aire era más fresco. Tal vez porque había más selva alrededor.

La tala de monte y los cambios en el paisaje han transformado también la forma en que se siente el territorio. Hoy muchas cosas son distintas. Hay carreteras, transporte, acceso a lugares que antes quedaban muy lejos. Los hijos crecieron y algunos se fueron a hacer su vida en otros lugares. Sin embargo, la raíz permanece.

Después de tantos años, Don Isnel y Doña María Doris siguen sosteniendo su vida con el trabajo de la finca. Allí tienen cultivos, algo de café, algo de ganado. Su historia es también la historia de “El Para”, la historia de quienes llegaron primero, de quienes caminaron la montaña cuando no había caminos, de quienes sembraron las primeras semillas y levantaron las primeras casas. Gracias a personas como ellos, hoy existe un pueblo. Y en medio de todos los cambios, de las alegrías y de las dificultades, algo sigue siendo claro para ellos: esta tierra que un día parecía lejana y desconocida, se convirtió en su hogar.





FACTOR

1-4 FOFORSE
2-4 F29SLT
3-4 EDWICE
4-4 GOR. NO DONT
5-11 BOUNE
6-0 POLICE DC
7-3 1480E
8-1 AMPCOR
9-5 240905
0-4 POLS-65
1-0 ES
00025

ASSET:

LINE - SCATTER 1801
ADVICE INFORMATION 210
PERSEVED CHITRES CATTENO
ANDER ADDRESSES WEDDING
ADDER OCCIDENTAL OTINE
ADDER ADDRESSES WEDDING
ADDER OCCIDENTAL OTINE

9 WG COM

RA



La vida cambia cuando uno se acerca a Dios

Enrique Arango

El tiempo en que yo llegué por aquí, podían pasar quince días seguidos sin verle la cara al sol. Era una lloviznita todo el día y toda la noche, y así, día tras día. En la casita donde vivía, todo permanecía húmedo y era un humito frío que corría por todos lados. Ahora los tiempos han cambiado y son tiempos que ningún humano va a poder resolver, porque la Biblia habla del recalentamiento del sol y es lo que estamos viviendo. Hay veces que dan ganas de meterse bajo un árbol porque uno, ni la ropita aguanta.

Me parece bonito que traen buenas ideas para la paz, pero hay cosas que muchas veces, por mucho que sepamos aquí en la tierra, las ignoramos. Entonces a veces dudamos porque nos falta conocer otras cosas. Ustedes saben que aquí nosotros somos pasajeros, tenemos unos bienes, morimos y nada nos llevamos. Solamente somos administradores y como todo administrador, se tiene que dar cuentas, entonces hay que cuidar.

Uno de los primeros, con los que me encontré en estas montañas fue Don Luis Santos, con quien trabajamos hartos. Nos encontramos con gente de los grupos, pero hasta hoy no he tenido ningún problema con ellos. Hay que aprender a vivir, aprender a saber en medio de quién estoy, qué debo hacer para el bien de mí mismo, de mi hogar, de mi familia, conocer a quienes me rodean y con quienes me relaciono.

Tuve una hija, la misma que hizo vida con don Vicente. Murió el hijo de Norbey Reynaldo, que también se llamaba Norbey y ella quedó sola, pero todavía viene a visitarnos. Otra de las hijas también vivió mucho tiempo, ella apoyaba a la guerrilla; desde los 16 años estuvo allá, pero logró salir con la ayuda de Dios cuando quedó embarazada. La dejaron por allá, como quien se queda olvidado, pero ahora tiene su marido, un buen hombre que trabaja y tiene sus hijos, que aún viven y pueden contar sus historias.

Yo no pensaba venir a esta reunión, pero el Pastor de la Iglesia me dijo que viniera ya que me habían invitado. La verdad, uno no sabe a veces por qué lo llaman, ni qué hacer, pero quise dejarles un recuerdo de lo que ha sido mi vida. Desde muy temprana edad nos dedicamos a la cacería, aunque a mi papá y a mi mamá nunca les gustó.

Sin embargo, nosotros salimos aguerridos en el monte. La cacería no era mucha por aquí, pero sí había algunos animales. Yo cazaba con escopetas pequeñas y con perros. En ese tiempo se compraban las florentinas, la pólvora, las balas y el fulminante.

A papá no le gustaba la cacería, pero a mí siempre me gustó, aunque ahora por la vejez, me da pereza salir. Recuerdo que una vez tuve un accidente en el ojo y Libardo Villanueva, mi hermano, me decía que, gracias a las sustancias naturales y los mitos antiguos, había resistido a las enfermedades. Y es cierto, porque antes los animales se criaban con vegetación pura, sin venenos, pero ahora todo tiene químicos, drogas, y eso nos enferma, nos deja sin memoria, sin vista.

Con el tiempo dejé la cacería, me dediqué más al movimiento misionero y ya llevo casi treinta años siendo creyente; la vida de uno cambia cuando se acerca a Dios. A mí me gusta mucho el tema de la paz, porque nadie más la puede dar. Cuando uno estudia la Biblia y se vuelve consciente, aprende a vivir en armonía con los demás, a reconocer qué está bien y qué no, qué debemos apoyar y qué debemos evitar, todo eso trae tranquilidad.

Como decía doña Doris, “aquí se respira algo diferente”. Es verdad, porque no se llega a maldecir ni a renegar. Todo eso se va acabando cuando uno cambia de corazón. La paz no es fácil de lograr, porque uno puede tenerla, pero el otro no. Sin embargo, es bonito ver que hay personas que intentan cambiar las cosas, aunque no es fácil, porque nadie quiere ceder. Pero todo es posible cuando se toma una decisión firme y bien pensada.

Antes, tenía una vida muy desordenada y en una relación con una muchacha me mandaron a la cárcel, porque ella era menor de edad, pero en ese entonces, yo no era creyente. Recuerdo que me llevaron a la permanente y me dijeron “*aquí lo tratamos bien*” pero no vi ni una gota de comida por ninguna parte.

Y era mi papá quien iba a verme, me llevaba la comidita y lloraba de verme ahí encerrado, Entonces viendo la situación así, metimos un abogado y salí con libertad condicional con el compromiso de estar presentándome en Norcasia ante el inspector. Pero yo volví a las borracheras y no volví a presentarme, pero no me volvieron a molestar por eso.

Y así van pasando las etapas de la vida y las consabidas consecuencias. Aquella muchacha se quedó en la casa y dijo: “yo lo espero hasta que venga”. Y volví, y por eso la quiero y está al lado mío y

es mi esposa. Con ella me casé a los dos años de salir de la cárcel. Yo tenía como unos veinte años y ella tenía dieciséis.





¡Qué gente tan andariega!

Efraín Medina

Yo trabajaba como talabartero y provenía de una reconocida familia liberal, lo cual me ocasionó que fuera perseguido y la única manera de resguardarme fue irme a los límites del Huila, por los lados de El Recreo, con otros amigos con quienes nos vinimos para el Caquetá. Íbamos y jornaleando por las fincas que encontrábamos.

A los dos años, me encontré con un amigo que había estado por acá y me dijo: “camine, yo le vendo un pedazo de tierra”, me mostró un lote en la montaña y se me hizo muy barato. Yo tenía una platica, pero era poquita.

Así que invertí lo que traía y me di cuenta que metí la pata, era un lotecito y un ranchito de chontas. Me pesó cuando vi dónde estaba, entonces me dije, “¿Y ahora yo qué hago para dejar esto abandonado?, ¿A quién le vendo?, ¿Cómo saco mi platica que invertí?” Entonces me resigné a quedarme jornaleando con los amigos que ya iba conociendo. Empecé a trabajar en zapatería y a manejar bestias. Así fui solucionando la situación y me quedé hasta ahora.

Esto era muy duro para caminar porque no había caminos de herradura. Nos tocó desenraizar, todos los que vinimos aquí y que ya no están, pues, no está sino Don Isnel y Modesto. Entonces nos dedicamos a hacer caminos para entrar con bestias, entonces, entraba uno con el morralito de remesita al hombro. Y así la pasé hasta ahora. Actualmente, ya no jornaleo porque ya la salud no me sirve. Aquí vivo y aquí estoy bien.





Esto era un rastrojero

Margarita Galvis

Que yo recuerde, desde estas montañas, había como dos casitas, eran de barro con guadua. Y me acuerdo que en ese tiempo, encerraban los ranchos con cartulina, con hojas de palma, ninguno tenía una casa de zinc; el que tenía algo, compraba la cartulina y que el que no tenía nada, solo cerraba con palmas. Por aquí hacía mucho frío, pero a lo último uno se enseñaba al frío, porque se miraba que todo lo cubrían las nubes y una brisa fría.

Eso sí era muy duro. De noche llovía mucho y la ropa había que secarla al humo y eso olía a feo. Por aquí sufríamos mucho, porque en esa época se abría la montaña, se socolaba a pura hacha; jeso que motosierra ni que nada en ese tiempo!

Nosotros nos fuimos a vivir arriba, por ese filo, por ese potrero donde abrieron trocha, era puro monte. Iban abriendo trochas para pasar, yo estaba chiquita. Éramos nueve; yo era de las menores, dos de mis hermanos, murieron. Uno murió vaciado, porque se cortó cuando se fue a rozar potrero en una finca y, en ese tiempo aquí no había nada, ni enfermera, ni promotora, nada.

Y no había camino, eran unas trochas muy feas, el camino más bueno era la ruta hacia Norcasia. Para remesiar, yo no sé cuántas horas se gastarían de aquí hasta Florencia, pues yo creo que seguro era el día para ir y el otro día se quedaban allá, porque era muy lejos y eran caminos muy feos.

Vivíamos en “El Para” y sufríamos mucho, ya que era muy duro abrir una montaña, llegar sin nada. La comida era por ahí cogollo de palma que lo cocinaban, le echaban salecita y le untaban manteca y a uno se le hacía bueno. Y también comíamos tortugos, que era lo que más se daba en ese tiempo, que son unos plátanos que parecen bananos gruesos. También, se cazaban los animales de monte y con esta carne y los plátanos teníamos la comidita. Comíamos yuca, que se sembraba en estas montañas, se cocinaba con sal y se le untaba manteca y ya está.

Otras personas comían bore, que lo guisaban también con sal y le untaban manteca. Algunos tenían huertas de cebolla y más que todo cilantro cimarrón, que se da silvestre. A veces no había panela y mamá, yo me acuerdo, ella nos daba un “tinto” que era una cocción de cilantro con un poquito de sal y nos daba con unos platanitos verdes y machucados. Ese era el desayuno.

Yo no tengo estudio, no había una escuela; con el tiempo ya vino la escuela que se construyó con cartulina y madera, que, en ese tiempo la sacaban de la montaña con serrucho. Duraban tiempo sacando cualquier madera, Sacaban para hacer lo más importante, hicieron la iglesia, la escuela, por hay dos saloncitos, pisos en tierra, paredes forradas en madera, cartulina y el techito en palma.

Para abrir la carretera, la gente trabajaba a pico y pala y, que me acuerde, el Gobierno no ayudaba en nada y que recuerde a mí no me han dado ninguna ayuda. Si han salido ahora, algunas ayudas, en este tiempo, es por los acuerdos de paz.

Mi papá vivía enfermo, con el tiempo recibía cosas, lo que le podían dar. Yo conseguí marido siendo una china. En ese tiempo uno con doce años, no estaba formada, ni siquiera senos tenía. De doce años conseguí marido y me fui de la casa, me fui para El Paujil, él tenía veintidós años y yo sólo doce. En ese tiempo ya entraba el carro, pero eso eran unas trochas que a uno le daba miedo andar.

Nosotros nos criamos, 5 mujeres; había una que era hermana por papá, ella consiguió un marido que decían que era una mugrera, que iba a coger arroz por allá por Cartagena del Chairá.

Ella tuvo una niña y luego quedó en embarazo y tuvo otra niña, entonces nos contaron que desapareció, parece que el marido la tiró a una cañada con las dos niñas. Él decía que se habían muerto, pero nadie dijo nada y eso se quedó así.

Yo acabé criando a mis hijos y mi esposo jornalando para sostenernos. Después yo me vine a vivir aquí a “El Para” con mi hija pequeña, iba a cumplir seis años. La otra se fue a vivir por el Huila, tenía como trece años, también consiguió marido, pero no ha tenido tantos hijos como los tuve yo. Otra hija vive en Sabaleta, y tuvo como cinco hijos, y Yuli, tuvo cuatro. El niño que estaba conmigo aquí yo lo críe aquí en “El Para”, que es un lugar en donde se vive con tranquilidad, ya no hay violencia y más cuando se firmó la paz, las cosas mejoraron.

Cuando entró el ejército al Para, todo el mundo corría, se escondían, porque los arrestaban. Hasta los niños tenían miedo, porque ellos llegaban y entraban por todas partes, por la cocina, por un lado y por el otro.

Pero luego las cosas se compusieron, ya se vive más tranquilo, la gente ya viene y cultiva su pedacito de tierra, pero no pueden abrir más, a no ser que sea por necesidad.

Si ya tiene abierto, no le dejan abrir más, la gente de arriba, sobre todo, para cuidar las aguas y los nacimientos. La Junta de Acción Comunal está ayudando para que se cuiden las fuentes de agua; prohibieron tumbar cerca de los nacimientos y se debe dejar un espacio para cuidar. En la montaña ya no dejan tumbar, ni en los cañeros y rastrojos. Cuando hay un cañero hecho, el rastrojo, entonces ese hay que dejarlo, pero lo malo es que llama plaga, de pronto se puede tumbar para sembrar, pero solo un pedacito.

Ahí donde nosotros vivimos, hay un nacimiento y se recoge agua que va para la casa y hay un pedazo de monte, pero no se puede tocar y el monte que nace al borde de las quebradas, tampoco se puede tocar. Se van secando las quebradas porque no las cuidan, en otras partes no se miran árboles, es como un desierto. Igual aquí hay muchos potreros, eso es del ganado, por ejemplo, La Hacienda y es sólo potreros, pero ya no tumban, ahora cuidan los bosques y rastrojos.

Por aquí, el clima es fresco, sobre todo en la madrugada, de día puede hacer calor, pero de noche ya se pone frío, llueve hartito, pero hace verano también. El clima así es bueno, porque con mucho verano las maticas se secan, y demasiado invierno no es bueno. Cuando hay demasiada lluvia, la carretera

se pone muy mala, los carros se mueven de allá pa' acá, se vuelcan, pero ya la carretera la han ido arreglando, ya está mejor. Entre todas las veredas nos hemos unido para ayudar a que esté mejor, todos salimos a ayudar, parece que van a ir pavimentando, porque han estado arreglando poquito a poquito.

Las cosas han cambiado con el Acuerdo de Paz del año 2016. Ya no como antes, no hay tanto miedo, ya se pueden hacer más cosas, se puede salir sin problemas y ya no se escuchan esas plomaseras. Gracias a Dios ya por aquí no se escuchan, ahora que ya paso el proceso de paz las cosas son diferentes, ya con el ejército aquí, no se escuchan tantas cosas. Ellos tienen la base allí arriba y a veces bajan a hacer sus compras. En la parte de arriba hay otra base, a ellos si les toca más duro, por el frío.





Los primeros Misioneros

Padre Héctor Luis Valencia

El 7 de febrero de 2026 se cumplieron 77 años de haber llegado los misioneros de la Consolata a nuestro Caquetá. Fue en 1951 cuando la Misión Consolata se inició sobre los pasos de los Capuchinos que habían comenzado en 1903, con sede en Sibundoy.

Después de la muerte de Monseñor Antonio María Torasso, Roma envió a Monseñor Ángel Cuniberti, quien conoció todo el Caquetá y vio las realidades, las necesidades y las soluciones. Aproximadamente, en 1962 vemos a Monseñor Cuniberti, acompañado del Padre Marini, incursionar por Garzón, subir a la Cordillera Oriental y empezar a bajar a Piedragorda, Venadito y San Guillermo, veredas de Florencia, pero con poca presencia del Estado. Antes hubo presencia esporádica de los Padres de Garzón en estas tierras caqueteñas.

Después de la atención misional a las pocas gentes del sector, continuaron su aventura pasando el río Orteguaza, acompañados de baquianos (expertos) que conocían ya las trochas. Buscaron la margen izquierda del río Bravo para empezar a andar la trocha que, por entre selva estrecha, niebla espesa y lluvia

abundante, los llevaría por lo que hoy es Palmarito, en dirección al naciente pueblo de “El Para”.

Ellos iban a pie, las mulas solo cargaban los baúles de las cosas sagradas para la Misa y unas cuantas provisiones para el camino. Las trochas eran antiguas, ya que por ellas salían al mercado del gran Tolima: la quina, el caucho, las maderas preciosas y las hermosas pieles de animales.

Monseñor Cuniberti y el Padre Antonio Marini tuvieron contacto con los primeros pobladores del naciente pueblo de “El Para”: oriundos del Tolima y del Huila, algunos del Valle y unos pocos indígenas, como lo afirman algunos residentes actuales. El viaje misionero continuó hacia Norcasia. Un nuevo encuentro con los primeros pobladores. Allí quedó también la semilla de la Iglesia Católica.

Muy seguramente, y esto corresponde al pensamiento y espiritualidad de Monseñor Cuniberti, que él comenzó a pensar en ofrecer esos caseríos a la protección de la Virgen: “El Para” a Nuestra Señora del Carmen y Norcasia, a la Virgen Inmaculada. Así hemos conocido el patrocinio de la Virgen sobre esta región. En los últimos tiempos, los católicos de la vereda Victoria Alta han dedicado una capilla a la Virgen del Rosario.

Una vez completado su viaje, por el camino hacia Florencia y hecha la evaluación apostólica del viaje completo, se vieron los primeros frutos: el Padre Marini se encargaría del sector, saliendo en bestia desde Florencia, pasando por Maracaibo y comenzando a subir a la cordillera de Norcasia. Dinamismo, entrega, servicio, humildad, pueden ser los calificativos de Su presencia.

La Iglesia, entonces, comenzó a acompañar a los campesinos y las veredas que se fundaban; construyó las escuelas con ayuda del pueblo y llevó las primeras maestras. Construyó las primeras capillas de madera y poco a poco la presencia de los misioneros llegó a estar constante en Norcasia y en “El Para”. Signo de Su presencia, fue la construcción de las casas curales, también en madera.

Es importante resaltar que Monseñor Cuniberti tenía un propósito al conocer una comunidad, y era mirar las necesidades y priorizar las soluciones. Por eso, cuando él se fue dejó creadas en el Caquetá 730 escuelas. También abogó por los puestos de salud que son los hospitales iniciales en las zonas rurales, donde había una enfermera que era práctica, ni siquiera graduada. En ese tiempo eran las mujeres las que se desplazaban del hospital María Inmaculada y aceptaban el cargo para ir a servir a la gente. Esto era hermoso.

Monseñor Cuniberti era un hombre abierto, cariñoso, era como un papá, era hermoso de verdad. Qué bueno remontarse a esa historia que realmente no sale de una película sino de la realidad que se vivió.

Hasta ahí bien, hasta que apareció el conflicto cuando el M-19 se replegó a esta zona producto de la presión del Ejército por un lado y por las FARC por el otro para que ellos salieran del Caquetá. Eso ocurrió por los años 80, con presencia casi constante de la guerrilla en la cordillera, cuando se dio un auge en su ideología para influir en los campesinos, pero también comenzó la extorsión que antes no se conocía por estos lados. De eso dependía el sostenimiento del grupo armado y esto distorsionó el sentido de las decisiones sociopolíticas del M-19, por lo que la gente empezó a abandonar el territorio.

Y es cuando comenzó a haber pobreza, pues las fincas estaban abandonadas y no había trabajo, por lo que hubo pobres. Esto los hizo reaccionar y tuvieron que bajar la guardia porque se estaban dando cuenta que si la gente se iba también el apoyo a ellos sería menor. Fue cuando asumieron el diálogo con campesinos desplazados para que retornaran a sus fincas.

Lo que antes era un sector productivo y con economía estable —a pesar del estado de la carretera— donde se vivía tranquilo, ahora era zona de conflicto, primero con el M-19 y luego con las FARC. Y es en esa coyuntura que emergió un nuevo Obispo pastoreando en el Caquetá: Monseñor José Luis Serna Alzate. El presidente Belisario Betancur soñó con diálogos de paz con los grupos subversivos, visitó el Caquetá, conoció la realidad de la violencia y nombró al Obispo como Alto Comisionado de Paz. Monseñor también pensó que el diálogo con la guerrilla podía ser un método con buenos resultados.

En 1985 se realizó el primer foro por la paz en el Caquetá. Monseñor lo programó para Norcasia y e invitaron a la guerrilla, el Ejército, la Policía, a jueces, alcaldes, al gobernador y miembros de instituciones públicas. Todos se escucharon y firmaron que colaborarían con la construcción de la paz en el Caquetá y que el gobierno del presidente Belisario se comprometería con el pueblo de Norcasia y las comunidades rurales a lo siguiente: 1. Construir los puentes sobre las 16 quebradas. 2. Electrificación de la zona. 3. Mejorar de la carretera. 4. Dotar los puestos de salud. 5. Apoyar a los campesinos con subsidios relacionados con el café y también con crédito. 6. Presencia del SENA en la región (la sede se construyó

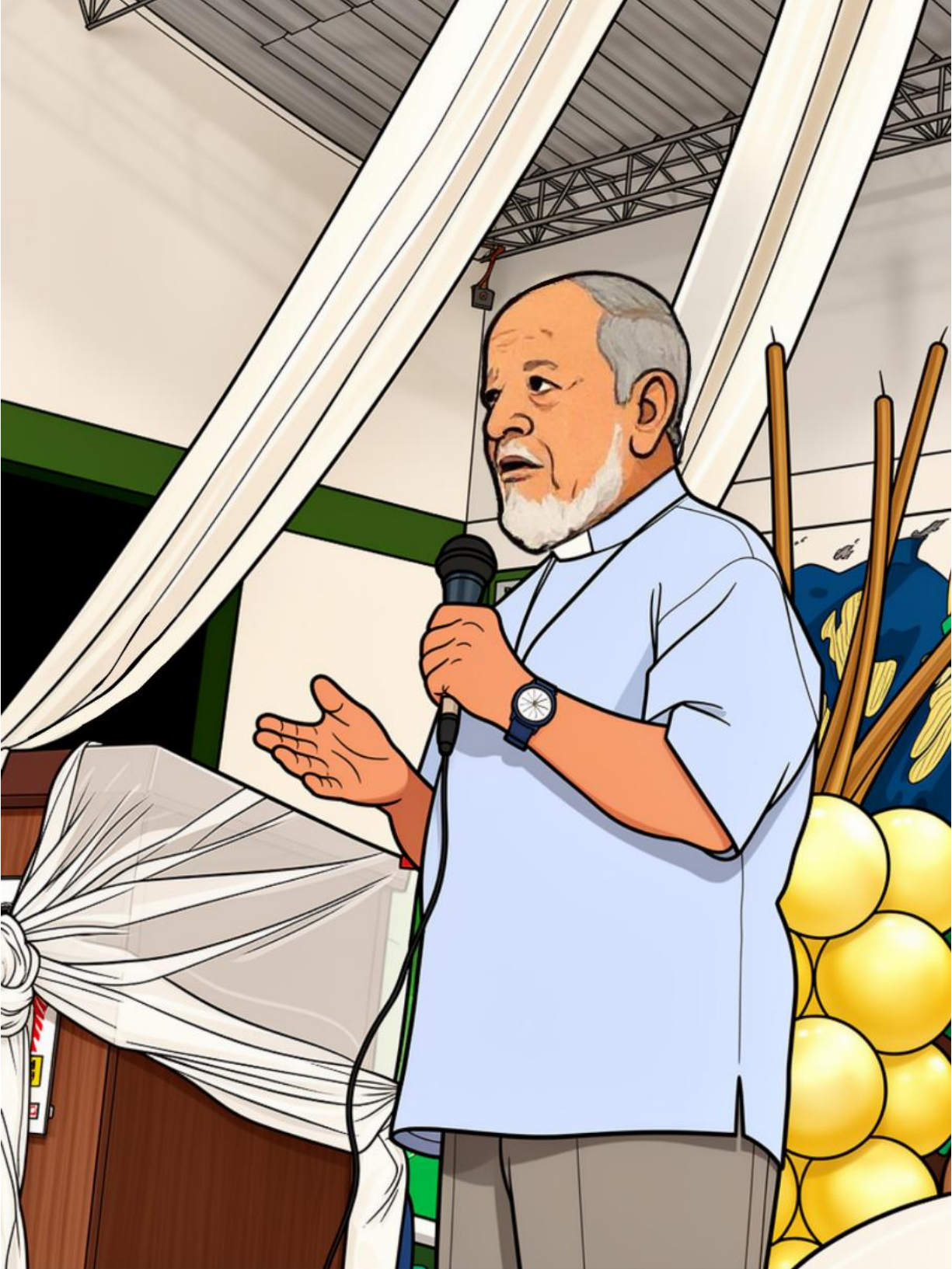
en “El Para”). 7. Signos efectivos de paz por parte de la guerrilla.

El Padre Héctor está encargado del sector desde el año 1986 hasta 1992. Durante estos años tomó conciencia que los jovencitos que terminan la primaria son quienes hacen parte de los grupos armados en la región. Y soñó con una nueva opción que los alejara del alistamiento en las filas de la subversión. Tomó la decisión y escribió una carta-memorial a la Asamblea Departamental con copia al Gobernador Cruz para pedir la fundación de un colegio en Norcasia.

La motivación escrita final fue: “para que los jovencitos no se vayan al monte con los guerrilleros”. En 15 días la respuesta del Gobierno Departamental del Caquetá fue positiva y el colegio quedó fundado. Cuando el Padre Héctor fue trasladado a El Paujil, correspondió al rector a la Acción Comunal y a los padres de familia iniciar el colegio, al cual se unieron los estudiantes de “El Para”, más la colaboración del SENA en algunos programas.

Los diálogos de 1985 sembraron la esperanza en medio de la incertidumbre; los de 2016 la hicieron florecer en el territorio. Entre ambos tiempos,

“El Para” aprendió que la paz no es un momento, sino un camino que se construye con la palabra, la memoria y la voluntad de no volver atrás.





PARTE III

El conflicto nos tocó duro

A la par de muchas familias campesinas que caminaban por trochas, ríos y montes buscando un lugar para salvar la vida —como quienes llegaron a “El Para” cargando lo poco que tenían—, en otras regiones del país comenzó a gestarse otra forma de huida: quedarse y resistir. Mientras unos avanzaban hacia nuevos territorios, otros se organizaron para no seguir huyendo. En medio de la violencia que arrasaba el campo colombiano, surgieron grupos campesinos armados que no nacieron como ejércitos, sino como defensas comunitarias. Eran hombres y mujeres del campo que, ante la ausencia de protección, decidieron cuidar la vida con sus propias manos.

Es así como nacieron las Fuerzas Revolucionarias de Colombia (FARC), en Marquetalia, donde iniciaron como autodefensas y, ante la arremetida del gobierno, se transforman en guerrilla insurgente. Estas primeras guerrillas no surgieron con grandes discursos ni planes de poder. Su origen fue sencillo y duro: proteger la familia, la tierra y los caminos.

El monte se volvió refugio, la noche escondite y la trocha lugar de encuentro. En ese tiempo, portar un arma no significaba conquistar, sino no desaparecer. Con los años, esas formas de defensa comenzaron a transformarse. Los campesinos entendieron que la violencia no era solo un problema de armas, sino de abandono, desigualdad y exclusión. Así, poco a poco, a la necesidad de proteger la vida se sumaron ideas políticas, lecturas del mundo y preguntas más grandes sobre la justicia y la tierra.

En ese proceso aparece la figura de Manuel Marulanda Vélez, conocido como Tirofijo: campesino marcado por la violencia desde joven, fue parte de esas primeras resistencias rurales. Como muchos, también conoció el intento de la paz: dejó las armas durante una amnistía, volvió al trabajo del campo y confió en que la guerra había terminado. Pero la paz fue breve. La violencia regresó y con ella la persecución contra quienes habían bajado del monte. Entonces, el regreso a las armas no fue un acto de ambición, sino de desconfianza aprendida. El monte volvió a ser refugio, y la organización, una forma de cuidarse colectivamente.

Fue así como, en los años sesenta, estas defensas campesinas se consolidaron en una estructura más clara, con una identidad política definida. En 1964 nació formalmente una organización

que recogía ese largo camino de huida, resistencia y conciencia: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Las FARC no nacieron de un día para otro. Fueron el resultado de años de desplazamientos, silencios forzados, trochas caminadas y comunidades que aprendieron a organizarse para no desaparecer. Su origen está profundamente ligado a la historia de campesinos que decidieron quedarse y resistir en medio del conflicto.

Pero sucedió que, en la medida en que las FARC fueron transitando y asentándose en territorios donde el Estado no hacía presencia, comenzaron a configurarse como una forma de Estado de facto, desde su fuerza militar y también como una autoridad política y comunitaria que regulaba la vida cotidiana. En muchos de estos territorios rurales, profundamente abandonados, las comunidades simpatizaron con esta causa guerrillera porque representaba, para ellas, una posibilidad de vivir y sobrevivir en el campo sin el respaldo estatal. Un campo, en el cual, no había una atención en salud, ni educación, no había vías de acceso ni apoyo para la producción campesina. La pobreza era extrema, una pobreza que rayaba en la sobrevivencia, donde se vivía, literalmente, de lo que el monte ofrecía.

Para los pueblos indígenas, habituados ancestralmente a la selva, esto no representaba un

problema; por el contrario, la selva era su fuente de vida y riqueza. Pero para las poblaciones campesinas que llegaban desplazadas de otras regiones del país, sin ese conocimiento ni adaptación, la vida en estos territorios resultaba profundamente dura, humanitariamente extrema. En ese contexto, la guerrilla empezó a ocupar el lugar del Estado, organizando la apertura de caminos, regulando economías locales y estableciendo normas de convivencia, en lo que Orlando Fals Borda denominó las “repúblicas independientes”.

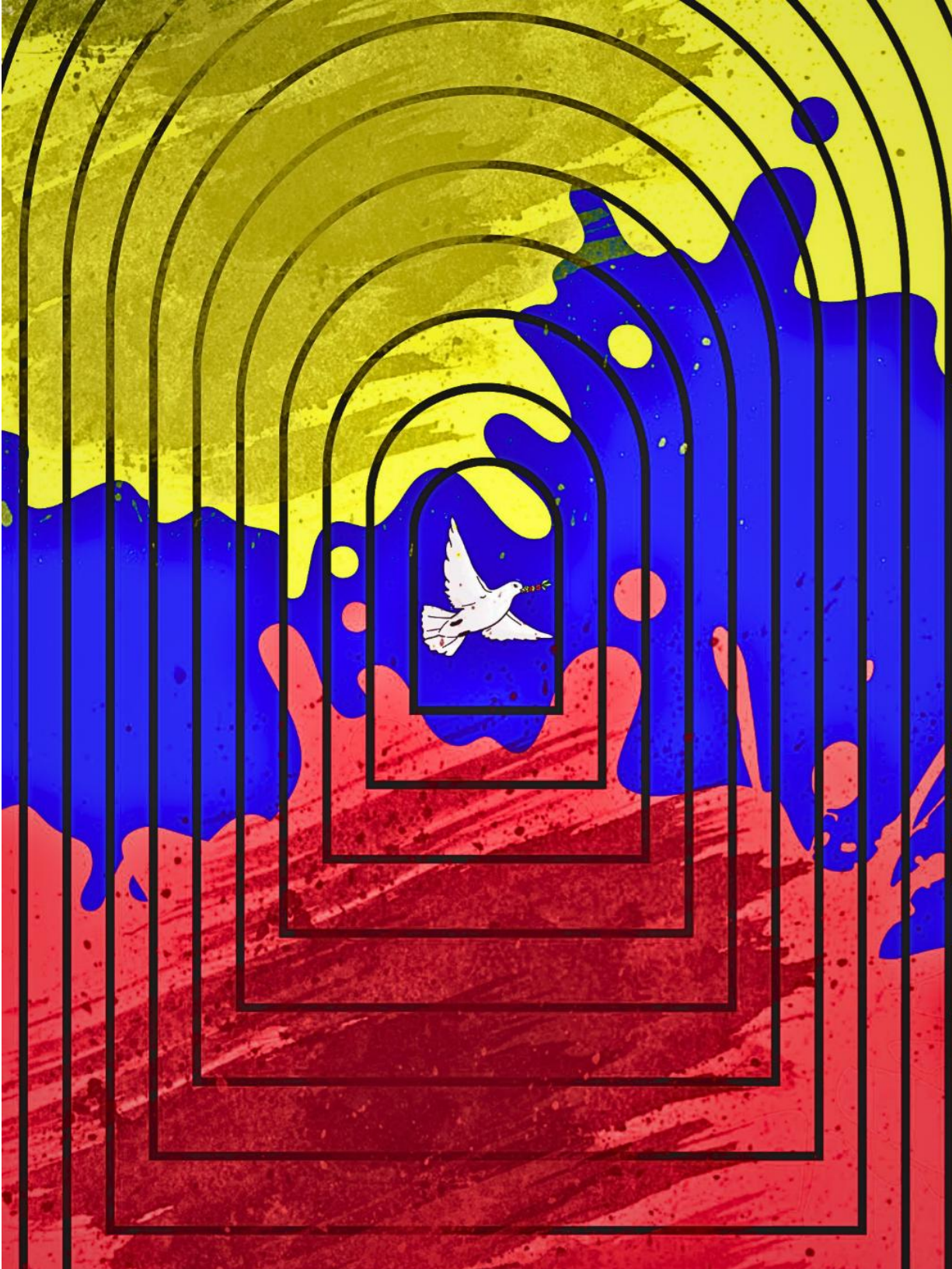
Sin embargo, es necesario decirlo con claridad: el solo hecho de estar armados y de asumir la guerra como horizonte político distorsionó profundamente ese proceso. Lo que en un inicio se planteó como una forma de defensa y organización comunitaria fue transformándose con el tiempo, en una lógica militar que exigía confrontación permanente, acciones bélicas y control territorial. A partir de esa consolidación como ejército, se intensificaron las acciones de guerra contra el Estado, pero también las afectaciones directas a la población civil, a campesinos, a comerciantes y a las mismas comunidades en cuyos territorios se encontraban.



En medio de esa confrontación, quien quedó atrapada fue la población civil. El desenlace fue trágico: Colombia registra hoy más de diez millones de víctimas del conflicto armado, producto de responsabilidades compartidas: un Estado ausente y, en muchos casos, violento; el accionar brutal de los grupos paramilitares y también las acciones de las guerrillas: Secuestros, atentados, enfrentamientos armados, amenazas, instalación de minas explosivas, reclutamiento de menores, desplazamiento forzado y múltiples formas de violencia, marcaron la vida de millones de personas.

Así, aquella intención inicial de responder al abandono estatal se fue desdibujando: No porque la guerrilla hubiera renunciado a sus propósitos ideológicos, sino porque la guerra, como práctica, terminó produciendo efectos contrarios a lo que se proponía: la violencia dejó tras de sí una estela de hechos victimizantes y de barbarie, que fracturaron el tejido social y profundizaron el sufrimiento de las comunidades.

En últimas, la experiencia demuestra que cuando la política se hace desde las armas, incluso argumentando causas que se proclaman justas, terminan erosionadas por los efectos devastadores de la guerra.



Cuando la paz se asoma a tu puerta

En los años ochenta, cuando la guerra ya llevaba casi dos décadas afectando con fuerza a las comunidades rurales, el país empezó a preguntarse si era posible buscar la paz por otros caminos distintos a las armas. En ese contexto, durante el gobierno del presidente Belisario Betancur (1982–1986), se dio uno de los primeros intentos serios de diálogo entre el Estado colombiano y las FARC-EP.

En 1984, el gobierno y las FARC firmaron los llamados Acuerdos de La Uribe, en el departamento del Meta. Estos acuerdos incluyeron un cese al fuego y, sobre todo, una apuesta importante: abrir la posibilidad de que la guerrilla pudiera hacer política sin armas, a través de la participación democrática. Como resultado de ese proceso, en 1985 nació la Unión Patriótica (UP), un movimiento político legal.

La UP no estaba formada solo por integrantes de las FARC, sino también por campesinos, sindicalistas, estudiantes, líderes sociales y otros sectores de izquierda que querían cambios profundos en el país. La idea era clara: llevar las propuestas políticas a las urnas y no al campo de batalla.

Un hecho clave es que las FARC no habían entregado las armas, pero aun así se les dieron garantías para iniciar este tránsito hacia la política legal. Esto permitió que el mensaje político de la guerrilla llegara a más personas y territorios, y que muchas comunidades vieran en la Unión Patriótica una oportunidad para ser escuchadas dentro del Estado social de derecho.

En las elecciones de 1986, la Unión Patriótica tuvo un impacto importante en todo el país, cuando logró que se eligieran 14 congresistas para Cámara y Senado, 18 diputados, y 335 concejales, con votaciones logradas especialmente en regiones históricamente abandonadas por el Estado. En departamentos como el Caquetá, muchas personas asumieron liderazgos políticos desde la UP, representando las demandas campesinas, el derecho a la tierra, las vías, la salud y la educación.

Este proceso permitió que las FARC se fortalecieran políticamente, no solo como grupo armado, sino como actor con incidencia pública. También generó esperanza en muchas comunidades rurales, que por primera vez sentían que sus voces podían llegar a los espacios de decisión. Después de que la Unión Patriótica ganara espacios en la política colombiana, vino una tragedia profunda y sistemática: el exterminio de la UP: entre 1984 y 2016, miles de

personas ligadas a este movimiento, como militantes y simpatizantes, fueron asesinadas o desaparecidas por grupos paramilitares y agentes del Estado que actuaron de manera coordinada para destruir políticamente a ese partido. La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) confirmó que aproximadamente 5.733 personas fueron asesinadas o desaparecidas en este ataque sistemático, incluyendo dirigentes, líderes locales y militantes políticos, de los cuales dos fueron candidatos a la presidencia de Colombia. Por estos hechos fue condenado el Estado Colombiano por parte de La Corte Interamericana de Derechos Humanos el 30 de enero 2023.

Esa violencia política no solo destruyó vidas, sino que también rompió la confianza de muchas comunidades en la posibilidad de hacer política sin armas y dejó claro que el terreno político en Colombia podía ser aún más peligroso que el campo de batalla. En los años siguientes, el Estado colombiano lanzó grandes ofensivas militares para enfrentar a los grupos insurgentes como las FARC, en especial a partir de principios de la década del 2000 con el llamado Plan Patriota, una estrategia para debilitar a la guerrilla mediante el despliegue de miles de soldados en zonas como el sur y la selva colombiana.

Esta política, que fue una de las campañas militares más fuertes contra las FARC, implicó un aumento importante de tropas en regiones históricamente controladas por la insurgencia, incluyendo territorios como el Caquetá, transformando profundamente la vida en esos territorios rurales.

Después de ese intento de paz con la Unión Patriótica vino una de las peores épocas de barbarie en la historia reciente de Colombia, donde los derechos humanos fueron violados de forma sistemática, al punto que, en todo el país, derechos básicos como a la vida, al libre desarrollo de la personalidad, a la propiedad, a la familia, a la libre movilización, a la seguridad y hasta el derecho a la paz que consagra la Constitución Política, quedaron gravemente vulnerados por la violencia armada.

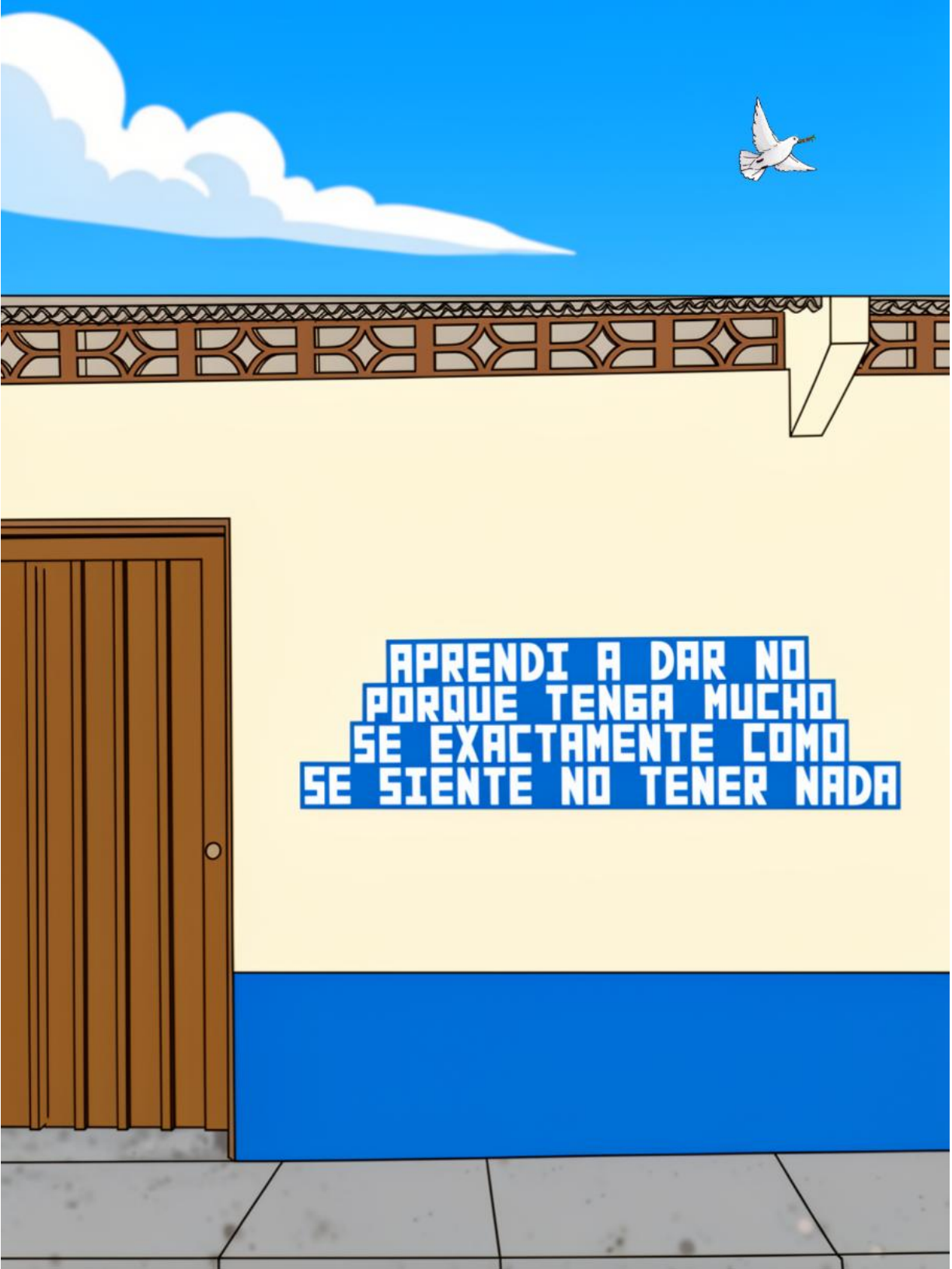
En el Caquetá, esta vulneración fue particularmente extrema: miles de personas fueron víctimas de desaparición forzada, desplazamiento, reclutamiento forzado de niños y niñas, asesinatos, amenazas y violencia directa, tanto por parte de la guerrilla como por acciones del Estado que no siempre respetaron la vida ni la dignidad humana en su lucha contra los insurgentes.

El registro más reciente de la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas (UBPD) indica que en el Caquetá hay más de 4.400 personas desaparecidas en el marco del conflicto armado, y todavía se siguen buscando sus cuerpos y respuestas para las familias que claman por saber qué pasó con sus seres queridos. En muchos casos, estas desapariciones implicaron que familias enteras vivieran y aun vivan años sin saber si sus hijos, padres, hermanas o hermanos están vivos, muertos o en qué condiciones desaparecieron.

Este horror no solo afectó a adultos: más de 3.200 menores de edad han sido reportados como desaparecidos por causa del conflicto en todo el país, y el Caquetá está entre los departamentos con más casos de niños, niñas y adolescentes desaparecidos, reclutados o incorporados a la violencia armada (UBPD). En ese contexto, la lógica de guerra llevó a la población civil a quedar atrapada entre dos fuegos: por un lado, la guerrilla y otros grupos armados ilegales buscaban consolidar control territorial; por otro, las fuerzas del Estado, con estrategias como grandes ofensivas militares, pelearon sin medir siempre las consecuencias para la gente que vivía en esos territorios.

Esto incluyó graves violaciones de derechos humanos, como los mal llamados “falsos positivos”, donde civiles fueron asesinados y presentados como guerrilleros muertos en combate para inflar cifras de éxito militar. Todo esto dejó una tragedia humanitaria enorme, donde la mayoría de la población civil sintió que sus derechos estaban vulnerados por la violencia y el miedo y donde la vida cotidiana se volvió una lucha constante por sobrevivir.





APRENDI A DAR NO
PORQUE TENGA MUCHO
SE EXACTAMENTE COMO
SE SIENTE NO TENER NADA

Para ubicarnos en el tiempo

Para entender lo que pasó en el Caquetá y en lugares como “El Para”, es importante ordenar el tiempo y ver cómo la guerra fue cambiando de forma.

1982–1986: Durante el gobierno de Belisario Betancur, se firmaron los Acuerdos de La Uribe (1984) y surgió la Unión Patriótica (1985) como un intento de hacer política sin armas. En esta época, en el Caquetá predominaba una economía campesina muy pobre, en el devenir de los procesos de colonización en medio del abandono estatal. A la par, la ganadería empezaba a crecer gradualmente, mientras que crecía aceleradamente la economía de la coca.

Finales de los años 80 y década de los 90: En estos años, el cultivo de coca se expandió con fuerza en el Caquetá, sobre todo en zonas rurales apartadas y de frontera como “El Para”. Para muchas familias campesinas, la coca apareció como una forma rápida —aunque muy riesgosa— de sobrevivir en un territorio sin Estado, sin vías, sin apoyo para el campo y sin oportunidades reales. Mientras las FARC pasaron de una economía de subsistencia —basada en vacunas y apoyos forzados— a una economía ligada al narcotráfico, a través de su participación en toda la cadena de producción desde el control de los cultivos de campesinos, de los insumos, del procesamiento del

alcaloide y el cobro de impuestos al gramaje de coca, entre otros. En la práctica, la coca se convirtió en la moneda de cambio en algunas zonas en el Caquetá y en una de las principales fuentes de financiación de la guerra. El control territorial se hizo más fuerte, más rígido y más violento.

Cambio de siglo hasta hoy: Se intensificó por parte del Estado colombiano la guerra contrainsurgente. Aumentaron las infiltraciones hacia las FARC y por tanto reinó la desconfianza y arreciaron los asesinatos internos y las graves violaciones a los derechos humanos, tras el argumento de la infiltración y la traición. El Caquetá, y especialmente zonas como “El Para”, se convirtieron en escenarios centrales de esta guerra.

Con la expansión de la economía cocalera, cambió también la forma en que las FARC obtenían sus recursos. Este nuevo sistema económico trajo consecuencias profundas. La coca no solo movía dinero, sino que también corrompía relaciones, liderazgos y decisiones. En algunas zonas, algunos de los mandos guerrilleros, milicianos y redes de apoyo que operaban en cabeceras municipales y veredas comenzaron a concentrar más poder, control y riqueza.

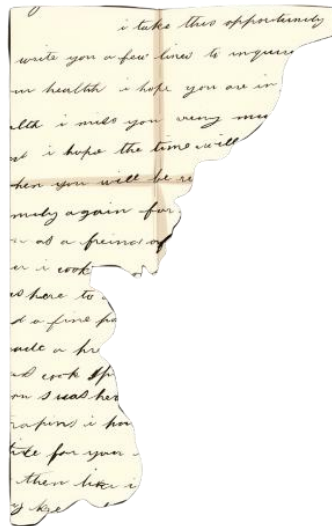
En medio del conflicto, ese poder se ejerció sin límites, generando abusos, castigos arbitrarios, asesinatos y un control cada vez más fuerte sobre la vida cotidiana de las comunidades. Al mismo tiempo, la guerra se volvió más desconfiada y más cruel. El Estado, a través del Ejército, utilizó estrategias para debilitar a las FARC, infiltrando redes de comunicación y estructuras internas. Esto generó un ambiente permanente de sospecha dentro de la guerrilla. Cualquier persona podía ser señalada como infiltrada, colaboradora del Ejército o traidora y para este tipo de “conductas” el castigo era “la pena de muerte”, aplicada sin pruebas ni posibilidad de defensa.

En lugares como “El Para”, muchas personas fueron asesinadas bajo estas sospechas: campesinos, líderes comunitarios, milicianos e incluso personas cercanas o vinculadas a la Unión Patriótica, que en algún momento fueron señaladas como infiltradas o enemigas. La guerra convirtió al otro en una amenaza constante y la desconfianza se transformó en una forma de control basada en el miedo y la paranoia.

El ejército por su parte desarrolló acciones militares que afectaron a la población civil, como fueron los bombardeos en la zona rural de “El Para”, la detención ilegal en masa a los comerciantes, la detención y posterior asesinato de campesinos, haciéndolos pasar como guerrilleros dados de baja en

combate, constituyéndose en un actor de violencia contrario a las disposiciones constitucionales que el Estado colombiano dispone como es el derecho a la vida y a la dignidad humana.

Así, entre el control territorial, la economía de la coca, la militarización y la ofensiva contrainsurgente, “El Para” y gran parte del Caquetá quedaron atrapados en una lógica de guerra donde la vida perdió valor, los Derechos Humanos fueron ignorados y la población civil pagó el precio más alto. Fue una época marcada por el miedo, el silencio y la muerte, cuyas heridas siguen abiertas hoy en la memoria del territorio.







Entre la guerra y la Paz

William Herrera, firmante del Acuerdo Final de Paz.

Yo empecé mi militancia en las filas de las FARC en los años 80 y desde allí conozco la región de “El Para”. Y entonces, como en el año 79, cuando se hizo la cruzada del primer frente guerrillero, por esta parte pasaron. Yo me acuerdo que por el 80 hicieron una pasada por acá en la vereda Jericó, que fue el señor Martín Villa y entre ellos venía Braulio Herrera y Luis Ángel, que es el que llegó como comandante del tercer frente de la FARC.

Cuando pasaron por allá, un tío mío ingresó a las filas de las FARC con otros dos muchachos de la vereda. Resulta que a los dos años volvieron a pasar por ahí, y entonces hubo un operativo muy verriondo y al tío mío lo habían mandado a hacer un trabajo a Paujil y precisamente en la finca paterna venía saliendo el ejército cuando ellos iban entrando, y alguien les había dicho que ellos estaban trabajando con la guerrilla, entonces los detuvieron. Yo me había encontrado con ellos, mi papá me había mandado a traer la carne, era un domingo, y yo me encontré con él, coincidentalmente. A él lo detuvieron y de paso, a mí también porque iba con él.

Eso fue como a las 10 de la mañana, y ahí nos detuvieron en la vereda Jericó, como hasta las 3 de la tarde. Allá me dijeron: “usted se va para la casa” y, entonces bajaba un señor de Río Chiquito, bajaba con una carga de café. Resulta que un hermano de él se había ido para la guerra también, entonces lo estaban preguntando y coincidía el apellido con él, y el señor que preguntaban era Abelardo Rayo y él era Luis Rayo, y por el apellido lo detuvieron también, con la carga que tenía. Hasta cuando yo me fui, ahí quedó.

Y bueno, ya me dijeron que me fuera para la casa y me fui, y de allí se los llevaron, y como a la semana mi otro tío fue al batallón a reclamarlo. A él también lo detuvieron durante unos días, y luego le dijeron que se fuera para la casa, y que tenía que ir con Abelardo y que si no aparecían con él iban a meter un operativo e iban a acabar atropellando a todos.

Yo tenía 15 años y me llené de miedo, porque yo entré en mí y pensé “¿para dónde se va uno?” Y, en una de esas también amenazaban con bombardear la zona. Y, dije, “más bien me voy”. Así que, cuando llegaron los muchachos, bajaron a visitar a uno de los hermanos y hablaron sobre ese tema explicando lo que iba a ocurrir, me fui con ellos. “Que me maten allá y no que me maten por aquí”. Eso fue en 1983 cuando me fui para la guerra con mi tío. En ese tiempo, el

ejército era muy violento, agarraban a una persona, y los torturaban y todo. Esta fue la guerra.

Después de un año de estar en la guerrilla, exactamente el 28 de mayo de 1984 (es la única fecha que no he olvidado), fue el primer acuerdo de las FARC con el Gobierno de Belisario Betancur, en donde se firmó e inició efectivamente la tregua. Para 1985 se hicieron foros en “El Para” y Norcasia. Y estando en plena tregua, nos metieron un operativo por El Doncello, entonces al Paisa le llegó la información de que el operativo avanzaba para donde estábamos nosotros en el campamento, pero logramos evadirnos y vinimos a parar al Danubio. Fue cuando se hicieron las respectivas denuncias de la violación a la tregua, por parte del ejército y se logró superar el impase y se retomaron las negociaciones.

Ya siguieron los diálogos en “El Para” y Norcasia, y entonces aquí venían a reunirse, también con Luis Ángel, comandante del tercer frente y toda la dirección. Eso fue en 1985, y entonces empezaron a hacer unos foros grandes a los que venía el Señor Obispo, acompañado con delegados de las instituciones, y donde se solicitó la participación de toda la comunidad del Corregimiento, llegando líderes de todas las veredas. Los guerrilleros decían todo lo que estaba pasando, allí se presentaron las necesidades de la población: se dijo que no había

electrificación, que no tenían una carretera adecuada, que había una trocha, pero que quedaba inservible cuando se crecían las quebradas, y que tampoco había alcantarillado. Entonces, en esa negociación se hicieron todas las peticiones y el gobierno se comprometió a electrificar hasta el caserío de “El Para”.

Fue también, cuando se solicitó que estuviera el SENA y se hizo un convenio para que ellos dieran clases acá, para enseñar a la gente del campo y se construyó una sede en “El Para”. Todo eso fue producto del acuerdo. Y más adelante, cuando entró el gobierno de Virgilio Barco fue cuando decidieron que iban a acabar con el acuerdo de paz. En esa tregua en la que se creó la Unión Patriótica y todo iba muy bien, hasta que empezaron a matar a todos sus líderes, integrantes y simpatizantes.

Quiero contarles que en el Corregimiento de San Pedro, la gente me conoce y por muchas partes también. Entonces, participaba en reuniones y como uno tiene un poquito de noción de las cosas, pues intervenía. Ya la gente me conocía como líder de la comunidad. Luego, empecé a aceptar cargos, pero a lo último, llegué a un caso, que tampoco podía trabajar en la finca, porque salía de una reunión aquí y ya tenía que ir para otra, y hágale para allá y hasta la finca también se me estaba cayendo.

En el año de 1987, trasladaron a todo el Frente Tercero para el Meta y luego en el año de 1988, me trasladaron para Cundinamarca, para dar inicio a la columna Jaime Pardo Leal. A mediados de 1991 me enviaron a un caserío y allí me echaron mano y fui a parar a la Cárcel Modelo y luego de 8 meses me dieron la libertad. Me vine nuevamente al Caquetá a visitar la familia con la intención de establecerme, pero cuando llegué a mi territorio, la gente empezó a darme información de las cosas que no se estaban haciendo bien por parte del frente que nos había reemplazado. Este frente fue reemplazado varias veces y siempre que se organizaba en esta zona, era nombrado como “el tercer frente”.

Resulta que, cuando a nosotros nos trasladaron, esta zona había quedado muy bien organizada, se tenía muy buena reputación y la comunidad estaba muy sintonizada con el tema de la Unión Patriótica. Pero al llegar, la gente comentaba acerca de lo que estaba pasando, con el frente nuevo, ya que empezaron a ajusticiar, a matar a los propios compañeros que pertenecían a la Unión Patriótica, entonces la gente estaba muy asustada y enojada por esos acontecimientos.

Entonces yo dije, que no estaba quemándome las pestañas por allá, porque me tocó un trabajo durísimo en el páramo donde la vida es muy difícil, ya

que uno está acostumbrado por aquí a este clima calientico, pero tener que vivir allá y trasnocharse en ese páramo era durísimo, entonces yo dije no, esto no puede ser, mientras uno está tratando que la lucha se desarrolle como deber ser, otros acá desbarataban todo el avance político que habíamos alcanzado.

Después de eso, empezó la conformación de las milicias de las FARC en el 92 y para esa época, yo me había quedado quieto, pero empezaban a suceder cosas que se hacían que no eran correctas, cuando en la organización se formaban sabiendo que hay que hacer y qué no. Y uno miraba que eran compañeros de la organización que la hacían quedar mal con su actuar. Mi tío había retornado, ya licenciado por enfermedad y vino a buscar la familia y nos metimos a trabajar con la organización de manera directa sin intermediarios, para poder plantear a los mandos lo que estaba ocurriendo y poder corregir situaciones anómalas. Al cabo de tres años las cosas habían cambiado y había más confianza por parte de la comunidad.

Cuando entró Uribe a la presidencia, con toda esa ofensiva de la seguridad democrática, ya muchos estábamos confiados y también tranquilos por todos los avances que estábamos logrando en ese tiempo y flexibilizamos la disciplina, pues nos dejamos golpear muy fácil por no tomar medidas de seguridad o no

desprenderse de la familia en el caso de los milicianos.

En ese tiempo también empezaron a darse los mal llamados “falsos positivos”, cuando asesinaron a mis hermanos, en un hecho que conmocionó a la comunidad de “El Para”, de la vereda Jericó, del corregimiento San Pedro en Florencia. Ese fue un asesinato a manos del Ejército, en donde murieron Henry Herrera Ceballos, Orlando Herrera Ceballos y al primo Iván Collazos Ceballos que iba para la casa y al señor Jairo Bocanegra, que se desplazaba desde la vereda Berlín del municipio de El Doncello para su casa en “El Para”.

En ese asesinato participó un desertor, alias Alejandro, quien ayudó a planear la trampa para llevar a miembros de la comunidad, incluyendo a mis hermanos, para auxiliar a un herido o enfermo que llevaban, aprovechándose que en “El Para” la gente es muy unida, solidaria y humanitaria. Y se fue un grupo de campesinos a auxiliarlos y allí los emboscaron en la vereda Alta Victoria y los asesinaron, para luego hacerlos aparecer como milicianos muertos en combate.

Eso fue el día 5 de agosto de 2007.





Así se vive la guerra cuando se nace en el campo

Ahidínever Silva, firmante del Acuerdo de Paz

Crecí caminando estos campos tan hermosos, estas montañas del Caquetá, aprendiendo desde muy pequeño lo que significa vivir en el campo. Mi vida, como la de muchos niños y niñas de esta región, fue una vida de trabajo: ayudar a mis padres, acompañarlos en las labores del día a día, crecer rápido, porque así tocaba.

Desde niño viví lo que era ser pobre, no fue fácil estudiar, de mi casa a la escuela eran 5 horas. En ese tiempo había muchas dificultades para la educación, y también para casi todo lo demás. Aquí se sentía una ausencia muy grande del Estado, faltaban servicios básicos: la salud era lejana, no había apoyo para sacar los productos del campo, las vías eran malas, el transporte difícil, el agua no era potable. Aunque con el tiempo algunas cosas han ido mejorando, la vida del campesino siempre ha sido dura, especialmente para quienes vivimos en la montaña.

Mis abuelos me contaban cómo llegaron a estas tierras. Ellos también llegaron huyendo de la violencia, buscando un lugar donde empezar de nuevo. Me

hablaban de cómo abrieron la montaña a machete, de cómo levantaron los primeros ranchos, de cómo resistieron. Así, generación tras generación, fuimos creciendo en medio del trabajo, el esfuerzo y el amor por esta tierra.

Pero esa vida campesina también estuvo marcada por la guerra. Mientras crecíamos, aquí se vivía el conflicto armado. Había enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército. Cada uno luchaba por controlar el territorio y por imponer sus ideas. La guerrilla hablaba de cambiar el país; el ejército decía que defendía al Estado colombiano. Pero más allá de esas palabras, la guerra trajo mucho dolor para las comunidades.

Desde niño vi situaciones muy difíciles. Cuando llegaba el ejército, muchas veces entraban a las casas con violencia, dañaban las cosas, se llevaban la comida. La gente sentía miedo. Había maltratos, abusos y castigos que no distinguían entre quienes estaban en la guerra y quienes solo eran campesinos tratando de sobrevivir. Para ellos, muchas veces, toda la comunidad era vista como enemiga solo por vivir en zonas donde había presencia guerrillera.

Ese trato fue muy duro y muy injusto. La violencia no solo estaba en los combates, sino en la forma en que se trataba a la gente del común. Yo,

siendo apenas un niño, empecé a entender que algo estaba muy mal, que vivir en medio de la guerra significaba crecer con miedo, con silencios y con muchas heridas que no siempre se podían nombrar.

En esos años, para uno como niño, veía que el Estado no llegaba en forma de bienestar. No llegaba con escuelas, ni con hospitales, ni con apoyo para el campo, ni con caminos, ni con oportunidades. Pero eso no quiere decir que el Estado no estuviera presente.

El Estado sí estaba, pero llegaba principalmente a través del ejército. Un ejército que tenía una doctrina contrainsurgente, es decir, una forma de pensar y actuar que lo preparaba para la guerra. Su tarea era combatir a la guerrilla, y en esa lógica, muchas veces miraba a toda la comunidad como sospechosa o como enemiga, solo por vivir en territorios donde había presencia guerrillera.

Eso significaba que el ejército entraba a las veredas con violencia: pateaban las cosas de las casas, se llevaban alimentos, trataban mal a la gente, detenían personas, torturaban y, en algunos casos, abusaban de las mujeres. Para la comunidad, esa presencia no era protección, sino miedo. Era una presencia armada que no cuidaba, sino que castigaba.

Por eso, mientras el Estado llegaba como fuerza militar, la guerrilla se acercaba de otra manera. Escuchaba a la gente, ayudaba a resolver problemas cotidianos, apoyaba trabajos comunitarios y hablaba de justicia para los campesinos. Desde la mirada de un niño, esa diferencia era muy clara. Uno sentía que había quien ayudaba y quien hacía daño, y esa sensación marcó profundamente nuestra forma de ver el mundo.

Con el paso del tiempo, entre 1999 al 2010, la situación empezó a volverse todavía más difícil. Para ese momento yo ya estaba dentro de la guerrilla y pude ver de cerca cómo el conflicto fue cambiando. La organización tomó la decisión de crear las milicias. Los milicianos eran personas de la comunidad, muchas veces jóvenes, hombres y mujeres a quienes les asignaban liderazgos, eran los encargados de cumplir tareas de la organización y convivían entre la población civil y sus propias familias.

Con el tiempo, estas milicias fueron tomando cada vez más responsabilidades en el territorio y por ende teniendo más poder y terminaron controlando casi todo: la vida cotidiana de la gente, las decisiones de las comunidades, sobre todo, la comercialización de la coca y el cobro del impuesto que se exigía a quienes la compraban.

El problema fue que, en medio del auge de la coca en el territorio, ese poder empezó a corromperse. Algunos milicianos comenzaron a tomar licor, a imponer órdenes con violencia, a aprovecharse de su autoridad y a actuar más por interés propio que por ideales colectivos. El dinero de la coca empezó a cambiar muchas cosas: quien tenía plata mandaba, quien tenía armas imponía y la violencia aumentó. Todo esto sucedió por la falta de control de los mandos superiores a las milicias y tropas internas.

El negocio de la coca en “El Para” fue impresionante. Esto era un centro de comercio. Salían compradores con 200 o 300 kilos, tuladas llenas de coca. En el 2000 había gente que movía hasta 40 kilos. En el 2006 eso estaba durísimo. La coca se movía por todo lado. Las tomatas eran tremendas en esa época, el trago iba y venía a diario en “El Para”. Las acciones de los milicianos fueron de sometimiento a la población.

Todo estaba controlado, y la población se convirtió en víctima directa. Llegaba un miliciano borracho y decía: “usted me cayó mal, se tiene que ir de aquí” o si se tenía alguna inconformidad, queja o desavenencia, podía considerarse como sentencia de muerte. Y la gente se iba o moría. Así se produjo una ola de desplazamiento.

Hubo casos muy duros. Por ejemplo, un señor del propio caserío, dueño de un lote, fue hostigado por un miliciano borracho que al final le pegó un tiro. Ese señor, después de eso, tuvo que irse del territorio. Menos mal alcanzó a irse, porque si no, lo mataban. Así era la cosa. La coca, además de la violencia, también envenenó el territorio. Ya que para sostener esos cultivos se usaban químicos fuertes. Además, se deforestó la montaña de manera brutal. De aquí salían camionados diarios de madera, todo el mundo tumbaba montaña, no se cosechaba nada, solo se tumbaba. Era otro apogeo: cantinas llenas, trago por montones, el mulero iba y venía, bloques y bloques de madera saliendo. Era un comercio enorme.

El tema de la coca también estuvo marcado por el control: Las FARC no cultivaban directamente, pero incidían para que los campesinos cultivaran. Luego se cobraba un impuesto por gramaje, más o menos 200 pesos por gramo. Pero eso era muy difícil de controlar y ahí empezó la corrupción. Los milicianos recogían ese impuesto, probaban la coca con cucharitas, pero ya no era cucharita sino cucharona. Se perdía coca. Se apropiaron del negocio.

Eso le hizo mucho daño al movimiento y a la población. Por eso vino una depuración. Muchos milicianos fueron asesinados, otros se volaron, otros fueron sacados por pesar de sus familias. Y los que

lograban volarse se volvían enemigos, informantes del ejército.

Así se fue alimentando el odio, el resentimiento, una guerra dentro de la misma comunidad. En esos años, “El Para” quedó casi despoblado. En el 2010 y 2011 había muy pocas familias. Muchas fueron desplazadas por el rigor del conflicto, por la coca, por los enfrentamientos, por la persecución. Hubo familias de la Unión Patriótica, líderes comunitarios, gente muy valiosa que fue asesinada o que tuvieron que salir.

Fue una época muy dura de infiltraciones. Se señalaban personas como infiltradas, como informantes. Por esa información mataron gente inocente. Incluso a mí me pidieron que entregara a una persona que yo conocía de toda la vida. Eso fue una gran injusticia. También descubrieron una señora de confianza, a quien citaron para aclarar ciertas situaciones y resulta que en su bolso llevaba cámaras y micrófonos. Recogía plata para la organización y al mismo tiempo grababa todo. Se llamó a cuentas y fue asesinada. Fue un ajusticiamiento. La dejaron a la entrada del pueblo. Eso fue horrible para la comunidad.

Hubo una infiltración muy avanzada del ejército entre el 2006 y el 2009. Tenían los códigos de radio. Daban órdenes falsas como si fueran del bloque. Por

eso se dio una ola de asesinatos y desplazamientos. Mataron gente de la comunidad, del partido, de la Unión Patriótica. Incluso mataron al comandante Patiño que traía la orden del bloque para detener las acciones, porque estaban siendo infiltrados por órdenes de la brigada y no de la organización.

En un diciembre se pasó una lista dizque para una fiesta con nombres, apellidos, alias, de guerrilleros y población civil. Eso mostró que todos estaban expuestos. Fue terror puro. También hubo casos como el de un señor con seis hijos, al que le revisaron el celular, uno de esos viejitos, y le dijeron que no podía amanecer ahí. Tuvo que irse de noche. Eso fue de lo “menos grave”, porque en muchos casos era pena de muerte.

Después vinieron las fumigaciones y eso empezó a acabar con la coca, pero también afectó los cultivos de pancoger. Luego vino la erradicación manual de los cultivos de coca y fue así como se fueron cayendo y la gente empezó a cambiar sus cultivos y formas productivas. En la parte baja del corregimiento se cambiaron a la ganadería, con la leche y el queso, que tenían buena salida. En la parte alta, poco a poco, empezó el café y también la ganadería. El que antes era coquero, hoy es cafetero o ganadero. Esa transformación fue muy importante y muy positiva.

A mí la guerra me tocó muy duro. Perdí a mi hermano en un bombardeo. Fui a reconocerlo y estaba irreconocible. Me lo entregaron en partes, en una bolsa. La guerra no perdona a nadie y menos a los que están dentro.

Las víctimas en “El Para” son incontables: asesinados, desplazados, desaparecidos. El desplazamiento fue lo más común, pero no por eso menos doloroso. La gente se iba sin saber a dónde, sin saber de qué vivir. Es un desarraigo doloroso, una ruptura con la historia, con los abuelos, con la tierra.

En el 2014, cuando yo llegué al último frente antes de los acuerdos, ya no era un frente sino una compañía. Se llamaba Arturo Medina, pero luego se estableció como Frente Tercero y se llamó Osvaldo Patiño. Desde ahí se empezó a hablar con la comunidad. Yo era un líder ahí, y se empezó a regular la explotación de la madera. Se reglamentó para que no se cortaran más de 30 bloques mensuales. Después se bajó a 15. Y esas maderas ya no eran para vender, sino para hacer casas, cercas, trabajos comunitarios. Eso ayudó a parar la deforestación en la montaña y en el páramo.

Después del acuerdo de paz, en el 2016, volver al territorio fue muy duro. Convivir con la gente a la que se le hizo daño es una carga enorme. La gente

pregunta, quiere saber de sus familiares, de los desaparecidos. Y muchas veces uno no tiene respuestas. Hay estigmatización y sufrimos problemas psicológicos.

No es cierto que no nos haya pasado nada. Nos pasó todo.

Hoy quedan heridas abiertas. Hay familias que no quieren reconciliarse y tienen razón. A uno le matan el papá y eso no se borra. Esa es una carga que seguimos llevando. El conflicto dejó marcas profundas en “El Para”. Y esta historia no se puede contar a medias, porque así fue: dura, injusta, dolorosa y real.





**PUESTO DE SALUD
EL PARÁ**

**PUESTO DE ATENCIÓN
AL PULIDO**
LUNES - VIERNES
1:00 am - 12:00 am
2:00 am - 8:00 am
VIERNES
1:00 am - 12:00 am
2:00 PM - 3:00 PM

El orgullo de ser enfermera

Noelba Cumber - Enfermera

En el 2012, entré a trabajar acá. Yo vivía mucho antes, en la vereda San José, Alto San Pedro, donde mi papá compró una finca. Antes vivíamos más abajo, por los lados de Río Chiquito, era muy lejos, entonces mi hermano mayor se fue a vivir a “El Para”, cuando en ese entonces, quedaba a dos horas del caserío. Eso era duro para mí, cuando llegué allá, no habían trochas ni nada, eran caminos.

Yo me acuerdo que cuando llegué allá, la vereda más cercana estaba a 4 horas y media, que era Tovar Zambrano y después Gaviotas, que también queda lejos, como a 3 horas y media a pie. No es como ahora que hay carretera y entran motos. Entonces, mi hermano le dijo a mi papá que fuera a comprar allá, que había una finquita, y papá compró ahí, al pie de la escuela de San José alto San Pedro.

Yo empecé a trabajar y estudié auxiliar de enfermería, ya tenía los hijos y era separada. Yo trabajaba en casa de familia, y decía, pero yo qué futuro voy le voy a ofrecer a mis hijos trabajando en una casa de familia, que se va a ganar entre 150 mil y 200 mil pesos, eso no me alcanzaba para pagar un

arriendo, para sustentarlos, entonces decidí estudiar para ser auxiliar de enfermería.

Estudié un técnico y como ya llevaban ocho meses sin auxiliar de enfermería, llegué a “El Para”, al puesto de salud. Estaba totalmente abandonado, estaba muy enmontado. Ahí fue donde empecé a trabajar con la comunidad que me apoyaba mucho, porque, era conocida de allá, tenía familia y también sabían que yo era madre cabeza de hogar.

Después que entré, hubo muchos presidentes de Junta y siempre me apoyaban para que no me sacaran. Entré cuando esto era zona roja y la guerrilla caminaba como el ejército y como la policía. En el caserío no se miraban en multitud, pero, sí se veía, que moría mucha gente por manos de ellos, por cualquier cosa, ya mataban la gente, y uno miraba cuando mataban la gente. Uno iba pasando cuando se escuchaba que mataron a fulano. Sí, mataron gente y uno se acostumbró y no se podía contar nada. Si esa gente le pedía favores, uno le colaboraba, porque, como allá, no era lo que uno quisiera, sino lo que ellos dijeran.

En mi trabajo como enfermera hacía visitas, cuando me daba cuenta que iban a hacer reuniones de junta, entonces yo me desplazaba por mi cuenta, porque toda la vida me gustó ser responsable. En ese

entonces, todo eran metas que le exigían a uno. Si se decía tantas citologías, se debían hacer esa cantidad. Y sí, yo convencía a las usuarias, les decía que, si no me colaboraban, a mí me iban a sacar y ahí me iban a ver sentada. Yo me recorría todo el corregimiento, conozco todos los caminos de por acá, porque me los caminaba: el Orteguaza, Venecia, La Paz, La Libertad...

Y después me hacía amigas de las madres y de los programas del Bienestar, que atendían a los niños, y yo, me cargaba ese bolso a la espalda y me iba a vacunar por allá a todos esos niños, yo los verificaba, les sacaba también las citas a estas comunidades.

Y así sucesivamente han sido las cosas, malos y buenos recuerdos, experiencias. Cuando fue con la guerrilla, pues igual, cuando la gente en ese entonces veía que pasaban todas esas cosas, uno no escuchaba que estuviera el ejército. Cuando entró el ejército y formó la base, tenían cámaras y entonces no se podía pasar porque las cámaras podían ver para dónde se va y todo el mundo sentía el temor.

La base la montaron antes de los acuerdos. La guerrilla ¡qué iba a estar de acuerdo con esa base!, pues imagínense, hasta un caballo lo mataron con un francotirador.

Y como ellos llegaron y se posicionaron en la parte alta, eso era de una señora que ya no vivía allá, y ahora están en pleito para legalizar eso, o sea, para comprarle a la señora, porque ellos no pidieron ni permiso, llegaron y de una vez se posicionaron ahí y ahí están. La otra está en el filo, sí, pero pues el miedo porque por ahí nos tiran cualquier cosa y caen con todo. Sí, pero yo me acuerdo cuando tiraban cosas de por allá lejos y explotaban por acá.

En este conflicto mataron demasiada gente, se llevaban la gente, pero claro que han ido entregando todos esos cadáveres. En mi caso se nos llevaron un primo, a él no lo entregaron, nunca apareció, porque él estaba prestando el servicio y salió de permiso y se fue por allá, y cuando bajó, se lo llevaron. Por allá nadie podía respirar duro porque se lo llevaban, y como había tanto miliciano, uno no sabía con quién hablaba.

Y así fue, hasta que llegó el momento del proceso de paz y ya ellos salían más frecuentemente, y las mujeres, las muchachas se embarazaban, y había que vacunarlas, ya que nacieron los bebés y había que vacunarlos. Había que sacar la citología de ellas y mirar que trajeran los exámenes, y que, si esos exámenes estaban alterados, sacarles cita con un

médico particular para que ellos miraran qué estaba pasando. Y esto no se podía saber.

Por mí, algunas veces llegaban a las seis o siete, y yo iba, pero no me quedaba. Yo tenía claro que, si me tomaban fotos por allá, iba a perder el trabajo. Hasta que una vez me dijo mi hermana, “yo no le vuelvo a cuidar los niños -mi niña estaba pequeñita- ¿qué tal que le pase algo, que a usted vayan y la maten?”, y ahí fue cuando yo le dije a ellos: “a ustedes yo les presto los servicios, pero aquí”, entonces ya empezaron a llegar por la noche y no me tenía que desplazar.

Y, cuando se acogieron al proceso de paz, fue un descanso para mí, porque antes, era una zozobra a diario, de pronto hoy sí, mañana no, quién sabe que vaya a pasar. O que de pronto, alístese porque hay heridos, y que esto y que lo otro y que a lo mejor, tenía que atender heridos de ellos. A mí no me tocó atender heridos, porque, siempre que había heridos, algo pasaba y yo no me podía desplazar.

En la cuestión de los usuarios de la comunidad, cuando ya entré a trabajar, ahí en el puesto de salud hacía de todo, atendía partos expulsivos, los controles de crecimiento y desarrollo, citologías, planificación, vacunación, todo lo que se trataba de Promoción y Prevención.

Y, la gente se quedó mal acostumbrada porque uno al principio hacía de todo, pero ahora usted sabe que, si son los controles, lo hace la jefe, si es planificación, lo hace uno, pero si es la citología prácticamente lo hace la jefe, entonces, ya la gente dice, es bueno que haga todo, porque, uno no tiene plata para ir, entonces dicen prefiero pagarla particular, queirme a gastar 100.000 o 150.000 pesos, que cuesta ir a Florencia.

Entonces las hago particular y cuando son de 25 a 29 años, las llevo al hospital y no les vale nada por el carnet. La que quiera yo le colaboro haciendo el favor de sacarles el examen, que ya quieran vacunación, sacando las citas, y pues, la gente muy agradecida. En todo el tiempo que llevo, gracias a Dios, no he tenido problemas con nadie, ni con las mismas usuarias, ni con el ejército.

Cuando ocurrió ese desembarcamiento, no me acuerdo en que año fue, esa noche yo estaba solita en el puesto de salud. La noche antes, eso estuvo tuquio de guerrilla y esa misma noche hubo desembarco del ejército como a la una de la mañana. Sentía que donde yo vivía se iba a caer. Claro, los helicópteros y todo eso, pero yo no sabía lo que estaba pasando y al otro día cuando me levanto, mi cuñado me llama.

Entonces, escucho su voz y dice su nombre, y me da alivio, porque siento miedo cuando llaman a la puerta sin saber quién es. Ese día...eso ¡fue tremendo!

En “El Para” hubo momentos de apuros, de que salgan porque esto se lo van a tomar. Y porque, cuando recién pusieron la base militar y estaba la guerrilla, yo me vineen el mixto a las dos de la tarde y el enfrentamiento fue a las 4. Ese día mataron un soldado de la base, entonces uno mantiene con la zozobra y ahorita peor, porque hay tantos grupos, pero, como dije, uno no se mete con nadie.

Hoy, sigo trabajando y es un poco complejo, cuando uno es por orden de prestación de servicios, no le dan dotación, no hay transporte y uno tiene que transportarse con el sueldo que le pagan, y todo corre por su propia cuenta. Gracias a Dios, yo tengo una casita en la Troncal de Hacha en Florencia y, por lo menos, no pago arriendo.





La negrita de mis ojos

Martha Osorio

Yo soy nacida aquí en “El Para”, tengo 59 años. Y llegué aquí, por el amor a mis padres. Estoy aquí desde los 18 años, me vine de Cali a buscar a mis padres. Mi mamá y mi papá vivían por acá en una finca. Cuando regresé, ya tenía mis dos hijas, las dos mayores, y de una vez me puse a trabajar acá en el pueblo. Me gustó este pueblito y me quedé acá. Cuando llegué no había energía, pero a los 15 días llegó. Hubo una fiesta de 8 días sin parar. Íbamos y nos bañábamos seguíamos bailando y tomando. La fiesta fue allá en el SENA, ya que se estaba inaugurando esta sede, fue muy bonita celebración.

Allí en el SENA daban clases, pero eso lo dejaron acabar, está decaído, ya no hay nada. Nosotros queríamos pedir un colegio para acá, para el pueblo, porque de verdad lo necesitamos, porque hay muchos niños que deben ir hasta Norcasia, y allá deben esperar que pasen los mixtos, que a veces los traen, otras veces los dejan por allá botados, entonces siempre nos toca mandar a alguien.

Por ejemplo, mis nietos, ellos estudiaron allá y mis hijas también. Mi niño, un nietecito que tengo, estudió medio año y ya no quiso estudiar más, porque

la verdad era un problema para llevarlo, él se salió y estudió virtual. Pero acá, nosotros sí necesitamos un colegio. Y necesitamos otra docente en la escuela, porque no hay sino una docente y hay muchos niños, porque la profe de verdad es muy buena profesora, pero a ella no le alcanza el tiempo para todos los niños.

Les cuento mi historia: Yo llegué a “El Para” y aquí me enamoré. Me casé con el papá de mis hijas, tengo 6 hijas mujeres. El varón se me murió. Yo me fui de mi casa muy pequeña, de 10 años, me fui a trabajar a Cali, porque a mí toda la vida me ha gustado trabajar. Me acuerdo que desde los 5 años le ayudaba a mi mamá. Pero a mí me gustaba la cocina. Y esa es mi arte, la cocina. Me volé de la casa de 10 años y cuando tenía 18 años me vine a buscarlos.

Yo no conocía “El Para” y lo vine a conocer cuando tenía 18 años y me encontré con mis padres acá. Ya me enamoré y me casé. Duré 20 años con mi esposo, y hace 20 años nos separamos. Entonces, mis hijas se crecieron y lo más triste fue cuando mi niña se fue para la guerra, para mí fue muy duro eso.

Es una historia muy triste, pues como madre yo fui muy responsable con ellas y cuando me separé de mi marido, les dije ¿mami, ustedes con quién se quieren ir? ¿conmigo o con su papá? y todas dijeron,

con usted, nosotras no nos vamos con mi papá, sino con usted.

Bueno, ya mis niñas se crecieron, y cuando las dos mayores se fueron a Florencia, a trabajar, me acuerdo tanto, que a mí me dio pena moral, casi me muero, porque nunca me había separado de ellas. Apenas tenían 12 y 13 años y cuando se fueron, me enfermé y les tocó devolverse. Ellas se pusieron a trabajar acá: una trabajó con don Antonio Ortiz, ahí creció y de ahí se salió cuando se fue con el marido. Y la otra se me fue de 13 años para la guerrilla.

De buenas a primeras yo me fui para Cali, y cuando estaba allá, a los ocho días, me sonó el celular, contesté y era mi otra hija llorando, me dijo: “¡Mami, la negra se fue!”. Yo le dije, “¿para dónde se fue?”, dijo, “mamá se fue para la guerrilla”. Yo no supe que hacer, de una vez empaqué la ropa y me vine, pero dije “yo no la voy a buscar, no la busco porque yo no le dije que se fuera”, pero para mí era muy duro.

Y entonces no la busqué. A los seis años ya me di cuenta de ella, pero esos seis años para mí fueron muy duros. Recuerdo que una vez, estando ellas niñas, me dijo un guerrillero: usted tiene que aportar una de estas mujeres para la guerrilla. Yo le dije: “vea, es mejor que se me muera a que ustedes se la lleven”, y de una vez le dije, “no puede ser así”.

Por eso es que la lengua es el peor castigo, porque yo me puse de bocona. Claro, a ella desde pequeña le gustaba eso. Desde pequeña se ponía a jugar al guerrillero, jugaba a matar y decía, voy a ser guerrillera. Desde pequeña ella me decía. Y dicho y hecho. Se fue por muchos años. A los seis años de haberse ido, me vine a dar cuenta de ella, pero eso para mí, fue mucha alegría cuando yo supe que ella estaba viva, porque yo la hacía muerta. Eso fue una historia muy dura para mí, la vida de mi hija por allá.

Pasaban los días y los años y no tenía noticias de ella, hasta que un día, vinieron por su registro civil y me dijeron que ella estaba bien, que no me preocupara. Una vez, ella me mandó a llamar y yo fui, eso fue por los lados de La Unión Peneya. Ella me había advertido, “cuando usted me mire no vaya a llorar porque no me la dejan volver a ver”, entonces, cuando la vi, me contuve y no lloré, pero cuando me despedí de ella, yo lloraba mucho.

Luego la volví a ver y lloraba, pero no delante de la gente que la acompañaba, porque a ella nunca la mandaban sola, siempre acompañada y ella me decía que estaba bien. Claro que me quedaba con la incertidumbre, como un martirio, porque uno no sabe si come, si tiene frío, si está enferma. Supe que una vez estuvo para morir. Pero a ella no la soltaban porque era buena guerrillera.

Bueno, volviendo a “El Para”, llevo aquí instalada casi toda una vida, contenta porque lo que tengo, lo tengo por mi gente, porque aquí hay mucha gente buena, gente que le colabora a uno, que lo estima. Ya voy a cumplir 60 años.

Cuando se firmó la paz, yo quería ver a mi hija, abrazarla, porque tenía tiempo que no había vuelto a tener noticias de ella. Ella solo tenía 13 añitos cuando se fue, pero fue mucha alegría ahora que volvió al pueblo y si, la vi bien. Ella llegó acá y está bien, ya cumplió 30 años. Duró muchísimo tiempo allá.





PARTE IV

LOS TIEMPOS DE LA PAZ

Contextualización del Acuerdo Final de Paz: Cuando “El Para” volvió a respirar

El 24 de noviembre de 2016 pasó algo muy grande en Colombia. Ese día, el Gobierno y las FARC-EP firmaron un acuerdo para terminar la guerra que había durado más de 50 años en los que muchas personas crecieron escuchando disparos, viviendo con miedo y viendo cómo familias enteras tenían que irse de sus tierras.

Ese día no fue solo una firma en un papel. Fue como cuando después de una tormenta muy fuerte, el cielo empieza a despejarse. No significa que todo esté perfecto, pero sí que algo importante cambió.

Durante años, en lugares como el Caquetá y “El Para”, la muerte se cruzaba en todos los caminos, en todas las trochas de nuestras montañas. Había retenes armados, enfrentamientos, bombardeos y mucho miedo. Las personas tenían que pensar bien a qué hora salir, por qué camino caminar y hasta qué

decir o qué callar. El silencio no era tranquilidad, era miedo.

Con el acuerdo, las FARC dejaron las armas. Significa que abandonaron los fusiles y se comprometieron a no volver a tomarlos. Muchas de esas personas empezaron una nueva vida como ciudadanos, trabajando, estudiando y participando en la política, sin violencia.

El acuerdo tenía varios puntos importantes. Entre ellos: Buscar que el campo colombiano fuera más justo, que las familias campesinas tuvieran tierra y oportunidades; permitir que más personas participaran en política sin necesidad de armas; terminar el conflicto armado entre el Estado y las FARC; buscar soluciones al problema de los cultivos ilícitos de la coca; poner a las víctimas en el centro, escucharlas y crear espacios para la verdad, la justicia y la reparación y asegurar que todo lo acordado se cumpliera.

Para “El Para” y otras zonas del Caquetá, esto significó algo muy concreto: se dejaron de escuchar muchos disparos. Los caminos comenzaron a sentirse un poco más libres. Algunas familias pudieron regresar. Los niños pudieron jugar con menos miedo.

Eso no quiere decir que todo se volvió perfecto. Todavía existen violencias y grupos armados que no hicieron parte del acuerdo. Aún hay dolor y heridas abiertas. Pero algo muy grande sí cambió: la antigua guerrilla dejó de existir como ejército en guerra. Y eso transformó la vida de muchas personas.

Respirar en paz no es olvidar lo que pasó. Es poder sembrar sin estar en medio del fuego cruzado. Es caminar por el campo sin sentir que en cualquier momento puede estallar algo que nos mata o mutila nuestro cuerpo. Es hacer que la palabra tenga más fuerza que una bala.

La paz no es solo que no haya guerra. La paz es volver a reconstruir lo que la violencia rompió. En lugares como el Caquetá, la paz significa primero que todo el retronó. Significa que una familia que tuvo que huir pueda volver a su tierra. Que pueda reconstruir su casa, sembrar otra vez, abrazar su territorio. Volver no borra el dolor, pero devuelve la dignidad.

La paz también significa comenzar de nuevo. Para quienes dejaron las armas, no fue solo un cambio político, fue una decisión de vida. Decidir tener hijos, estudiar, trabajar en proyectos colectivos, sembrar, cuidar la naturaleza. Es elegir la vida todos los días y decir: “¡no quiero volver a la guerra!”.

La paz también es aprender a mirarnos como seres humanos otra vez. La guerra hace que veamos al otro como enemigo. Endurece el corazón y nos llena de miedo. La paz, en cambio, nos invita a escuchar, a reconocer errores, a asumir responsabilidades y a comprometernos a que lo vivido no se repita.

La paz no es un punto final. Es un camino que se construye cada día. Está en las decisiones pequeñas: dialogar en vez de pelear, respetar al otro, cuidar la tierra, recordar lo que pasó para no repetirlo.

Después de tantos años de guerra, la paz es algo muy sencillo y grande al mismo tiempo: Es poder vivir sin miedo. Es escuchar la risa de los niños sin sobresaltos. Es el sonido del viento en los árboles. Es sembrar pensando en el futuro.

Lo que pasó en 2016 abrió una puerta. No resolvió todo, pero permitió que “El Para” y muchos territorios empezaran a respirar diferente. Y *esa respiración más tranquila y más humana, es la esperanza de que la historia no vuelva a repetirse.*







El amor, lo mejor que me ha pasado

Yudy Perdomo

Llevamos nueve años de proceso desde que firmamos la paz. El proceso me ha parecido bueno porque volví y me encontré con mi familia, con mi mamá, con mis hermanas, con mi papá. Hacía 12 años que no los miraba. Luego de la firma del acuerdo di varias vueltas, un año estuve en La Carmelita, Putumayo. En el 2022 me vine para la vereda Agua Bonita 2 y luego me vine para “El Para” y, ya llevo tres años acá y me ha parecido todo muy bueno.

Después de tanto tiempo, he tenido una bonita experiencia con esto de ser mamá, ya que tengo dos hijas que son maravillosas. Antes, en el grupo donde estaba, no se podía tener hijos y ver que después de ese proceso, me encuentro con la maternidad, he tenido esta alegría. Mi primera hija tiene siete años, que son siete años después del acuerdo de paz, su papá también es firmante como yo. El papá de ella no está con nosotras. Yo soñaba con esta hija, una nueva vida y ya que tenía la oportunidad de tenerla, pues tomé esa decisión.

Cuando supe que estaba embarazada, estaba muy contenta y le conté a mi compañero, y fue muy

triste para mí, al ver que no recibió la noticia de la misma manera y se marchó. Yo seguí con mi proceso y pues, él por un lado y yo por el otro. Luego, él enfermó y yo estuve cuidándolo durante el tiempo que estuvo hospitalizado y luego en la casa con su enfermedad, pues no se podía sostener, estuve lidiándolo como un niño pequeño, porque no se podía valer por sí mismo.

Duró en la UCI casi un mes. De ahí salió, yo lo cuidé y lo llevaba a terapia todos los días, como la pierna derecha se le partió toda, tenía que ir a la terapia a Pitalito todos los días. Así duramos como seis meses y de ahí ya nos fuimos para Agua Bonita. Con él vivimos dos años y nos dejamos, yo quedé con la niña y él se fue para Bogotá. Entonces, me quedé sola con mi hija y él consiguió una pareja. Lo importante es que él sí mira por la niña, es muy buen papá y es muy responsable con la niña.

Ya para esa época que le cuento, ya me hablaba con mi mamá y con mis hermanas. Mi mamá y una hermana vinieron a buscarme, cuando supieron que yo estaba en el Putumayo, ellas fueron allá a verme, ya sabían que yo estaba con vida, porque llevaba 12 años sin verlas ya que no nos podíamos comunicar, porque allá no teníamos teléfono. Al ver a mi mamá fue muy hermoso, porque pensaba que ella estaba muerta y lo

mismo ella también pensaba de mí. Al verlas me sentí muy feliz, volverme a encontrar con mi familia después de tanto tiempo y sabiendo que allá uno no sabía si tenía un pie adentro y otro afuera, digámoslo así.

Después que llegué a Agua Bonita, fueron a visitarme mis hermanas y mi cuñado y me preguntaron por qué no me venía para “El Para”, que hacía por allá sola, que acá tenía la familia y que me viniera. De ahí me decidí y por eso regresé y estoy acá por ellos y, la verdad, me han ayudado a reiniciar una nueva vida aquí en “El Para”.

Llegar aquí, volver al pueblo de uno, en donde uno se ha criado, es muy bonito. Volver a vivir en el pueblo con mi niña pequeña. Encontré el amor nuevamente, porque nos conocimos con mi compañero actual hace dos años y ya tenemos una hija. Él y mis hijas, son mi alegría, son el motor de seguir adelante para verlas crecer, darles lo mejor, que tengan lo que ellas necesitan, su educación. Verlas crecer, es lo único que yo le pido a Dios, que me dé mucha vida para ver crecer a mis hijas. Porque ser mamá es una cosa muy linda, o sea, es algo que yo quisiera, que a mis hijas nadie me las tocara, ellas son todo para mí, me sacan risas, me sacan rabias, me hacen llorar.... es algo muy bonito.

Cuando estaba en la guerrilla, pensaba algo muy diferente a lo que hoy es acá; por ejemplo, cuando me mandaban a combate, a mí no me importaba mi vida, me importaba era echar bala y listo. Pero ahora ya es distinto, ahora yo le pido a mi Dios que no me vaya a quitar la vida hasta verlas crecer y ver que se defienden solas, es muy diferente lo que pienso ahora a lo que pensaba allá.

Doy gracias a Dios porque me permitió volver a abrazar a mi mamá, a mis hermanas y porque me permitió regresar con vida a este hermoso pueblo, porque pude volver a “El Para”.





¡El café es una bendición!

Jorge Eliécer Sogamoso

Aquí en “El Para”, vivo solo. Sí, tengo familia, tengo hijos, pero todos están regados. Hay uno que está acá y la segunda hija también. El otro, el mayor, está por el Huila y, el menor es pastor de la Pentecostal y su trabajo es como predicador. La menorcita está con su mamá en el Valle. Ya tiene 18 años cumplidos. Ella me acompañó hasta que cumplió los 15 años. Estuvimos los dos solos, después de que la mamá se fue. Ella no quiso irse con la mamá y se quedó acá conmigo todo ese tiempo, pero luego se fue para Pitalito y de ahí se fueron para el Valle.

Después del Acuerdo de Paz se mejoró el ambiente, ya que, cuando estaba el conflicto, la situación que se vivía era muy tensa. Nadie se atrevía a venir, nadie quería invertir, ni querían comprar. En cambio, ahora las tierras se han valorizado bastante, lo mismo las casas; ha entrado mucha gente a comprar, sobre todo gente del Huila.

Yo, por ejemplo, hace 15 años, vine y compré esta casa aquí, estaba nuevecita, tenía como tres años de construida, y la compré en 14 millones de pesos. Y ahorita, ya una casa de estas, no la encuentra por este precio. Esta casa está muy bien ubicada, está bien

construida, está bien distribuida, hay vivienda, cocina, bodega, tiene servicios, hay todo, y la he ido acomodando a gusto mío.

Ahora, uno se siente bien en “El Para”, porque, gracias a Dios, aquí se vive tranquilo, el ambiente es muy bueno y tenemos el ejército que a diario está patrullando y está en los alrededores y en los caminos. Entonces, eso hace que haya un ambiente de paz, eso hace que la gente se sienta tranquila, se siente a gusto, porque no hay problemas de violencia.

Ya no hay rumores de nada y se está muy seguro. Es bonito ver que la gente en estos últimos años ha metido mucho café y este café mantiene un buen precio y es muy rentable. Entonces al haber café hay movimiento, porque el café no es fiado, el café es plata a la mano y eso hace que todo el mundo tenga plata, el dueño y el trabajador.

Todo lo hace mover el café y también el queso, que también mantiene un buen precio y es muy bueno, porque tampoco tiene fianza. Esa es la rentabilidad que tenemos hoy día, hay movimiento de productos y dinero y por ese motivo, y, teniendo en cuenta que, esos productos son buenos, entonces hay buen comercio y el pueblo ha progresado.

Todo lo que se trae al comercio se vende: si uno se trae un par de chanclas se venden, si uno se trae una muda de ropa también se vende, porque nosotros de todo hemos tenido aquí, hay muy buena rotación de productos.

Yo me he rebuscado bastante. Antes tenía un carrito y aquí resulta mucho trabajo. Me compré una turbo y me gustaba trabajar haciendo viajes pa'l Huila, a Garzón y Pitalito. Compraba café y me iba los lunes con las cinco toneladitas para entregar en el Huila y de allá para acá me venía cargado con ladrillo, con abono, con trasteos. Eso, aquí resulta mucha cosita. Entonces uno se la rebusca también por todos lados.

La forma de vida ha cambiado mucho y lo que era en esos tiempos a esta época ha cambiado bastante. En los tiempos en que llegué por estas tierras echaba serrucho, sacaba madera de la montaña. Aprendí a aserrar, las derribas eran con pura hacha, eso era duro, pero todo eso lo aprendimos porque así tocaba.

En ese tiempo nosotros cortábamos bloques de árboles sangretoro; cortábamos uno 10-25 o más para poderlos mover porque los caminos eran pésimos, agrietados y entonces no se podía cortar un bloque completo. Se cortaba 10-25 y se cortaban bastantes tablas para las casas, se cortaba cuartón, todo eso se

cortaba a puro serrucho. Sangretero todavía hay uno que otrico por ahí, muy poquitos, pero sí los hay todavía, hay gente que aun los mantiene.

También había bastante amarillo, laurel, medio comino, achapo y otro que le llamaban caimopiedra y era bueno, muy duro y difícil para trabajarlo porque tenía un centro como parchecitos, que eso era como usted cortar una piedra, y eso apompaba la herramienta. También recuerdo que tuvimos la primera platanera y había un señor por aquí que subía a comprar platanitos y él tenía unas bestiecitas y nosotros le organizábamos dos cargas. Él llegaba y empacaba, se hacía hasta tres viajes.

Por acá se da también el maíz y el frijol que es una belleza, eso todavía se da, sino que hoy día, el maíz no lo sembramos porque hay demasiada plaga. Entonces ya no es rentable sembrar maíz por ese motivo, porque le llega cuanto animal, y antes de comenzar a echar cabellito, ya lo están picando y lo dañan muy ligero. Y el plátano hoy en día casi no es ventaja porque aquí nos acostumbramos a querer solamente coger, pero no invertir. Entonces ese es el motivo de que por ejemplo nadie compra ni una bolsa para embolsar un racimo. Entonces por ese motivo hay mucha plaga.

Hay un animal, el erizo, que muerde el plátano cuando el racimo está bichecito y lo pudre. Hay gente que le ha puesto sal al erizo y parece que le gusta, entonces le echan veneno y hacen matazones del bicho. De ese erizo hay mucho y no se le puede hacer nada porque suelta espinas. Por lo menos si un perro lo muerde, de una vez lo llena de espinas.

Nosotros hemos pasado por tiempos de mucha pobreza, venimos de una familia muy pobre y había en una finca del frente un señor muy trabajador, ese tipo, era un macho pa'l trabajo y tenía un lote con muy buena tierra, donde tenía yuca y muy buen plátano y nos regalaba, ya que, cuando llegamos a estas tierras no teníamos nada y yo, claro, llegué y me pegué a trabajar.

Por allá en Palmira, cuando ya comencé a formarme un poquito y como yo desde muy pequeñito, desde muy jovencito, he sido muy pensador, me decía que el día que yo me consiguiera la mujer, tenía que tener un ranchito que fuera mío, que yo tuviera adónde llevarla y, entonces, ni pensar en cumplir ese sueño, porque uno de pobre no podía comprar, ya que es muy costoso todo; en cambio aquí no. Uno venía y compraba muy barato, muy regalado y con mucha facilidad de pago. El primer lote que compramos, como de unas veinticinco hectáreas nos costó mil quinientos pesos y a plazos, y con eso nos pusimos a trabajar.

Estos son otros tiempos. El café es una bendición para los que se quedaron y para los que llegan a esta tierra, para los que regresaron al seno de sus familias después el conflicto. Es una bendición porque mueve la economía, porque trae progreso, porque devuelve el orgullo de trabajar la tierra, porque transforma la historia de quienes siembran. El café le cambia la vida a todo el mundo para bien. Da movimiento a las calles, llena las tiendas, nos convoca como vecinos. Es semilla que no solo brota en la tierra, sino en el corazón. Ahora vivimos del café y el café nos enseña a vivir.

En “El Para”, el café no es solo un fruto. Es una promesa cumplida. Es un tiempo nuevo. Es, sencillamente, una bendición.







La vida que camina con el ganado

En nombre de los ganaderos de “El Para”

En el Caquetá, hablar del campo es también hablar del ganado. Durante muchos años, en medio de las transformaciones que vivió la región —los tiempos de los cultivos ilícitos, el conflicto armado y la búsqueda de economías para sostener la vida campesina— la ganadería fue ganando un lugar central en la vida rural. No solo como una actividad productiva, sino como una forma de garantizar el sustento cotidiano de las familias.

Es cierto que la ganadería ha estado en el centro de muchos debates. En el departamento del Caquetá, se ha señalado que la ampliación de la frontera ganadera ha contribuido a la deforestación, especialmente cuando grandes extensiones de bosque han sido abiertas para convertirlas en potreros. Durante años se ha hablado de una relación desproporcionada: casi una hectárea por cada res. Esta forma de producción ha tenido impactos evidentes sobre los ecosistemas amazónicos y ha abierto discusiones necesarias sobre cómo habitar y producir en el territorio sin destruirlo.

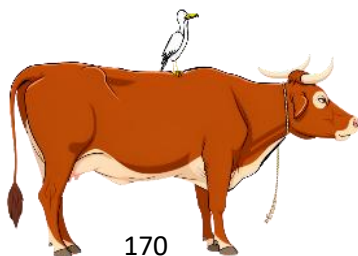
Para comprender la realidad campesina del Caquetá, también es necesario mirar el otro lado de la historia. Para muchas familias, el ganado es una actividad económica y es la base de su estabilidad diaria: La leche de cada mañana y el queso que se elabora en las cocinas campesinas, representan ingresos constantes que permiten sostener la finca, comprar lo necesario para el hogar y mantener viva la economía familiar.

En lugares como “El Para”, donde las familias viven en la montaña y donde sacar productos agrícolas es difícil por las condiciones de las vías y las largas distancias, la leche se convierte en una economía cotidiana. Cada día tiene un valor, cada ordeño representa un pequeño flujo de ingresos que ayuda a sostener la vida en la finca. Mientras otros cultivos esperan cosechas más largas o enfrentan dificultades para su comercialización, el ganado ofrece una estabilidad que permite resistir.

En muchos casos, la ganadería ha sido parte de los procesos de transición económica; después de los tiempos más duros del conflicto y de las economías ilícitas, las familias encontraron en el ganado una forma de reconstruir su sustento y avanzar hacia economías legales y permanentes.

Así, junto al café —otro de los productos bandera de la región— el ganado se convirtió en una de las bases productivas que sostienen hoy la vida campesina. Por eso, más que señalar al ganado como el problema, cada vez se comprende con mayor claridad, que el desafío está en la forma en que se desarrolla esta actividad. La pregunta que hoy se abre en el territorio es cómo puede hacerse de manera responsable, cuidando los bosques y al mismo tiempo garantizando la vida digna de quienes habitan la Amazonia.

En “El Para”, como en muchas veredas del Caquetá, el mugido de las vacas al amanecer y el sonido de los baldes llenándose de leche forman parte del ritmo de la vida campesina. Allí, entre potreros, cafetales y montañas verdes, el ganado sigue siendo una presencia silenciosa que acompaña la resistencia, el trabajo y la esperanza de quienes han decidido quedarse en la tierra para hacerla florecer.







Los niños y las niñas vuelven a estudiar

Profe Lina Yaneth Mosquera

Mi nombre es Lina Janeth Mosquera, soy del departamento del Chocó, llevo más o menos 17 o 18 años laborando como docente en zonas rurales. En el Caquetá llevo viviendo 17 años y en “El Para” ya llevo 5 años. Ingresé a trabajar como docente por parte de la Arquidiócesis en el 2020, después me desplacé nuevamente a la ciudad de Florencia por motivos de la pandemia y regresé nuevamente a la Institución en el mes de agosto de 2021 para laborar en la presencialidad con los estudiantes.

En los tiempos antes, cuando trabajaba por los lados del Putumayo, muchas madres temían que sus hijos se los llevaran a la fuerza, entonces más de una madre de familia decidía salirse de la vereda donde vivía, dejaban todo botado con el objetivo de que no se llevaran a sus hijos. Igual sucedía aquí en el Caquetá.

Ya de un tiempo para acá, cuando fue la negociación de paz, desde los tiempos que se vivieron en San Vicente del Caguán, que fue la mesa donde se originó la Paz y ahora con los nuevos acuerdos de ese

tiempo hacia acá, pues ya es muy diferente, porque las madres han tenido la confianza y mandan a sus hijos a estudiar en cada vereda donde hay escuelitas, pero entonces no tienen ese temor como antes, de que, si los mandaban a estudiar, de pronto de camino se los llevaran.

En “El Para” mis niños y niñas son personas educadas, conviven bien con la familia. En estos momentos no se mira el peligro como antes, porque ya todos convivimos; esas personas que un día se alzaron en armas, hoy están vinculadas a la sociedad y todos vivimos en comunidad, somos seres humanos. Nadie sabe el motivo de por qué se fueron y duraron tanto tiempo con armas, pero, ahorita ya se reivindicaron a la sociedad y son seres humanos que tienen el derecho a darles una oportunidad de vida.

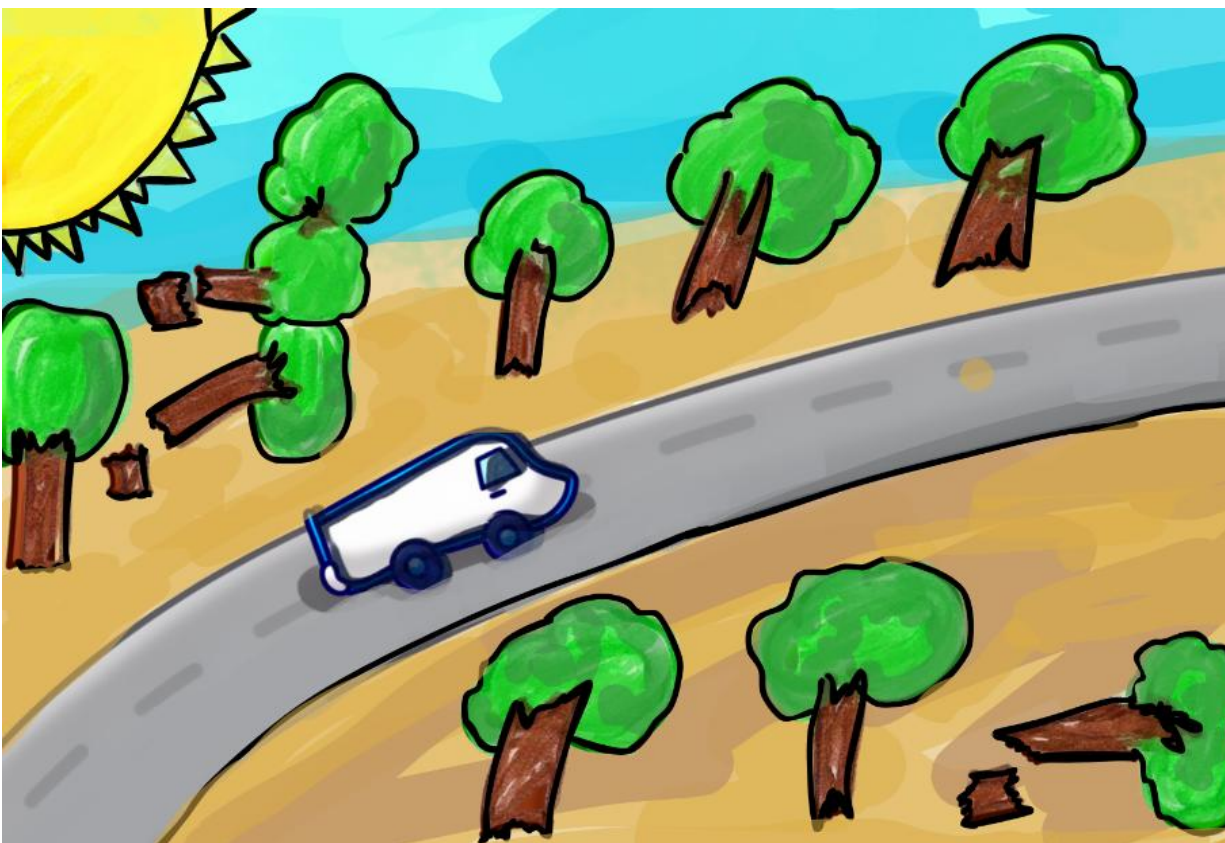




Queremos un Para sin miedo

Voces desde la Institución Educativa Rural José Antonio Galán, Norcasia. Diálogos entre jóvenes y sus maestros y maestras y líderes comunitarios.

Este dibujo que hice es el antes, el principio del conocimiento de aquí, de la región. Por ejemplo, la carretera estaba en mal estado, los puentes eran en madera, los carros tenían que pasar por esos puentes, Cuando no los había, lógicamente pasaban por el agua, chapoteando el barro.



Había gente que salía a las vías a hacer retenes para recoger dinero y medio arreglar la vía. El producto del campo en esos tiempos lo sacaban solo a lomo de bestia. Las condiciones de los caminos eran pésimas.

Y ahora les quiero relatar lo que es después. Ya mejoraron los puentes, las vías, ya entraban más vehículos. Habían abierto a las orillas de las carreteras, un poco de sabana, eso fue después. Y les quiero comentar el ahora, donde hay mucha movilidad de motocicletas, hay polideportivos donde la gente sale a recrearse, los muchachos, los adultos, hasta los ancianos. Ya hay una mejor oportunidad, una mejora del ambiente social.

Les cuento que hace más o menos 10 años, una vez llegando a casa, en unos enfrentamientos y que las balas sonaban sobre las hojas de los árboles llegando a la casa, tuve que entrar corriendo y de una vez cerrar la puerta. Eso fue tremendo porque a un soldado le pasó un proyectil, y sucedió aquí en el área de colegio, había estudiantes, entonces fue complicado, muy aterrador.

En el dibujo, lo que trato de representar es lo que me cuentan sobre los años 80 y antes. Era una región un poco inhóspita, menos poblada, por ahí

algunas casitas dispersas. Los caminos eran comunales, no había carretera como tal.

En el segundo dibujo recuerdo muchas historias que mis padres me contaban en torno a las aventuras y vicisitudes que pasaban para el tema de la movilización. Por eso quise honrar en el dibujo el tema del Mixto. Yo creo que, en el Caquetá le debemos un monumento al Mixto, porque gracias al Mixto se desarrolló el proceso de colonización.



No solo en esta región, sino de todo el Caquetá. Gracias a esas máquinas que todavía transitan y persisten por ahí en las vías. Eso es parte de lo que nos identifica como caqueteños, como tierra de colonos que somos. Entonces, parte de lo que es la riqueza, el progreso caqueteño, se lo debemos al Mixto. Eso quise honrar en el segundo dibujo.

En el tercer dibujo estaba tratando de hacer una pequeña representación de lo que es la institución educativa y el lugar central que tiene en la construcción de la historia y de la identidad del corregimiento.

Lo que uno puede diferenciar en los dibujos es toda la tragedia que tenían que sufrir los antepasados para poder llevar a cabo sus actividades económicas, para poder sacar sus productos, para poder traer también lo necesario para su sobrevivencia en el territorio. Yo llegué por aquí, a estos lares, por el año 79. Veníamos de pasar una tragedia donde fue víctima del conflicto armado de una hermana de nosotros de 15 años y debido a eso se dio el caso de que mis padres se trasladaron a este sector de la cordillera.



INSTITUCIÓN EDUCATIVA
JOSÉ ANTONIO GALAN
NICOL

En ese tiempo la carretera estaba en pésimas condiciones. Se llegaba en carro hasta Norcasia, ya subían un mixto y camperos. La población era muy dispersa. En “El Para”, habitaban pocas familias. Eran muy poquitas las gentes que estaban asentándose en estos territorios. El caserío eran cuatro casas, pero, lo único que sé, era que, a medida que iban pasando los días, la pujanza que iba tomando era impresionante.

A medida que iban entrando personas, abriéndose fincas, se focalizaron mucho en el tema o en la línea productiva del café y eso hacía que hubiera mucho personal en estos territorios. Posteriormente también hubo el apogeo de la madera, cultivos de uso ilícito y otras cosas. Hay que decir que había presencia de insurgencia en ese tiempo y obviamente que se cometían muchos asesinatos, hubo muchas víctimas.

También había atropellos por parte de la fuerza pública, ya que, en ese tiempo, los derechos humanos no existían. Entonces, como siempre, los campesinos éramos las víctimas, pero se fueron quedando atrás esos tiempos. Podemos decir que nuestro territorio en la actualidad es un territorio pujante. Contamos con una carretera, yo no digo que la mejor, pero en este momento está en buen estado.

Hay que decirlo, que todos los trabajos que prácticamente se hacen en la vía es a costa de las comunidades. Y que somos gente pujante, somos gente de bien, aquí la gente es muy amable, muy querida, contamos con muy buenas aguas, contamos con muy buenas reservas de montaña, con aire puro, tenemos el río San Pedro que baña el territorio, que, a su vez, hace la división entre el municipio de Florencia y La Montañita. En la actualidad se realiza el festival de verano cada año por las aguas del río San Pedro, tenemos el Salto y el estrecho del río San Pedro, también muchos sitios llamativos y turísticos.

En este momento contamos con la institución educativa José Antonio Galán, que es el pulmón, el pilar más importante en el corregimiento. Se cuenta con un cuerpo de docentes muy preparados, con muchas capacidades, entonces es de los puntos que nosotros siempre tomamos de referencia, el colegio. Tenemos el caserío y contando desde “El Para”, de arriba hacia abajo, tenemos Norcasia, Maracaibo y otros caseríos, las Victorias: Victoria Alta, Victoria Baja, El Pielroja, entre otros, donde ya no había asentamientos de personas.

¿Qué más podemos decir? Después de haber sido atropellados por la violencia, se suscribieron los Acuerdos de Paz con la insurgencia y el Estado

colombiano; en este momento hay un buen número de personas que se han comprometido con ellos, con sus familias y con la comunidad, porque si uno mira en ese orden de ideas, los que no se comprometieron con ellos, vuelven a andar con el fusil al hombro en las disidencias.

Y es triste, lamentable la situación, pero los que hicieron un compromiso con ellos mismos, con sus familias y con la comunidad, son las personas que hoy se encuentran tratando de vincularse en los procesos de los campesinos, trabajando de la mano con las comunidades y llevando siempre en alto la bandera de la paz, teniendo en cuenta que el diálogo es el camino más inmediato para lograr lo que el pueblo colombiano quiere. En realidad, no son las armas, y así lo han entendido un buen número de muchachos, que nos acompañan en estos territorios.

Yo creo que hay que resaltar el interés que ha despertado en la comunidad las temáticas de la memoria, para realizar un libro, una memoria histórica de este corregimiento, y en eso estamos muy comprometidos toda la comunidad, porque queremos y creemos que un pueblo sin historia, es un pueblo que está condenado a desaparecer. Un pueblo que tiene historia deja una huella. Aquí, en el corregimiento San Pedro, somos un territorio de gente buena, de gente echada pa'lante.

Yo tengo mi dibujo de cómo era antes “El Para”, donde no podían andar por ahí señores solos, porque ya los cogían militares y los mataban. Y en la otra imagen, aquí lo que yo dibujé fue un río que iba pasando al borde de la carretera, el mixto pasando, un guerrillero armado, y casas a los lados, porque como antes en el pasado, era pura violencia y pura guerra.



Profesor Rosemver Osorio

Cuando comenzó el proceso de reincorporación, nosotros mismos no sabíamos bien qué pensar. Veníamos de años muy duros en el territorio. En los noventa uno subía a “El Para” desde las seis de la mañana y trabajaba hasta las siete de la noche. Dábamos clase, hacíamos talleres, y luego venía la parte cultural. Recuerdo al comandante cantando con el fusil colgado, otros haciendo teatro, danza, payasos. Era una mezcla extraña de guerra y comunidad. Mi mamá también subía a acompañarme.

Una vez hicimos una fogata con antorchas, todos muy contentos, integrados. Así era la vida entonces: compleja, intensa, marcada por la presencia armada. Por eso, cuando empezó a hablarse de paz, muchos no lo creíamos. Pero los estudiantes sí quisieron entender. Empezaron a hacer ponencias, a preguntar qué significaba que el movimiento armado se transformara, que se sustituyeran los cultivos ilícitos, que se acabara el desplazamiento y la extorsión. Desde ahí la escuela tomó una decisión: no quedarse callada.

Hoy somos la única institución que ha documentado todo este proceso. Tenemos archivos, videos, fotografías. Hemos presentado nuestra

experiencia en foros nacionales. Queremos ser el primer colegio amigo de los derechos humanos reconocido en Colombia. No por un título, sino por coherencia.

Tenemos un grupo de investigación escolar que está liderando la creación de un Museo de la Memoria del territorio. Los muchachos salen con sus celulares, con sus micrófonos y entrevistan a las familias de Norcasia y del corregimiento San Pedro. Preguntan cómo llegaron, cómo construyeron sus casas, cómo transportaban los productos, cómo nacieron las primeras tiendas para no depender de ir hasta Florencia por la remesa. Ellos están reconstruyendo la historia que no aparece en los libros.

También han trabajado el arte con los “relatos dibujados”, elaborando lienzos donde cuentan lo que el territorio ha vivido. Tienen un periódico escolar, un festival con sala de emprendimiento, proyectos alrededor del café, producción de jabón, champú, piscicultura y recuperación de semillas nativas. Todo eso es parte de la educación para la paz.

Pero, no podemos hablar de memoria sin mencionar a nuestra profesora Sandra Milena Martínez, desaparecida desde noviembre de 2024, en el municipio de El Paujil.

Ella era y es parte de la memoria de esta institución. Un día no volvió. Hasta hoy no sabemos qué pasó. Recordarla es una obligación ética. Nombrarla es decir que aquí hubo víctimas, que aquí la guerra dejó huellas reales, como escribo en la Revista Desde Abajo en su edición de junio 17 a julio 17 de 2025 “Sandra era, como muchos de nosotros: firme, dedicada, convencida de la educación como camino para transformar realidades. No tenía escoltas, ni privilegios. Solo su voz, sus sueños, su compromiso” (Osorio, 2025).

Hablan los jóvenes:

Nosotros queremos algo sencillo: estudiar sin miedo.

Aquí estudiamos los niños y jóvenes de “El Para”. Nosotros soñamos con poder ir al colegio tranquilos, caminar por las veredas sin pensar que puede haber una mina enterrada. Hace poco un niño fue mutilado por una mina, aunque se había dicho que ya habían desminado. Eso nos dio mucho miedo. No queremos que eso vuelva a pasar. No queremos que nuestros papás tengan que irse otra vez a la guerra. No queremos que presionen a nuestras familias.

Queremos un territorio libre. Queremos poder usar otra vez las áreas productivas del colegio, sembrar el café, cuidar las huertas. Queremos que las

actividades no se hagan solo en el salón, sino también en las veredas, sin temor. El café para nosotros es importante, sabemos que antes había cultivos ilícitos, pero ahora el café representa algo diferente, representa trabajo digno, representa que nuestras familias pueden vivir de algo legal. En 2011 se sembraron 7.000 árboles, pero después no se pudieron cuidar porque se pusieron minas. Eso fue triste. Ahora queremos que eso no vuelva a pasar.

A nosotros, nos gusta salir a entrevistar a los abuelos y a las familias: cuando preguntamos cómo llegaron aquí, cómo construyeron sus casas, sentimos que estamos cuidando la memoria. Queremos que todo eso quede en el Museo de la Memoria que estamos construyendo. Nos gusta contar nuestras historias en los cuentos dibujados. Cada dibujo es como contar lo que sentimos. A veces dibujamos cosas duras, pero también dibujamos cómo queremos que sea el futuro.

Sabemos que, en muchas partes, el conflicto ha vuelto a ponerse fuerte. Escuchamos noticias. Pero nosotros no queremos repetir esa historia. Queremos ser líderes de nuestra comunidad, ayudar a nuestras familias con lo que aprendemos en el colegio.

Queremos un Para donde se pueda vivir tranquilo. Donde nadie tenga miedo de caminar. Donde la palabra sea más fuerte que las armas.



Profesor

Cuando escucho a los estudiantes decir que quieren vivir sin miedo, entiendo que todo este esfuerzo vale la pena. La escuela no es solo un lugar para aprender materias. Es un refugio, un espacio donde se honra a los ausentes y se protege a los presentes. Ser referente de paz no significa que todo esté resuelto, significa que decidimos asumir nuestra historia con responsabilidad. Que documentamos para no olvidar. Que educamos en derechos humanos porque sabemos lo que pasa cuando no se respetan.

Norcasia no quiere ser recordada solo por el conflicto. Quiere ser reconocida por su capacidad de transformar. Por sus jóvenes investigadores, por sus emprendedores del café, por su banco de semillas, por su memoria viva.

Dicen los niños:

Nosotros queremos que cuando alguien hable de “El Para”, no piense en minas ni en guerra. Queremos que piense en café, en escuela, en semillas, en dibujos, en entrevistas, en paz. Queremos caminar nuestra tierra sin miedo. Y eso, para nosotros, ya es empezar a construir la paz.



Ahora nos podemos congregar

María del Socorro Camacho

Mi nombre es María del Socorro Camacho. Soy del Huila. Hace 23 años nos trasladamos acá, al Caquetá, a este pueblito de “El Para”. Pertenezco a la iglesia del Movimiento Misionero Mundial, que tiene sede en “El Para”. Y también quiero contarles cómo fue nuestra trayectoria en los principios de conversión.

Nosotros tuvimos un pastor que se llama Alirio Rujana, fue el primer pastor del Movimiento Misionero. Y él duró muy poco tiempo, porque en ese tiempo no se podía uno congregarse fácilmente por la situación que había, por el orden público. Entonces, en los primeros tiempos nos tocó muy difícil la situación para podernos congregarse.

Muchas veces, después de la salida del Pastor, nos congregábamos en nuestros hogares y a veces en otras veredas íbamos a hacer los ayunos, las vigiliass, los cultos en otros lugares, porque aquí no lo podíamos hacer porque no nos era permitido. Pero, gracias a Dios, que nosotros seguíamos reuniéndonos y quedamos unos pocos. A lo último no quedamos sino dos familias y los demás salieron, unos por congregarse, otros por problemas del orden público.

Entonces les tocó trasladarse a otros lugares. Pero poco a poco volvimos a este lugar a congregarnos, se nos abrieron puertas nuevamente. El lugar donde nosotros nos reuníamos fue cerrado el 11 de noviembre del 2000. Duró 11 años cerrado.

Después de estos 11 años hubo un cambio de personal y los que llegaron, en una reunión dijeron que ellos no se metían con los evangélicos, que no tenían nada que ver en contra de ninguno de los grupos que habían aquí de creyentes, porque aquí hay también de otra sede de los Pentecostales, y que ellos no tenían nada que ver con nosotros.

Entonces, se logró, con las palabras de ese señor, que ese día se empezó a gestionar la entrega del local, que primero lo convirtieron en una pesebrera, después en una residencia. Y al final nos entregaron por medio del amigo Marquitos, quien nos ayudó para que nos volvieran el local, lo que es ahora el Templo del Movimiento Misionero.

La llegada de nosotros aquí a “El Para” fue bastante difícil por el orden público, pero ahorita ya gracias a Dios que las cosas se están dando mucho mejor, porque ha habido el proceso de paz y sabemos que donde hay paz, hay alegría, hay gozo, hay esperanza.

Y, la situación tanto económica como espiritual ha tenido un cambio trascendental para cada uno de nosotros. Estamos contentos porque en “El Para”, en el tiempo que nosotros hemos estado acá, hemos visto un cambio muy grande en todas las áreas.

Esto es un motivo de alegría porque somos visitados por diferentes entidades y nos están colaborando para un progreso mejor de este pueblo. Nosotros queremos que este pueblo no quede como escondido, o bueno, en el anonimato, porque aquí nosotros si nos ponemos a mirar casa por casa, y en cada hogar hay personas que tienen talentos, tienen cosas que saben, pero todo eso está escondido porque no ha habido motivación para surgir.

Hasta ahora, contamos con la ayuda de todo el personal que ha venido de otras entidades como es la gobernación, la alcaldía y otras, que nos están reuniendo, nos están capacitando y poco a poco uno se van mirando los talentos que hay en cada persona. Entonces eso es motivo de mucha alegría, porque miramos que “El Para” ya no va a seguir siendo el mismo que se conocía, y por eso, muchas veces ni la familia venía, por el miedo, porque siempre se hablaba de lo malo, no de las cosas buenas que suceden acá en este lugar.

Pero, poco a poco, nos vamos dando cuenta y la gente se va dando cuenta, de que este lugar no es como se dice y se piensa, sino que es una parte donde hay muchas cosas bonitas, hay partes de recreación, hay partes que se prestan para el turismo.

Aquí han venido personas a dictar cursos y se han dado cuenta que hay lugares donde uno puede tener un parque o algo así recreacional y ha habido muchos cambios. Ya contamos con el polideportivo, contamos con el parque infantil y hay un puesto de salud, hay un local que se le designó al adulto mayor y estamos en ese proceso, mirando cómo se organiza, cómo se construye ese lugar, esa casa, para nosotros los adultos mayores que tengamos a dónde disfrutar un momento de recreación y para podernos reunir.

Los adultos mayores somos 70, tenemos una directiva. Soy la presidente de la Asociación y estamos interesados en hacer de ese lugar algo recreacional, algo bonito donde podamos reunirnos y demostrar que nosotros, a pesar de nuestra edad, somos personas importantes también y que sabemos que somos capaces de trabajar, de aprender y aún hasta enseñar a aquellas personas que necesitan guiar a nuestros hijos, a nuestra familia, a la juventud, a la niñez, para que este pueblo sea diferente en todos los sentidos.

Doy gracias también a todas las personas que han venido de otros lugares, que nos han reunido, que nos han dado ayudas. En este año 2026, tuvimos un evento por parte de la Iglesia del Movimiento Misionero Mundial. El hermano Pastor Steven nos reunió y nos comentó de un proyecto que era para reunir las 10 veredas que hay y lo hicimos, pero nos faltó mucho personal, a pesar de que se logró una buena asistencia. Ese proyecto lo vamos a tener cada año, siendo un tiempo que vamos a sacar para reunirnos con la comunidad y compartir.

Ese día fue algo que nadie había mirado acá en este pueblo, llegó mucha gente. Nos enviaron de Florencia muchos detalles para los niños y a todo el que llegaba allá se le daba también el almuerzo, se le repartieron regalos. Un almacén de zapatos nos envió 200 pares de zapatos, Don Juan también nos colaboró y la corregidora. Queremos que se siga haciendo anual, una integración familiar cada año y también nos han ofrecido seguirnos colaborando para que estos eventos se lleven a cabo.







HORIZONTE DE PAZ.



Soy del pueblo Embera

*Don Guillermo Piedrahita - Resguardo San Pablo
Pueblo Embera*

De mi parte quiero contar que, yo vengo de lejos. Soy nacido en Naranjal, Valle, de Naranjal para adentro, un lugar que se llama Rey Blanco. Yo era pequeño. Donde trabajaba mi papá, se gastaba tres días a pie. Tenía que hacer mitad camino para poder llegar a la finca. Es que, antiguamente, la gente, los indígenas no vivían cerca, como estamos viviendo ahora aquí. Ahora nosotros estamos aquí muy bien. Pero donde yo nací, era tres días de camino para salir al pueblo. Y así mismo cuando se fueron de ahí, de Naranjal, para Antioquia. ¿Y sabe qué hizo mi abuelo? compró tierra a un día camino del pueblo, de Chigorodó. A un día camino y si usted no caminaba rápido, tenía que llegar a la finca en la noche y con la remesita en la espalda.

Esa era la costumbre que teníamos los indígenas antiguamente. Yo no sabía leer, porque mi papá no me dio estudios, porque en ese tiempo para dar estudios a los hijos era en el pueblo, como, por ejemplo, en Florencia. Y yo creo que, antiguamente, también era lo mismo con los colonos.

En ese tiempo me enseñaron a trabajar, a volear hacha. Y no había escuela en ninguna vereda. Solamente en el pueblo. En cambio, ahora yo miro, en mi vereda, ahí está la escuela.

Ya fui creciendo y me organicé con mi mujer y, con mi suegro arrancamos para el Valle. Allí duramos como tres años, en una finca cafetera. Yo no sabía trabajar en el café. Imagínese ¿usted puede creer?, yo solamente enseñado a trabajar voleando hacha, cogiendo maíz y arroz. Y me traen para el Valle, yo me provocaba llorar, pero me aguanté.

La comunidad donde nací y pertenezco es Embera Chamí, esa es nuestra etnia. Chamí es la etnia propia. Nuestra lengua es de los Chamí y con los Embera Katío nos entendemos, con los Korebaju, Uitoto, Inga y Nasa, no nos entendemos ya que tienen otro idioma.

Cuando llegamos al Caquetá, nos ubicamos en la Montañita, porque aquí se había venido mi suegro. Él compró unos pedazos de tierra, pero eso era una hectárea no más, pero nosotros éramos siempre hartos y no teníamos donde trabajar. Entonces, nos vinimos para esta área, en San Pablo y aquí nos quedamos. Un señor que es mi tocayo, don Guillermo Hernández, tenía harta montaña y nos vendió al otro lado de La Nutria.

A nosotros nos quedó esa finca, pero nos quedaba lejos para el estudio de los chinos, pues tenían que caminar más de dos horas y los chinos qué van a aguantar caminando a diario.

Entonces me fui a hablar allá a la promotoría indígena, para pedir que nos trajeran la escuela. Entonces mandaron un delegado para mirar si se podía hacer la escuela o no. Una muchacha llegó allá donde estamos nosotros y entonces ella llevó el dato, que sí se podía y respondieron que iban a ayudar a hacer la escuela, que de allá pagaban la madera, el corte y nosotros aportábamos la mano de obra.

Los colonos nos apoyaron, los que tenían chinos y así hicimos la escuela. Fue a finales de 1992 que quedó la escuela primaria. Luego, mandaron al profesor Aurelio Pachón. Ese es el primer profesor que entró a la escuela. Él trabajó como tres o cuatro años. Después entraron otros que duraron como un año. El que más duró fue Jairo Mamián, ese sí duró diez años aquí trabajando. Los profesores no duraban, trabajaban un año y se iban. Después entraba otro y se iban también. No duraban. No se amañaban

El profesor Aurelio Pachón me preguntó un día, que si esa tierra estaba legalizada como un resguardo. Yo en ese tiempo pues no sabía nada de eso, entonces nos pusimos a hablar de cómo sería esa legalización y lo primero que nos dimos a la tarea, fue pensar que

teníamos que ampliar la finca donde había quedado la escuela. Necesitábamos tener más tierra.

Entonces nos fuimos a la escuela a reunirnos con algunos colonos para proponerles que, si querían vender sus fincas, para nosotros meter los papeles y se llegó a un acuerdo y cuatro fincarios accedieron vender. Se metieron los papeles, pero eso siempre demoró mucho. Ya al año, de estar tocando puertas y ya llegando el fin de diciembre, salió esa finca en 1992, de las cuatro fincas nos compraron solo dos.

Las otras dos quedaron en medio del Resguardo San Pablo, como se llama hoy, pero estamos bregando para que se sanee eso. Ellos quieren vender, pero no han venido a dar precio para poder comprar. Lo que queremos es que esas fincas, esas tierras queden en territorio del resguardo, destinadas a conservación. Actualmente el Resguardo tiene 607 hectáreas. En el censo que se elaboró, tenemos que hay 30 familias y de éstas hay viviendo, actualmente en el territorio 12. El resto están en Florencia por motivo de trabajo.

En la época del conflicto, siempre fuimos afectados por las minas, que pusieron en el puro resguardo, no las pusieron en las fincas de los colonos, sino en el resguardo. Cuando a nosotros nos avisaron, ¿qué podíamos hacer ahí? No podíamos hacer nada y ¿quién se va a acercar a esas minas? Eso

fue como en el año 2014. Y con minas en el resguardo ¿quién se iba a meter a trabajar ahí? Cerca de la escuela también pusieron minas. Encontramos una como a 100 metros de la escuela nueva. Y también pusieron minas en el borde del camino.

Una sola vez les reclamé ¿por qué no sacan eso?, porque vean, los chinos vienen de arriba y los chinos son muy ociosos. Y si ponen la metralla al lado del camino, eso es muy peligroso. Afortunadamente me escucharon y retiraron esas minas. Menos mal que no hubo muertos. Solo un animalito que se fracturó, en la montañita de Serafín. El ganado venía de abajo para arriba y ese camino también estaba minado. Y ahí cayó.

Después de eso, entraron allá y desminaron todo, fueron 40 minas que ellos desactivaron. No podría decir que hoy estamos libres de minas porque todavía puede haber sin desactivar. El problema es que, como después entraron otras unidades y dominaron por muchas partes, por estas montañas, no sabemos si ellos han puesto otras minas. A mí me contaba mi hermano, el finadito, que por todo filo habían metido muchas minas. Incluso, hay unas fincas que están botadas por ese mismo motivo, porque los dueños, al saber que están minadas, no vuelven por allá.

En el resguardo hicimos resistencia y no abandonamos ni nos dejamos desplazar del territorio, a pesar de que fue minado, hubo víctimas y amenazas. Nos quedamos allí, resistiendo, y, pensando en qué momento lo matan a uno.

Yo les diría y les agradecería a ustedes, que están haciendo estas reuniones acá, como autoridad, como vereda, para que se siga construyendo en bien de la comunidad, para que todos podamos vivir en paz.



Historias entretejidas con los hilos del amor de la comunidad embera

**Uriel Bedoya*

El cuento mío es muy largo, yo vengo, digamos, mi padre, mi madre, ellos eran del caserío de Obando, Valle, que queda más allá de Cartago. Mis papás me criaron allá. Nosotros somos dos hermanos y una hermana. La situación en Obando no estaba muy buena y mi abuela le dijo a mi mamá y a mi papá, váyase para el Caquetá y así fue que nos trajeron aquí. Yo, estuve trabajando en el año 94 en Solita, raspando coca con mi hermano, entonces pagaban a dos mil pesos la arroba.

En ese tiempo existían los paracos, cuando mataban a la gente con las motosierras y yo por no hacerme matar, no salía del cocal. Ya llevaba como tres años que no miraba la cara de mi mamá, así que me tiré por Curillo arriba en deslizador, a la de Dios, pues no cargaba ni cédula, ni registro civil ni nada. gracias a Dios, de esta me salvé.

A mi madre le habían dicho que a su hijo lo habían matado y mi madre lloraba. Un 4 de diciembre

compré una remesita para mi madre y fui a buscarla y la encontré con su sobrina.

La muchacha estaba trabajando en una casa de familia y un domingo nos entrevistamos, nos pusimos a hablar y pensando que me iba para Solita otra vez. Ella me dijo que no y también estaba cansada de trabajar en los oficios y me convidó para que trabajáramos en las tierras de su comunidad, en el resguardo en “El Para”. Yo realmente no era campesino, era un tipo andariego, ciudadano y lo pensé dos veces. Pero pensé si hay tierras y estoy con ella, acepto.

Ella se despidió de la patrona de donde trabajaba y recibió una liquidación y nos vinimos para “El Para”, hablamos con el suegro y con la finadita, la suegra. Hablamos con toda la comunidad con mucho respeto y dijeron que sí. Mi suegro tenía un pedacito de tierra y yo estoy cultivando la chagra. Tengo 47 años y soy padre de 4 mujeres y 2 varones. Entonces me quedé trabajando, porque aquí la tierra es muy buena.

Como la madre tierra, aquí es donde nos fortalecemos, aquí es donde rescatamos la cultura, la medicina, cultivamos en la chagra, aprendemos de las plantas. Me gusta el clima de “El Para”, ya que es muy cálido y también frío y le hace muy bien a lo que

cultivamos como el maíz, frijol, tomate, cebolla, todo lo que uno siembra se da porque la tierra es sagrada, es muy buena, hay abundancia de aguas y buena fauna de monte. Aquí me quedé con la mujer y aquí estamos integrados al resguardo. Esa es mi historia.

**Mónica Edith Quiroz Serrato*

Llegué a este resguardo, hace unos años. Antes, vivía en el barrio Tovar Zambrano Soy nacida y criada en Florencia, donde estudié. A mi padre le ha gustado mucho la cervecita y él se consiguió un amigo trabajador y lo llevó para la finca y allí estuvo durante tres años y venía a Florencia. Yo ya estaba grandecita y nos mirábamos y, ya nos enamoramos y a principios de enero del año 2011 nos volamos de la casa, nos vinimos, yo tenía 16 años y era muy penosa. Y al llegar a su finca, de noche, donde los suegros, él me indicó el cuartico y nos acostamos a dormir, eso sí tarde de la noche, nos dormimos, como a las tres de la mañana.

Al otro día se despertó la mamita, que era mi suegra, que ya no vive, pero guardo bonitos recuerdos de ella. Ella se paró y yo asustada, no sabía qué hacer. Entonces salí y me presenté porque la verdad yo nunca había ido a la casa de ellos y me daba pena. Solo había ido una vez cuando mi suegra nos invitó a comer buñuelos y natilla... delicioso. En esa casa vivimos ocho meses. En la mañana todos se iban a trabajar y

nos dejaban en la casa; en la tarde ella hacía estuches para echar las flechas y mientras ella hacía el trabajo yo le hacía la comidita.

Mi suegrita estaba un poquito enferma y yo le ayudaba en lo que más podía, agradecía todo. Venía un momento porque todos ellos se iban a trabajar hasta la tarde. Después tuve el primer bebé, nosotros tenemos dos hijos, uno tiene catorce años y la niña tiene cinco años. Ella me cuidó la dieta y ella estuvo pendiente de mí, igual que mi suegro.

Yo, he aprendido muchas cosas de los indígenas y del territorio del resguardo. Ella me enseñó a comer monía, a comer pescado enterrado, muchas cosas y la verdad, hasta el momento estoy muy agradecida con mis cuñadas, con mi suegro y con mi marido porque ya son catorce años al lado de él.

**Patricia Parra - Consejera Mayor*

La historia mía, es que yo no soy criada ni nacida en el resguardo de San Pablo de “El Para”. Yo vengo del resguardo de la Seringa, criada y nacida en Belén de los Andaquíes, no me acuerdo en que año. Mis abuelos llegaron de Antioquia de un sitio que se llama el Playón de Tarapacá. En la época en que llegaron al Caquetá, los indígenas hacían grandes recorridos, andaban mucho, eso era de un lado para otro.

Ahora último es que ya se han asentado en territorios que han ido legalizando donde el gobierno nacional les asigna tierras, como en Resguardo San Pablo, en donde ya se tiene constituido el Resguardo, legalmente por una Resolución.

Por aquí vine porque me enamoré. Él, fue un día por allá, lo miré y me enamoré, así de sencillo. Al tiempo, él me llamó y me dijo que nos juntáramos a vivir los dos y yo acepté, hice como la lora así y me fui con él. Él salió primero y yo salí atrás y nos encontramos en Florencia y de ahí nos vinimos a el Resguardo en “El Para”. Me gustó mucho este lugar, ya que aquí se da el café, plátano, tomate, cebolla y muchos más alimentos, aquí se da de todo.

Aquí en “El Para” duré años para ir a ver la familia. Mi mamá ya es fallecida, mi papá también, Solamente los hermanos que están por allá en la Seringa, el tío, la tía y todos esos hermanos y el resto de familia viven en Belén de los Andaquies. Tengo un hijo que ya va a cumplir trece años.

Ahora soy la consejera mayor del resguardo, luchando a que estos procesos lleguen bien, con la participación de la comunidad. Aquí, ahora se vive en Paz, y esperamos que así siga para que los indígenas del Pueblo Embera Katío podamos crecer con nuestros hijos, con nuestras familias, teniendo el

sustento de los alimentos que nos da la tierra, sin que nos estén amenazando o desplazando y de esta manera nuestra comunidad permanezca unida y en paz.

**Nilvia Piedrahita*

Yo, soy criada acá, y ya tengo 42 años. Vivo aquí con mi papá y con mi marido. El viene de otro resguardo de Belén de los Andaquies. Una vez vino de visita, nos enamoramos y él se quedó acá. Se llama Mario y lo conocí cuando tenía 16 años.

La verdad, no quise irme para el resguardo de él, yo le dije: si se va a quedar aquí, bien, si no, pues vaya por donde vino, porque yo nunca me voy a alejar de mi papá ni de mi mamá. Y así fue, convivo con él y acompaño a mi papá, porque mi mamita ya no existe, murió hace 12 años. Tengo 4 hijos, uno tiene 22 años, otro tiene 21, el menor tiene 12 años...

En unos tiempos nos fuimos para Belén, para el resguardo donde vive mi suegro, pero no me gustó allá, no me amañé, vivía muy aburrida. No era lo mismo como uno vivir acá en "El Para". Y no pienso alejarme porque echar a andar es irse a sufrir. Yo vivo acá bien, no me hace falta nada: hay plátano y se da toda clase de alimentos; aunque allá es bueno por el río, hay pescado.

Pero no se comparan con el resguardo mío, me parece más bonito vivir acá, todo fresco, mientras que allá es caliente. Y del Resguardo puedo bajar cada 8 días aquí al caserío de “El Para”.

Lo que más quiero para mis hijos, es que ellos vivan aquí, conserven el idioma, las costumbres, que cuiden la territa, que respiren la paz que hoy existe en estas tierras, que conformen sus familias y tengan bienestar.

**Myrian Piedrahita*

Yo cuento lo que me ha contado mi papá. Cuando llegamos aquí al Para, yo era pequeña y estábamos con mis otros hermanos. Yo me acuerdo que mis tíos y mi abuelo habían comprado un pedacito de tierra. Y ellos trabajaban allá y mi papá que era el Gobernador del Resguardo, hizo las vueltas para ver si nos compraban las tierras del otro lado, que es en las que estamos hoy día.

Luego de estas gestiones, se compraron dos fincas y nos fuimos para allá a vivir todos, mis abuelos, mis tíos, y allá trabajaron, Era pura montaña y el destapado era solo donde había una enramada. Mi papá ha sido muy trabajador y empezó a destapar, a tumbiar monte a pura hacha. Nos íbamos desde la mañanita, llevábamos el almuerzo preparado para aguantar todo el día.

Por un tiempo vivimos en “El Para”, en una casa donde nos habían dado posada. Eso fue cuando hicieron esa casa del SENA y mi papá trabajo en esa construcción. En ese tiempo hubo un invierno muy verraco y cayó granizo, y como la casa no tenía tejas de zinc sino de cartón, y todo el techo se rompió y se mojó todo, la ropa, las camas, todo. Entonces, unas personas de la comunidad le regalaron unas tejas de zinc para que pusiera el techo.

Luego mi papá nos puso a estudiar aquí en la escuelita, con mi hermano. Después nos fuimos para la finca y de allá salíamos a estudiar aquí a “El Para” y demorábamos dos horas en llegar. Salíamos de la finca a las 6 de la mañana y aquí llegábamos a las 8. Y, a las 2 de la tarde otra vez a caminar para la finca. Al otro día la misma historia.

Entonces me aburrí y le dije a mi papá que ya no quería estudiar. Y ahí fuimos creciendo y después hubo una escuela allí en el territorio y estudié como un año. Y después me fui de la casa a los 14 años cuando ingresé en el movimiento en el año 93 y ya no pude contactar con mi familia.

Ya en el año 98, me sacaron del Tercer Frente que operaba acá y me trasladaron para el Oriental. Les cuento que era mucho sufrimiento que me tocó. A mí me echaron para el Frente Oriental en el Meta y de ahí

me mandaron para Arauca, donde duré 4 años. Y ya me iba más lejos, para Córdoba. Y en eso, como se estaba iniciando el proceso de paz, entonces nos quedamos estancados en Arauca como un año y luego que todo se fue dando en el proceso de paz, y entregamos todo lo que teníamos, llegó el año 2016, a finales, y pude contactar a mi familia por intermedio de un amigo que tenía familia en “El Para”, y me contestó una hermana que se llama Yorleny, lo cual me extraño porque cuando me fui éramos tres hermanas y un hermano, pero ninguna Yorleny.

Ahí me di cuenta que tenía otra hermana y que mi madre había fallecido hacía cuatro años. Allá no se vive feliz como pensarían algunos, se pasan días muy difíciles, a veces se goza, pero es más lo que se sufre. Cuando salimos del proceso me vine aquí al territorio a trabajar y a estar con mi familia, ya tengo dos hijos, la niña y el niño. Tengo también un pocotón de sobrinos y sobrinas, las familias ya se crecieron y estoy en la comunidad, trabajando para sacar a mi familia adelante.

**Jhan Carlos Ruíz*

Yo conocía a Dana en Florencia. Allí vivíamos con mis padres. Don Uriel vivía al lado de la casa de mi mamá...éramos vecinos

Y ahí hablando con Dana, con la mujer, nos fuimos conociendo así de amistad y luego nos cuadramos de novios. Ella me contó sobre su comunidad, sobre cómo se vivía en el resguardo, lo cual me gustó mucho. De ahí yo la saqué a vivir y nos vinimos a trabajar a la comunidad. Hoy en día ya soy reconocido por la comunidad, tengo una hija y soy feliz de compartir mi vida y la de mi familia en el Resguardo San Pablo.

**Vanessa*

Yo soy nacida y criada en el Resguardo Cerinda, donde vivo con mis padres y mis abuelos. A los 9 años estaba estudiando, cursando quinto de primaria. La vida de mi marido, que es mi pareja actualmente, era diferente antes de estar conmigo, ya que él tenía una relación con otra mujer y tenía un hijo. Cuando yo me puse a noviar con él, estaba estudiando y ya iba para noveno, pero en ese momento él ya no vivía con esa mujer.

Una vez que estábamos en el pueblo, y ya para regresarnos al Resguardo Embera Katío, él le pidió permiso a mi papá para que pudiéramos ser novios. Yo le dije que, si él quería vivir conmigo, tenía que ser en el resguardo. Yo me regresé y después él se vino detrás de mí. Ahora vivimos juntos y tenemos un hijo.

Y esa es mi historia de amor con él.



El renacer de las nuevas semillas

María Victoria Martínez Estrada

Soy química de profesión, especialista en Neuropsicología de la Educación y, por encima de todo, una mujer profundamente apasionada por el trabajo comunitario. Mi vida, mi tiempo y mis esfuerzos han estado entrelazados con los procesos que nacen, crecen y se sostienen en comunidad.

Nací en el corregimiento de San Pedro, en Florencia, Caquetá. Allí viví hasta los trece años, cuando emprendí el camino hacia la ciudad para continuar mis estudios y ampliar mis horizontes. Sin embargo, hay lugares que no se abandonan nunca, porque permanecen sembrados en el alma.

Crecí bajo el cuidado amoroso de mi abuelo, Albertano Estrada y mi abuela, Ana Ofelia Otálora. Nuestra casa no era solo una casa de campo: era un lugar de encuentro, una casa de llegada.

Siempre había gente, siempre había vida.

Era el sitio donde los campesinos dejaban sus caballos mientras bajaban al pueblo a mercar cada ocho días o cuando emprendían un viaje más largo.

Pero más allá de lo material, nuestra casa resguardaba algo mucho más valioso: la confianza.

En ese hogar crecí rodeada de muchos jóvenes, casi todos hombres yo era la única niña. Y siempre lo he dicho sin temor: mi casa fue una casa de huérfanos. Mi padre biológico no vivió con nosotros ya que falleció cuando yo era apenas una niña. Mi madre estuvo un tiempo, pero luego partió a la ciudad en busca de trabajo. Sin embargo, nunca estuve sola.

Mis abuelos fueron padres no solo para mí, sino para muchos niños y primos que la vida o la guerra habían dejado sin hogar. Algunos fueron llevados a instituciones, pero, de alguna manera, siempre encontraban el camino de regreso, tal vez porque entendían lo mismo que nosotros, que la familia no se define por la sangre, sino por el amor.

Nuestra casa siempre estaba llena, llena de risas, de historias, de manos compartiendo el alimento. Nunca faltó nada. Cuando pienso en mi infancia, pienso en abundancia, abundancia de comida, abundancia de afecto, de esperanza y de humanidad.

Mi abuelo fue un maestro de vida, paciente, sabio, profundamente justo. Nunca levantó la mano ni la voz, pero su palabra tenía el peso de la verdad. Para él, la educación era el camino y siempre creyó en

nosotros, incluso cuando nosotros dudábamos. Nos enseñó a hablar con honestidad, a actuar con rectitud, a vivir con dignidad. Era un hombre pequeño de estatura, pero inmenso en carácter y por eso, profundamente respetado.

Desde muy joven empecé a vincularme con procesos comunitarios y aún recuerdo con especial cariño una iniciativa llamada *Panes por Historias*, donde intercambiábamos pan por relatos de vida de habitantes de calle. Allí entendí que cada persona guarda un mundo y que escuchar también es una forma de transformar.

Estudí en la institución educativa José Antonio Galán de Norcasia, un lugar que considero fundamental para el presente y el futuro del corregimiento. Siempre he creído que allí deberían concentrarse muchas más oportunidades, porque es de allí de donde emergen los jóvenes, las nuevas voces, las nuevas posibilidades.

Creo firmemente que los jóvenes deben salir, conocer otros mundos, ampliar su mirada y creo también, con la misma fuerza, que deben regresar. Regresar con nuevas ideas, nuevas semillas, nuevas formas de sembrar en la tierra que los vio nacer. Salir no es abandonar, es aprender, para volver a construir mejor.

Siempre he soñado con impulsar proyectos que permitan a los jóvenes conocer la ciudad, explorar otras oportunidades y luego regresar a transformar su territorio, porque el territorio no se deja, se honra, se cuida, se transforma.

Hay un momento que guardo con especial emoción cuando voy llegando y paso por la finca “La Providencia”, justo cuando la vía empieza a ascender y se abre la vista hacia Norcasia. Desde niña lo he sentido: el aire cambia, allí comienza, para mí “el paraíso terrenal”. La paz se respira distinto, incluso en medio de las heridas que aún persisten.

Nunca he ocultado de dónde vengo, por el contrario, lo digo con orgullo ¡soy de Norcasia!, del corregimiento San Pedro, vengo de una familia campesina, trabajadora, honrada, de gente que sirve, que construye, que deja huella.

Cuando hablo de mi padre, lo hago con serenidad y orgullo. Sé que caminó esta vida con rectitud. En muchos lugares aún lo recuerdan con respeto. A veces llego a sitios donde lo conocieron y sin haber hecho nada, me abren las puertas. Así entendí que el bien que se hace, siempre regresa.

En este camino no he estado sola: mi esposo, Albeiro Marín Lozano, ha sido un pilar fundamental en mi trabajo. El es de “El Para” y fue precisamente nuestro amor el que me llevó hasta ese territorio. Después de años de estar viviendo en la ciudad él regreso y junto a él volví a mi corregimiento Norcasia, el pueblo vecino y así retornamos, entre idas y venidas entre “El Para” y Florencia. Su padre es del Valle y su madre del Huila, pero viven hace muchos años en “El Para” y eso hace que siempre deseemos volver allá. Desde entonces, ha sido mi compañero incondicional, no solo como esposo, sino como líder y como aliado en cada proceso, asumiendo cada reto conmigo, con entrega, con compromiso, con amor, nunca me ha dejado sola.

En la construcción de las agendas comunitarias, fui la más joven de las implementadoras. Tenía 26 años cuando asumí ese reto en 2024. Recuerdo momentos difíciles, que llamo “los dolorosos”, tiempos de duda, de cuestionamientos externos. Pero nunca dudaron de mí quienes realmente importaban, la gente del pueblo, ese grupo que siempre me rodeo con fuerza, con esperanza, con respeto, empatía, con cariño.

Aún resuenan en mí esas palabras “ella puede hacerlo, es joven, pero es muy inteligente, va a llegar lejos y lo va a hacer bien”. Eso me lo dijo Hernán Rojas y Marcos Jara con firmeza. Esas voces no solo me respaldaron, me fortalecieron.

Siempre dije que este proceso debía sentirse propio, colectivo y así fue, desde el más joven hasta el mayor aportaron su energía, su experiencia, su fe, todo su amor y sin lugar a duda una entrega profunda por hacer realidad esa iniciativa. Recibimos muchos “no”. Los habitantes mencionaban que siempre se oía “no llega nada”, “no pasa nada”, “no llega el Estado y cuando llega no cumple”. Pero un día lo entendí y lo escribí así:

Los “no” fueron abono para esta tierra fértil.

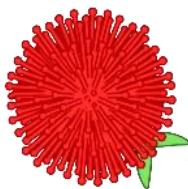
Y así fue. Persistimos, nos mantuvimos, crecimos. No sé si fuimos el único grupo a nivel nacional que se sostuvo, pero sí sé que, a nivel territorial, logramos permanecer, ser un grupo dinamizador que continuó. ¿Por qué? Por la empatía, por la fraternidad, por algo especial que tiene la gente de “El Para” y de Norcasia. No sé cómo explicarlo, pero hay algo distinto, creo que es el amor y las ganas de salir adelante.

Pienso que, la paz no es un evento, no es una actividad de un mes, es una construcción diaria, diálogo con el vecino, es permanecer unidos cuando el proyecto termina, es no abandonar los procesos.

A los niños, niñas y jóvenes siempre les digo: “crean en ustedes, ser de pueblo no nos hace menos, nos hace fuertes, resilientes, capaces”, podemos liderar, transformar y construir, pero necesitamos creer más en nosotros, unirnos más y ocupar los espacios que nos corresponden, porque cuando nos unimos en un solo propósito, sí se puede, con esfuerzo, dedicación y amor.

Eso es, para mí, el renacer del liderazgo joven, de nuevas semillas en tierra fértil. Y sigo creyendo, con la misma certeza de siempre que

¡Esta tierra siempre va a florecer!





Carta de Perdón a las comunidades de “El Para” y territorios cercanos

Carta de perdón a las comunidades del Para y a los territorios cercanos que guardan memoria, heridas y también semillas de reconciliación.

En medio de los relatos que se han compartido sobre las huellas que el conflicto armado dejó en nuestras vidas, donde se han nombrado dolores, pérdidas y también aprendizajes, queremos hablar desde lo más profundo de nuestra conciencia y de nuestro corazón.

Como firmantes del Acuerdo de Paz del año 2016, sentimos el deber moral y humano de hacer un ejercicio sincero de autocrítica. Nos corresponde reconocer que, como parte de una organización que hizo parte del conflicto, se cometieron hechos que causaron sufrimiento y que nunca debieron ocurrir.

Queremos expresar que, ante los hechos que los afectaron, de manera directa e indirecta, reconocer nuestra responsabilidad en acciones que afectaron a personas, familias o a la comunidad. Por eso, hoy queremos pedir perdón con humildad.

Este proceso de paz nos ha permitido comprender con mayor claridad el valor de la vida, de la convivencia y del respeto por la dignidad humana. Hemos entendido que el camino de la guerra solo abre más heridas, multiplica el dolor y prolonga la violencia. Fue precisamente esa conciencia la que nos llevó a dar el paso de firmar el Acuerdo de Paz, convencidos de que la guerra no podía seguir siendo el destino de nuestro pueblo.

Hoy deseamos, desde el fondo de nuestro corazón, pedir perdón a todas las víctimas que sufrieron a causa de nuestras acciones. Nuestra intención no es justificar el pasado, sino asumirlo con responsabilidad y contribuir a la sanación de las heridas que aún permanecen abiertas.

Anhelamos que este perdón sea un puente hacia una nueva etapa. Que, si su voluntad lo permite, podamos encontrarnos en el camino del entendimiento, dejar atrás los rencores y comenzar juntos una forma distinta de vivir en comunidad: una vida basada en el respeto, la solidaridad y el apoyo mutuo, como quizás muchos siempre soñamos que debía ser.

Queremos dejar claro que estas palabras nacen de nuestra responsabilidad y de nuestro compromiso con la paz. No hablamos por los hechos atribuidos a otros actores del conflicto; hablamos por lo que nos corresponde asumir.

Que este acto de reconocimiento y perdón sea un paso más en la construcción de una paz verdadera, donde la memoria nos enseñe, pero no nos encadene, y donde el futuro se construya con manos limpias y corazones dispuestos a reconciliarse.

Con respeto y esperanza,

Firmantes del acuerdo de paz, año 2016

Eduardo Ramírez Muñoz Eduardo Ramirez Muñoz

Marcos Jara González marcos Jara

José Hernán Rojas Murcia JOSÉ HERNAN ROJAS MURCIA

Yudy Marledy Perdomo Osorio Yudy perdomo osorio

Pastor Cardozo Hernández pastor Cardozo

Diego Alexander Galeano Bedoya Diego A GALEANO B.

William Herrera Quiceno William Herrera Quiceno

Ahidínever Silva Rayo Ahidínever Silva

Noé Álvarez Noé

Fabio Martínez Rodríguez FABIO

Miriam Piedrahita Miriam Piedrahita

CLAUSURA



Hemos llegado al final de esta historia

Hemos llegado al final de esta historia, pero no al final del camino. Lo que empezó como una travesía por la memoria, terminó siendo un viaje hacia nosotros mismos. Caminamos entre recuerdos difíciles, nombres que duelen, silencios que aparecían como la selva húmeda, después de la lluvia. Nos atrevimos a mirar lo que pasó, a nombrarlo sin rabia y sin olvido, a reconocer que la guerra dejó heridas profundas en el territorio y en el alma.

Pero también descubrimos algo más grande que el dolor: la capacidad de volver a sembrar. En estas páginas entendimos que la paz no fue solo una firma el 24 de noviembre de 2016. La paz es una decisión diaria. Es el gesto pequeño que reemplaza el grito por la palabra. Es la mano que antes empuñó miedo y hoy siembra café. Es la comunidad que, en vez de dividirse, se sienta en círculo y escucha.

La reconciliación no significa borrar el pasado. Significa transformarlo en semilla. Y, aquí, en esta tierra amazónica donde todo germina, si se cuida, el café se volvió símbolo de lo que somos capaces de hacer cuando elegimos la vida. El café no crece de la

noche a la mañana. Necesita paciencia, cuidado, lluvia, sombra y tiempo. Así mismo florece la paz: lentamente, con trabajo colectivo, con compromiso, con confianza que se cultiva día tras día.

Cada grano de café es una historia que decidió no quedarse en la violencia. Cada cosecha es un acto de resistencia pacífica. Cada taza compartida es un pacto silencioso de que nunca más queremos volver atrás.

La esperanza no es ingenua. Es valiente. Es la decisión de creer que nuestros hijos y nuestras hijas merecen un territorio donde el sonido que despierte la mañana sea el canto de los pájaros y no el eco del miedo.

Hoy sabemos que la memoria no es una carga, es una brújula. Que la verdad no divide cuando se abraza con dignidad. Que la vida florece cuando la cuidamos juntos.

Si algo nos deja esta historia, es la certeza de que sí es posible transformar el dolor en oportunidad, la guerra en aprendizaje y el pasado, en raíz firme para un futuro distinto.

Y mientras el café siga creciendo en estas montañas, mientras estén las manos laboriosas, dispuestas a sembrar, esta historia seguirá

escribiéndose. No con balas, sino con palabras. No con imposiciones, sino con acuerdos. No con miedo, sino con esperanza.

Porque la paz no es el final de la historia, es el comienzo de una nueva cosecha.





"Socialización Comunitaria": Angela Zettler (ONU), Carlos Jaramillo (GIZ), Angélica Rocío Ángel Chates (ARN), Yolima Jurado (UBPD), María Alejandra Quintero (Procuraduría seguimiento al Acuerdo de Paz), Vanessa Fernández Cicery (UBPD), Fernando Cruz Artunduaga (la Universidad del Tolima), Dennis Dussán Márquez (investigadora y escritora), José Lautier Enciso (Grupo Dinamizador), Luisa Isidro Herrera (York University - CERLAC)



Paola A. Gamboa Alzate. (ilustradora y diagramadora/artista docente UDLA),
Juan Dussán Márquez (Co investigador), Dennis Dussan Marquez (Investigadora
y escritora)

Bibliografía

Acuerdo Final Para La Terminación del Conflicto y La Construcción de una Paz Estable y Duradera. En: <https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=79893>

Alape, A., González, F., & et.al (2018). Versiones de El Bogotazo. Bogotá D.C.: Instituto Distrital de las Artes. IDARTES. Colección Libro al Viento.

Arcila, O., González, G., & et.al (s.f.). Caquetá construcción de un territorio Amazónico en el siglo XX. Colombia: Instituto Amazónico de investigaciones científicas Sinchi.

Caballero, A. (s.f.). La Violencia en Colombia. Biblioteca Nacional de Colombia. Ministerio de Cultura. Leer es mi cuento. En: <https://www.bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/capitulo11.html>

Constitución Política de Colombia 1991.

Garzón Cristina, Macuritofe Vicente. La Noche, Las Plantas y sus Dueños. Aproximación al conocimiento botánico en una cultura amazónica. Corporación Colombiana para la Amazonia-Araraucara.

Molano Bravo Alfredo. Trochas y fusiles. Penguin Random House 2018

Orlando Fals Borda. La Historia Doble de la costa. Repositorio Digital. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/2996>

Osorio, R. (2025). Docencia Rural: Enseñar donde duele, resistir donde callan. Revista desde Abajo.

Perdomo Castañeda Gabriel. Colonos, hijos del Desarraigo y la Esperanza. Texto Investigador Universidad de la Amazonia.

Perdomo Castañeda Gabriel. Ciudadanía en La “República Nadante” 1. Caqueteñidad: río humano y territorial del gran Caquetá. Texto Investigador Universidad de la Amazonia.

Rangel-Urbina, F. (2010). Las palabras del origen: breve compendio de la mitología de los Huitotos. Bogotá D.C. Biblioteca básica de los pueblos indígenas de Colombia, Ministerio de Cultura.

Relatos Memoria “El Para”. (2025). Autores varios. Florencia, Corregimiento San Pedro, Vereda “El Para”, Caquetá, Colombia: GIZ-Proyecto Paz Restaurativa.

Silva, C. E. (s.f.). Los petroglifos de El Encanto. Bogotá D.C. Instituto Colombiano de Antropología e Historia de Colombia.





Mural, Octavio Zambrano Zarabanda

“Aquí,
la memoria
no empieza con la herida,
sino con la vida
que hoy se protege”